

Liminales III

Antología de cuento fantástico,
terror y ciencia ficción

Enid Carrillo ♦ Jovany Cruz
COORDINADORES



CASAFUTURA
EDICIONES

Alicia Mares ♦ Julio María Fernández Meza ♦ Jorge Guerrero de la Torre ♦ Abraham Campos Nava ♦ Omar Velasco ♦ Mical Karina Garcia Reyes ♦ Alejandro Jiménez Roque ♦ Julio César Ortega López ♦ Luis Fernando Rangel ♦ Gabriela Andrade Lucero ♦ Ajedsus Balcázar Padilla ♦ Diana Thalia Jiménez Martínez ♦ Esteban Govea ♦ Héctor Justino Hernández ♦ Mijal Montelongo Huberman ♦ Uriel Velázquez Bañuelos ♦ Víctor Parra Avellaneda ♦ Paulina Guerrero Zaragoza ♦ Mario Jaime Rivera ♦ Éricka Íshaiah Zapata Rodríguez ♦ Daniel SanMateo

Liminales III. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción es la tercera parte de un proyecto editorial que da voz a escritoras y escritores de lo especulativo. En un mundo que se desploma y reconstruye constantemente, la ficción emerge como una poderosa herramienta para construir nuevas realidades.

Los veintiún textos que componen esta antología crean mundos alternos desde los recursos que ofrece el género del cuento. Así, estas voces presentan un universo plagado de seres fantásticos, planetas de colores, tecnologías contradictorias, lugares encantados y cuerpos transgredidos. En un despliegue de técnicas diversas, las plumas detrás de estos cuentos dan cuenta de la gran diversidad de escrituras que se están gestando en México en el mundo del terror, la ciencia ficción y el cuento fantástico. Este volumen de *Liminales* es una celebración a la creatividad y la rareza de escritoras y escritores que, con su talento, suman a que Casa Futura sea siempre un lugar para lo extraño.

ISBN: 978-607-59993-7-1



COLECCIÓN
NARRATIVA

LIMINALES III

**Antología de cuento fantástico,
terror y ciencia ficción**



Liminales III. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Primera edición, agosto de 2025

© 2025, por los textos identificados en interiores: Alicia Mares, Julio María Fernández Meza, Jorge Guerrero de la Torre, Abraham Campos Nava, Omar Velasco, Mical Karina García Reyes, Alejandro Jiménez Roque, Julio César Ortega López, Luis Fernando Rangel, Gabriela Andrade Lucero, Ajedsus Balcázar Padilla, Diana Thalia Jiménez Martínez, Esteban Govea, Héctor Justino Hernández, Mijal Montelongo Huberman, Uriel Velázquez Bañuelos, Víctor Parra Avellaneda, Paulina Guerrero Zaragoza, Mario Jaime Rivera, Éricka Ishaiah Zapata Rodríguez, Daniel SanMateo

© 2025, Brenda P. Ibarra, ilustración de portada

© 2025, Erick Jovany Cruz Flores

CASA FUTURA EDICIONES

Santa Natalia 968, La Providencia Siglo XXI,

Mineral de la Reforma, Hidalgo, México, C.P. 42186

www.casafuturaediciones.com

hola@casafuturaediciones.com

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Enid Carrillo y Jovany Cruz

Asistencia editorial: Aranza Mendoza Colín

ISBN: 978-607-59993-7-1

Queda autorizada la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se acredite la propiedad intelectual de los autores y de la editorial. Las características de diseño, composición y formato, son propiedad de la editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

LIMINALES III

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Enid Carrillo / Jovany Cruz

COORDINADORES

Alicia Mares ♦ Julio María Fernández Meza ♦ Jorge Guerrero
de la Torre ♦ Abraham Campos Nava ♦ Omar Velasco ♦ Mical
Karina Garcia Reyes ♦ Alejandro Jiménez Roque ♦ Julio César
Ortega López ♦ Luis Fernando Rangel ♦ Gabriela Andrade
Lucero ♦ Ajedsus Balcázar Padilla ♦ Diana Thalia Jiménez
Martínez ♦ Esteban Govea ♦ Héctor Justino Hernández ♦
Mijal Montelongo Huberman ♦ Uriel Velázquez Bañuelos ♦
Víctor Parra Avellaneda ♦ Paulina Guerrero Zaragoza ♦
Mario Jaime Rivera ♦ Érica Isshaiah Zapata Rodríguez
♦ Daniel SanMateo

CASAFUTURA
EDICIONES

COYOTE-NIÑO, AULLANTE

Alicia Mares

Los estados vasallos entregaban muchas cosas a México-Tenochtitlan como parte del tributo: papel de amate, telas, piedra y madera labrada, maíz, frijol y chíá. Pero nosotros, ya que éramos parte de la Tríada y queríamos cimentar la alianza que había dominado el valle, enviamos cosas más preciosas: aves cantoras de plumas coloridas, chiles manzanos, ánforas repletas de semillas, un coyote recién alumbrado que todavía no era acicalado por su madre.

Quiero pensar que eso razonó papá, y por eso no se dio cuenta de mi ausencia hasta que era muy tarde. Quiero pensar que vio dentro de la jaula y no me distinguió cuando alcé la pata llena de garras, intentando atraer su atención. Necesito creer que me vio partir el tributo rumbo al Claustro Sagrado desde la pirámide que vigilaba Texcoco y sólo vio un coyote enjaulado, no a su tercer y último hijo.

Mamá se dio cuenta, estoy seguro. Quizá ella también soñó esa noche con Huehucóyotl, deidad embustera, que me moldeó a su imagen y semejanza sólo para mantenerme atascado en la metamorfosis. Ella escuchó, amortiguadas, las carcajadas hueseras que emitía el dios mientras se colaba a la habitación, adquiriría consistencia, y finalmente quedaba de pie al lado de mi cama.

Huehucóyotl me tocó el pecho y sonrió cuando vio brotar pelo grisáceo y áspero de cada poro. Sonrió aún más en cuanto eché a gritar debajo de mi manta preferida —era de algodón y color tuna, todavía me acuerdo—, y lo único que salió fue un rechinado de mamífero recién nacido.

Me servirás después, chicuelo, me dijo él, con las fauces de lobo bien abiertas, mientras me presumía sus caninos del

color de las caracolas nacaradas. Antes de partir, el dios echó la cabeza hacia atrás y aulló a la luna.

Eso hago yo ahora, resignado, todas las noches en que las nubes cargadas de lluvia germinan las cosechas sobre los chinampas a lo largo de toda la ciudad. Papá se dio cuenta muy tarde, mamá se levantó tarde aquel día. Estoy seguro. Eso debió ser, porque nunca vinieron a buscarme.

¿Pero cómo sabrían dónde? En el Claustro Sagrado del Tlatoani nadie se detiene a escucharnos aullar. Las bestias dormimos separadas, extrañando el frescor de las noches silvestres que invitaban a depredar.

Cuando uno está en cautiverio, los días son más largos que las noches. Esto es cierto excepto si eres un coyote y en cuanto sale la luna empiezas a salivar, con ganas de restregar el lomo contra las jaulas de madera labrada, de montar a las hembras, de saltar sobre la balaustrada, olfatear el rastro de una liebre y desmembrarla a dentelladas.

Por eso las noches son tan largas como el resto de los días, extensas como las fumarolas de ceniza que sopla el volcán y tapiza las flores de un polvo fino que no alcanzo a lamer. Eso sin mencionar que soy el único niño cautivo en todo el recinto, el único que habla y habla y no puede emitir más que aullidos, ruido que los guardias ignoran al taparse los oídos. La carne que me lanzan es flaco consuelo ante todo.

Y no es que la cautividad no sea hermosa. Sé que hay jardines floreados y aves enjauladas porque les he oído, que hay miradores y cuencos en donde almacenan las plumas ceremoniales porque he oído a los guardias hablar de ello, y que hay estanques de agua dulce porque la he oído rielar a lo lejos, en borbotones que promueven la salivación.

Las otras bestias también son hermosas. Cada tercer día los guardias les ajustan los collares y pulseras, echan espuma en intentos de matar a las pulgas. Ya se han dado por venci-

dos conmigo: me he arrancado todos los collares de cuenta de piedra verde, las pulseras con cascabeles dorados, incluso las orejeras.

Soy necio, los muerdo a propósito, me restriego contra las hembras y las monto aunque les pase las pulgas y mi semilla también. Me insultan en una lengua que no saben que sí comprendo, y todavía se sorprenden de que mis gruñidos les hagan temblar. Su instinto sabe más que ellos.

Algún día me vengaré. Algún día me escaparé.

Y por lo mientras no me harán nada, porque en el Claustro Sagrado del Tlatoani nada puede morir sin una ceremonia de por medio, bajo el cuchillo homenajado de los hombres místicos. Y jamás matarán a un coyote cuando saben que su buena suerte está en juego.

No sé qué tan lejos viaje un aullido, pero a veces me imagino que las nubes provenientes del volcán Popocatepetl lo cargan hasta llegar a la pirámide de Tetzcotzincó. Mis hermanos lo verán llegar, lo recibirán y apresarán dentro de una jícara para llevárselo al Señor del lugar, quien reconocerá mi voz. Y entonces él reprenderá a mamá por haberse levantado tarde aquel día. Vendrán por mí.

Ése sí *es un coyote de verdad*, masculla un guardia, todavía sobándose el brazo que fallé en arrancarle. Astuto y despiadado. Su compañero no sonríe, porque a él sí logré arrancarle un dedo.

Concuerto, dice una voz detrás de los dos hombres, quienes pegan un brinco por el sobresalto. Detrás de ellos, un hombre místico ataviado con plumas los mira con cierta malicia, pero luego dirige esa mirada hacia mí. Y presiento que lo sabe. En mis ojos no ve congoja, sino una ira de tenamaztle.

Lo sacrificaremos mañana entonces, declara el hombre místico, y los guardias me miran de reojo. El manco aprieta su puño maltrecho, sonríe. *Es una lástima, porque es uno de los ejemplares menos... magníficos. Hay otras bestias mucho más hermosas, que merecían morir en su apogeo, como debe de*

ser. Pero este tendrá que bastar. Así se quitan un problema de encima, ¿verdad?

Los guardias asienten. Yo intento evitarlo, pero mis orejas ya están gachas, y no puedo dejar de pensar en Tetzcotzinco. ¿Qué estarán haciendo mis hermanos ahora? ¿Mi madre seguirá soñando con el día que desaparecí? No quiero bajar el rabo, suplantar el odio por patético reproche.

Mañana vendrá el Tlatoani en persona a contemplar estos seres sagrados, tan vinculados a los dioses como nosotros a este valle. Traerán nuevos ejemplares en su honor.

El hombre místico se marcha, sin más. Oigo promesas, murmullos, juramentos. Mi rabo está alicaído y de pronto ya no entiendo la lengua de los hombres; no sé que se susurran ni de qué se ríen los guardias que no me quitan la mirada de encima.

Me pongo a aullar, de nuevo, pidiéndole a la luna perdón. Si alguien todavía me escucha es ella, me lamento, arañando la tierra de mi enclaustramiento, y decido embestir la cerca. Tengo que salir.

¡Ey, chico nuevo! ¡Tenemos un desafío para ti!

Un guardia da la vuelta por la sección del noroeste del Claustro Sagrado, como si recién hubiera recorrido el trayecto desde La Casa de las Aves. En un par de zancadas recorre la distancia entre nuestro enclaustramiento y el ala Oeste, presintiendo una emergencia.

Yo no tengo tiempo para vergüenzas. Sigo corriendo y chocando a ciegas con las murallas de este recinto-cautiverio, alertando a los machos y haciendo gruñir a las hembras. Algún loro canta cerca.

Sé un buen chico e intenta colocarle sus orejeras a este, dicen los hombres, carcajeándose. Su malicia no me pasa desapercibida y al otro guardia tampoco, pero tras verlo entiendo que vacila debido a su edad: es apenas un par de años mayor que yo.

Que no se muera sin que tengas una probadita de su fiereza, ¿no crees?

El guardia pasa saliva. Seguro trabaja en otra Ala del Claustro Sagrado y lo acaban de transferir. Querrá probar su valía. Pobre bisoño, tonto, tonto, tonto.

Finalmente, se envalentona y, procurando ampliar el pecho y alzar bien los hombros, pasa enfrente de los otros guardias. Salta sobre la balaustrada sin problema e intenta aproximarse a mí sin hacer ruido. «No sirve de nada, pronto sabrás que el verdadero desafío es salir, volverte a pegar los dedos a la mano», quise decirle, pero sólo me salió un gruñido asfijado.

Él alza las manos. Ahora, pienso. Ningún depredador debe morir sin siquiera probar bocado. Me preparo para atacar. No hay a dónde ir. Mi rabo se alza sobre el polvo.

Pero entonces él dice: *Sé un buen chico. Ponte las orejeras y sacrificarán un ejemplar más hermoso.*

Habla con una voz suave, tonta, como la que se usa para hablarle a los niños. Pero me dice chico, y no tiene la mano alzada en la inminencia del coscorrón. «Sé un buen chico». Quiere razonar y yo entiendo, porque ahora recuerdo que soy un niño a pesar de haber sido transformado en coyote por una deidad embaucadora y fiestera.

Así que me quedo quieto y bajo ambas patas, hasta inclino un poco el hocico. Olisqueo curiosamente los tobillos del muchacho. Ignoro a los otros guardias que, boquiabiertos, observan cómo el chico nuevo me pone las orejeras de turquesa y todavía se atreve a acariciarme el lomo pardo.

¡Deberías ser guerrero! ¡Esto es un signo de que el Señor de los Coyotes está congraciado contigo!

Con razón eres tan apuesto, has recibido la buena fortuna del coyotl, le dicen, codeándolo.

El chico nuevo no sonríe. No emite opiniones cuando estos deciden entregar otro coyote para la ceremonia de mañana; pronto se percatarán de que yo no estoy congraciado con ellos.

No, no tiene tiempo para la recolección de plumas de quetzales. El muchacho se limita a salir del enclaustramiento,

a sacudirse las manos para limpiarlas del polvo y a recargarse sobre la balaustrada.

Mientras los otros guardias siguen palmeándole la espalda y alzando los puños al cielo, el chico nuevo me mira de reojo, en silencio.

En la madrugada previa a la llegada del Tlatoani, volví a soñar con el dios embustero. Lleno de triquiñuelas, intrigas y de sonrisas filosas, Huehucóyotl se infiltró al palacio. Lo vi caminar a zancadas, más altivo que el Tlatoani, y en la neblina ondulante del sueño lo vi plantearse ante mí de nuevo.

Él me acarició la cabeza adormilada antes de echarse a reír. *Es hora, susurró.*

Sus uñas blancas acariciaron mis zarpas. Desperté a tiempo para ver que estas volvían a ser manos humanas. No obstante, el resto de mi cuerpo permanecía igual. Era niño, era coyote, era un monstruo traído a este lugar por las mentiras de una deidad, y aullé sin entender por qué. Por qué yo.

En cuanto te vea, sabrá que Texcoco los ha traicionado. Que tu misteriosa desaparición no era más que espionaje y mal augurio.

El embustero se arrancaba mechones de pelo leucofeo y gritaba de dicha. Yo lloraba y él seguía dando saltos que levantaban breves erupciones de polvo, que aspiraba en mis bocanadas sin saber qué más hacer. El mentiroso por fin derrumbaría la Tríada, estaba seguro de ello.

Aullé, aullé, aullé. Lejos, en casa, mis hermanos dormían y no podrían capturar estos lloriqueos con la jícara. El Tlatoani no llegaría a escuchar mi nombre porque el dios no me había devuelto el don de la lengua de los hombres.

¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Padre! Claro que no responderían.

Tras sobarse las palmas de las manos y saltar un par de veces más, Huehucóyotl desapareció, vuelto neblina que cubría de rocío las flores de la mañana.

Aullé y aullé hasta que incité a los otros a hacerlo, hasta que la luna se marchó.

Entonces lo vi. El chico nuevo daba la vuelta al fondo del Claustro Sagrado, proveniente de La Casa de las Aves. Pero no venía caminando hacia acá, sino más bien corriendo. ¡Cállate!

Aullé y aullé, con la vana esperanza de que de súbito surgiera el recuerdo de mi nombre. Rasqué el suelo, frenético, hasta que cavé decenas de hoyos. ¡Pronto vendrá! ¡Te matará para hacerte callar!

No me callé. Todas las aves ya estaban alborotadas, podía oírlas graznar al otro lado del Claustro Sagrado. Entonces, el joven guardia lo vio. En medio de la polvareda que había causado, distinguió mis manos y pies humanos y retrocedió. Un instante nada más.

Yo me lamentaba por mi manta de algodón color tuna, por todos los pumas que no cacé, por el nopal aderezado que no volvería a masticar. Lloraba por la luna que había resultado infiel, porque ahora hasta ella me había abandonado. ¡Madre! ¡Madre! Mamá dormía en Tetzcotzincó también hoy, estaba seguro. Siempre tuvo el sueño pesado. Quizá soñaría hoy con mi muerte.

¡Si eres humano y me entiendes, cállate *y vive para ver otro día!*

Qué novedad, la piedad. Guardé silencio y no dejé de hacerlo, ni siquiera cuando el guardia nuevo se quedó pasmado; observando, con labios entreabiertos, la forma en que me tumbé y cubrí mis extremidades con el polvo y el pelo.

Me porté espléndido cuando llegó el orgulloso Tlatoani y celebró con brazos abiertos y pecho bronceado la belleza de su recinto floreciente, repleto de todas las bestias sagradas. Todavía recuerdo a los hombres místicos cantando alabanzas, con cuchillos teñidos de rojo tuna en la mano.

Mis zarpas volvieron a la normalidad después de un par de días.

Ayúdame a escapar, le aullaba yo al muchacho, y él siempre me respondía. *No te entiendo. Quiero entenderte. Escribe tu nombre en el suelo.*

Su nombre era Yoltic y siento que comprendía mi desesperación, la manera en que mis zarpas acuchillaban el terreno polvoriento y se habían olvidado de los símbolos, tal como mi lengua perdió el saber del habla. Él pregonaba que las bestias sagradas viviríamos muchos más años que aquellos niños que habitaban estados vasallos. Me presumía que yo podría aparearme con quien quisiera y comer cuánto quisiera. Si bien era cierto, mi aullido permanecía acezante.

Y yo le repetía *soy el tercer hijo del señor de Texcoco. Llévame de vuelta a mi hogar*. Pero me había olvidado del nombre de Tetzcotzincó y de las letras. Los nombres de mi madre, de mi padre. El mío.

Un día intentó ayudarme a huir. Me cargó en brazos, me metió en un saco y, con él a la espalda, saltó sobre la balaustrada. Se enfrentó a una fila de guardias y a calles sempiternas, estrechas. México-Tenochtitlan estaba plagada de canales donde el más mínimo chapoteo llamaría la atención.

Sus ojos eran brasas, los míos también. El fulgor de ambos fue apagado por una llovizna que no cesó por tres horas consecutivas. Tuvimos que volver.

En las noches, todas las noches después de esa, yo soñaba con Huehucóyotl, quien corría en círculos mientras embestía los barrotes distantes de su jaula de piedra extraña, reluciente y rígida. ¡Cómo rugía de la rabia al intentar escapar! Pobre dios embustero, embaucador, cuentacuentos. Nunca incitaría la guerra que deseaba, porque llegó otra a arrancarlas todas de cuajo.

Yoltic bueno: oreja lomo ramo abdomen nariz incluso zarpa acarició. Mucho mucho tiempo.

Yoltic bueno, hasta que mi pisada chueca, latido a destiempo, pelo mío cayó. Yoltic liebre ratón trucha y hasta ave arrojó. Fauces salivantes, abiertas, siempre con hambre. Panza llena, mucho, diario. Yoltic bueno por mucho mucho tiempo, masajeando zarpas que se arrugaron y palpitaban con dolor rojo rojo rojo tuna. Huesos chuecos. Yo lamía lamía. Yoltic bueno porque acariciaba y masajeaba en las noches que mi aullido ya no era lamento sino sino sino aullido agonía. Yoltic bueno por mucho mucho tiempo, hasta que Tlatoani murió y llegó uno nuevo. Yoltic jugó, aulló, acarició y ponía dedo en el suelo. Escribía algo. Palabra, algo. En el polvo. Lengua de los hombres.

Yoltic bueno durante mucho mucho tiempo. Hasta que Yoltic un día ya no volvió. Así que esa noche me acosté y soñé ser niño hombre coyote. Yoltic siempre aullaba sin dejarme solo, así que lo intenté. Aullé. Aullé. Aullé. Yoltic. No. Bueno.

Tendido de costado, soñé con aprender el nombre de... madre. Luna no me abandonó.

Alicia Mares (Ciudad de México, 1996). Autora de *Cocodrilaro* (Horror Vacui, 2022), *Tornasol* (Ocelote, 2024), *Helado de flor de cempasúchil* (La Tinta del Silencio, 2025) y *Mudanzas a castillos de arena* (Valparaíso Ediciones, 2024). Fue becaria de cuento del FONCA 2022-2023 y del PECDA Tlaxcala. Finalista del xxxv Premio Ana María Matute de Narrativa de Mujeres.

EL MANUSCRITO

Julio María Fernández Meza

LA HIPÓTESIS

Me tacharán de loco. Los que me conocen dirán que no poseo autoridad alguna y aquellos que no saben de mí ni siquiera me tomarán en cuenta. Después de todo, quién sino yo avalaría la hipótesis estrafalaria de que el célebre manuscrito Voynich fue escrito por las plantas y no por el ser humano. Mi reputación, deshecha de por sí, nada puede importarme. Sin embargo, todavía queda algo de mí, de mi cordura, y por ello dejo el registro de mis hallazgos como advertencia. Nos creemos dueños de la creación y seguimos sin hacer caso, sin prestar atención a las señales, a pesar de que la vida cunde por doquier y de que su diseño es perfecto.

Como se sabe, el manuscrito debe su nombre a Wilfrid Voynich (1865-1930), anticuario de origen polaco, que lo adquirió en 1912 del Colegio de Jesuitas en Villa Mondragone, Italia. En aquel entonces, debido a un sinfín de premuras económicas, el Colegio se vio forzado a vender buena parte de su acervo. Todo parece indicar que fue así cómo Voynich —bibliófilo al fin y al cabo— se hizo del documento bajo circunstancias aún por dilucidar. Casi todos los interesados en el manuscrito creemos que debió de habérselo robado, aun cuando él alega haberlo encontrado «dentro de un cofre escondido en un castillo de la Europa del sur», quizá de Austria o de Italia. En vez de ser prueba fehaciente de lo ocurrido, las palabras de Voynich no son más que una comprobación de su insania. Revelan lo espurio del hallazgo. Basta ponderar que Voynich opta por un mecanismo hartamente conocido de la literatura, un mero capricho de la imaginación que de ser tan utilizado raya en el cliché. Nadie

en su sano juicio creería hoy en día en el motivo del manuscrito hallado, máxime porque Voynich dice haber dado con el texto en un castillo del Viejo Continente, lo que ya resulta demasiado fantasioso y que, por ende, carece de sustento.

Desde el redescubrimiento del manuscrito a principios del siglo xx y desde siglos antes se han propuesto varios autores potenciales, desde Roger Bacon a Athanasius Kircher, pero hasta la fecha no se ha reconocido a ninguno como creador de esta obra singular. Naturalmente, Voynich figura entre ellos, si bien su involucramiento —como el de todos los demás— ha sido desmentido por completo. La razón es que, gracias a la datación de carbono, sabemos que el manuscrito se escribió más o menos a fines de la Edad Media, alrededor del siglo xv, y, para ser exactos, se elaboró entre 1404 y 1438. Las técnicas de encuadernación, de ilustración de las miniaturas y de utilización de la tinta que se observan a lo largo de sus páginas coinciden con las de este período. Sin embargo, muy pocas personas, y yo estoy entre ellas, tienen conocimiento de la mente maestra que ideó el texto.

EL HALLAZGO

Debo a la sagacidad de Claire Bower, Doctora en Lingüística y profesora de las Ciencias del Lenguaje en la Universidad de Yale, compartirme la siguiente pieza del rompecabezas. Aunque no estoy seguro si lo hizo a propósito o por casualidad. Temo que no lo hizo para sorprenderme ni a nadie más; es decir, no divulgó sus corazonadas por frivolidad. Quiero creer, y espero que así sea, que su vida no corre peligro a diferencia de la mía. Eminencias como ella no necesitan ser introducidas entre avezados y colegas. No es casual que sea catedrática de Yale, la institución que aloja el manuscrito Voynich en su biblioteca bajo el nombre oficial «Beinecke MS 408». En una de las no pocas conferencias que Bower ha

dado sobre el tema, ella sugiere la atroz posibilidad de que el documento fue escrito por una entidad no humana y llega a la conclusión de que lo más probable es que sean las plantas. La doctora parece haberse retractado de sus conjeturas la última ocasión que tuve el placer de oírla en vivo, en una de sus exposiciones, impartida el 2 de febrero de 2024, en el salón 335 de Boylston Hall en la Universidad de Harvard. Anoté la fecha, porque me llamó la atención que desechara sus sospechas, a pesar de que el manuscrito puede consultarse en línea desde hace tiempo. Cabe subrayar que otrora proporcionó evidencia lo suficientemente sólida para que nadie, empezando por ella misma, pusiera en tela de juicio la validez de sus intuiciones. ¿Entonces qué llevó a Bown a tirar a la basura su hallazgo?

Antes de retractarse, la doctora refuta que el *voynichés* —la denominación popular de esta escritura— proceda de los idiomas naturales, tales como el proto-romance (Cheshire, 2018), un anagrama del italiano (Sherwood, 2008), el latín condensado (Gibbs, 2017), el ucraniano (Stojko, 1978), el turco (Ardıç, 2019), el inglés (Brumbaugh, 1976), o inclusive un críptico del hebreo como plantearon Hauer y Kondrack en 2017, quienes —no está de más hacer hincapié en ello— no son hablantes nativos del hebreo y por lo cual su investigación deja mucho que desear, puesto que recurren a una herramienta nada confiable como Google Translate para avalar que el manuscrito debe de estar redactado en hebreo. No creo que sea necesario ahondar en el particular, pues no hace más que revelar el clasicismo de aquellos investigadores al proponer que el manuscrito tendría que proceder de la cultura judeocristiana, como si allí se originara el principio y fin del universo.

EL LENGUAJE

Pese a que el manuscrito Voynich sigue siendo indescifrable a la fecha, eso no quiere decir que nos hemos quedado de brazos cruzados al momento de indagar en sus secretos. Sin importar cuán imprecisos sean nuestros intentos para comprenderlo, lo que hemos hecho es ordenarlo de algún modo, puesto que no cabe duda de que consta de una estructura. A juzgar por las ilustraciones y el estilo de los folios, el texto parece dividirse en seis secciones principales, cada una correspondiente a una materia específica. Se distribuyen del siguiente modo: 1) herbolaria (112 folios), 2) astrología o astronomía (21 folios), 3) higiene (20 folios), 4) cosmología (13 folios), 5) farmacéutica (34 folios) y 6) las mal llamadas «recetas» (22 folios), pues se cree que esta última sección es un tratado de pociones.

Como puede verse, poco más de la mitad del texto corresponde a la primera sección. Tal vez esta peculiaridad alentó a Bowerman a postular la conjetura de autoría ya mencionada. Lo que consolida la datación del manuscrito, dado que en la Edad Media se escribió bastante de la flora debido a la popularidad de los herbolarios. En aquel entonces las plantas importaban por sus propiedades medicinales: la gente consumía cierto tipo de flora por los beneficios que causaban. Ahora bien, las plantas del manuscrito distan mucho de ser normales. Más bien despiertan una sensación ominosa, en consideración de que los dibujos parecen haber sido hechos por neófitos, al contrario de la precisión con la que los miniadores ilustran los textos medievales. Lo esperado habría sido que las ilustraciones fueran una representación más o menos fidedigna de las plantas, tal como se dibujaban los seres vivos en los herbolarios del período, habida cuenta de que la intención era retratar la flora con la mayor veracidad posible. No obstante, el lector moderno no es nada fácil de engañar, porque las ilustraciones

de los bestiarios —otro género típico de la época— tampoco representan la realidad como se debería. En lo que concierne al manuscrito, las plantas son inusuales. Hasta podría decirse que su apariencia es un tanto alienígena.

El voynichés no se comporta como ningún lenguaje natural aun cuando comparte varios de sus rasgos: hay distribución de palabras, repetición de patrones, una ortografía más o menos consistente y una frecuencia observable en el uso de los caracteres. Todo ello sugiere una relativa uniformidad, lo que caracteriza las lenguas del ser humano. En el manuscrito se utilizan veintidós letras, si bien no es extraño que aparezcan símbolos únicos de vez en vez. Las palabras se forman de dos a diez letras y se separan unas de otras por espacios, además de que se leen de izquierda a derecha. Justamente así se leen casi todos los lenguajes occidentales, lo que sugiere que el manuscrito tuvo que haber sido compuesto en alguna parte del continente europeo. Ciertos caracteres se parecen a los símbolos del alfabeto latino; otros, a los números; unos más, a unos signos sinuosos e irregulares, que reciben el nombre de «letras del patíbulo», porque simulan ser una horca. Por si fuera poco, se han encontrado dos escrituras a lo largo del manuscrito. La parte más extensa parece haber sido pergeñada por una sola «mano» y se denomina «Lenguaje A». En cambio, el resto del texto está escrito en lo que se llama «Lenguaje B» y da la impresión de haber sido retocado al menos por cuatro «manos» diferentes.

LA ANOMALÍA

Hasta ahora he evitado hablar de mi persona por el riesgo que corro por publicar este registro. Ruego la comprensión del lector por difundir —una vez más— de manera anónima lo que vi. Dudo si volveré a ver la luz del sol. Tantas burlas se han orquestado en mi contra, tanto me han hecho pedazos.

Pero nada de eso me preocupa. Lo que me consterna son las amenazas. No puedo ser descuidado si es que pretendo continuar aquí con objeto de propagar el mensaje de las plantas, que me han elegido como su portavoz y así elijo creerlo. Ignoro si los otros han sido igual de atrevidos que yo o más. Su destino no está en mis manos. Lo único cierto es que dar a conocer lo que presencié cambió mi vida.

No soy nada, ni puedo ser nadie. De nuevo la Dra. Bowerm debería de llevarse el crédito, los logros son suyos, no míos, pero no la pondré en riesgo, porque yo ya lo estoy. ¿Qué podría ser yo más que un fantoche, un simple divulgador o alguien que dio con la verdad, el alumbrado que nadie toma en cuenta? Lo diré de una vez por todas: no hay ningún misterio en el manuscrito Voynich. Quienes atribuyen la autoría a un ser humano o un grupo de ellos cometen el craso error de barruntar que el manuscrito —y, vale decir, cualquier otro escrito— tiene que provenir de nuestra especie, como si fuéramos el único organismo capaz de escribir, de crear un lenguaje coherente y organizado. Nada más falso. Los delfines, los gatos y las abejas, por mencionar algunas especies conocidas, utilizan un lenguaje inteligible día a día. ¿Por qué habría de ser diferente en el caso de las plantas?

En sus publicaciones, mi colega señala de paso que el voynichés acaso proviene del náhuatl, en razón de que buena parte de las plantas descritas en la primera parte de la obra se asemejan a las plantas del territorio de lo que actualmente conocemos como México. No son alienígenas como alguna vez se pensó. Insisto, yo soy un don nadie. Y, sin embargo, mi intuición fue correcta. A escondidas, aproximé una de aquellas plantas mexicanas —no voy a revelar qué especie(s)— al manuscrito y comprobé lo que sospechaba desde hace tiempo: el organismo se movió como si fuera una mano humana y trazó una serie de signos en un papel que le acerqué. De algún modo produjo tinta por su cuenta, como si hiciera que su savia

se ennegreciera, y los caracteres eran virtualmente idénticos a los del manuscrito. Tal era la afinidad de los trazos, tal su simetría, que no hubo que comprobar nada más. En efecto, como sospechó la Dra., la autoría correspondía a las plantas y no al ser humano. Habría que nombrar ese lenguaje «C» a falta de otra denominación. ¿Eso quiere decir que la primera sección, escrita en «Lenguaje A» y que se dedica a la flora, es obra una de sola planta, y que el resto del manuscrito, escrito en «Lenguaje B», es de la autoría de cuatro plantas al menos? ¿La autora del «Lenguaje C» es la misma que aquellas especies de la Edad Media? No lo sé. Tal vez nadie de nosotros lo sepa. Lo que sé es que el manuscrito no deja de comunicarse conmigo y que no puedo incumplir mi deber.

EL LEGADO

En vano se empeñan aquellos que desean comprobar la autoría del manuscrito Voynich. En consideración de lo dicho hasta aquí, el asunto resulta superfluo y hasta baladí. Como mi colega ha demostrado —y qué no he hecho yo más que hacer eco de sus descubrimientos—, el ser humano no tiene nada de único por más que se crea la especie dominante de la Tierra.

El misterio del manuscrito no recae en la autoría sino en su propósito. Si las plantas ya poseen un lenguaje, ¿por qué parece ser que el tratado se dirige a nosotros? ¿Qué buscan las plantas al escribir un compendio de materias diversas en el que el ser humano ocupa un lugar prominente? Cualquiera que se haya adentrado en aquellas páginas incomprensibles, estará de acuerdo en que lo poco que a la fecha podemos discernir del manuscrito son las ilustraciones. En cambio, el lenguaje secreto de las plantas, el esotérico alfabeto vegetal, sigue siendo totalmente hermético. No cabe duda de que posee un orden y se distribuye en una serie de símbolos que desconocemos. Más

aún, ¿qué revela de nosotros el hecho de que ninguna de las mentes más brillantes de la Historia ha podido descifrar aquel lenguaje? ¿Representa, acaso, el legado de nuestra proverbial ignorancia o de lo que las plantas esperan de nosotros, de lo que nos tienen reservado? ¿Es que somos sus títeres o sus emisarios, aquellos que hemos sido elegidos para transmitir su herencia?

Suele ser un lugar común tildar el manuscrito de superchería, una falsificación perpetuada durante siglos por uno o más desquiciados, un enigma imposible de resolver. Pero esos rumores no me importan. No pueden aterrarme como lo que presencié, y por lo que mi vida está en jaque luego de divulgar este manuscrito —evidentemente, éste no es el primer testimonio que al respecto he publicado—. Espero que nadie en este mundo tenga que ver lo que vi. No deseo que nadie presencie a las plantas escribir. El manuscrito ejerce su dominio. Me siento atrapado entre las «letras del patíbulo», el lenguaje indescifrable de la flora. Recorro otro patíbulo, uno que me atemoriza más que mis perseguidores. Y, sin embargo, algo incomprensible me obliga a propagar el legado de las plantas, su gramática arcana y absolutamente precisa.

Julio María Fernández Meza (Veracruz, 1985). Es escritor, crítico literario y docente mexicano. Es Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Ha publicado textos de creación y de crítica literaria en México, Estados Unidos, España y otros países. Ha recibido distinciones de creación y crítica literaria.

DESERTUM OBLIVION

Jorge Guerrero de la Torre

*En algún lugar, algo increíble está esperando
a ser descubierto.*

Carl Sagan

De pronto, el aparato llegó al borde de una empinada pendiente y comenzó a caer sin control hacia un amplio valle. Minutos después, en la Tierra, grandes pantallas mostraron como el vehículo explorador de Marte resbalaba entre los guijarros de una larga ladera. Era de noche en el planeta rojo cuando las ruedas del robot giraron sin encontrar agarre. Tumbos y rebotes en baja gravedad. En ese momento, Fobos, la veloz luna retrógrada ascendía por el poniente.

Los técnicos de la misión activaron las alarmas, temiendo que el robot estuviera en una zanja, volteado y roto, perdido en ese paisaje ignoto.

Luego de varias horas de intensos esfuerzos, los humanos reanudaron la comunicación con el explorador: seguía intacto y funcional. Entonces se tomó la decisión de realizar un reconocimiento aéreo del área para comprender mejor cómo sacarlo de ahí. De su costado, un panel se abrió para dejar salir un pequeño dron. El dispositivo despegó y al situarse a varios metros sobre el suelo, reveló con su cámara que el explorador se encontraba dentro del lecho seco de un antiguo estuario, evaporado millones de años atrás.

Ante ello, en la Tierra, la responsable de la misión ordenó un análisis del terreno. Un técnico ejecutó varios comandos en su consola, otro corrió una simulación y un tercero proyectó en las pantallas un mapa con líneas de relieve del área. Durante

unos segundos todos en la sala hicieron silencio y al fin la jefa dijo con tono triunfal: «Todo parece estar bien... y miren, por ahí podremos sacarlo de la mejor manera».

Trazada la nueva ruta, el robot retomó su camino y avanzó por la rivera hasta subir a una meseta. Sus instrumentos se ajustaron a los niveles de luz del alba para enviar nuevas imágenes de aquél páramo alienígena.

El vehículo explorador despertaba en sus creadores la primordial sensación de belleza, gozada por el entendimiento de lo extraordinario; belleza cuya conciencia, en tales lejanías, se transformaba en orgullo de sus constructores.

Pero si hubieran estado más atentos, más curiosos.

Marte, ahogado y reseco, era para los terrícolas únicamente un erial de posibles fósiles ocultos. Cráteres abiertos entre cerros ocres. Un inmenso y frío arenal. El robot buscaba pruebas para comprobar que allí hubo agua en tiempos remotos y de cómo eso pudo haber influido al planeta. Fue en ese momento, mientras se alejaba de la amplia hondonada, que con su cámara principal tomó una imagen panorámica en alta resolución. Una posterior revisión la clasificó como otra fotografía marciana más.

Pero lo inesperado ocurrió una vez que la foto fue subida al Internet para compartirla con el público. Inspeccionada por una persona aficionada a la astronomía, sucedió que, luego de observarla con más detalle, con expresión atónita exclamó: «¡Aquí hay algo raro!», y la compartió con su comunidad. De entre ellos alguien más le hizo coro: «En efecto, en esta imagen aparece algo fuera de lugar».

Así era. Se podía apreciar con claridad, cercana a uno de los bordes de la foto, una insólita figura semejante a una mujer con cola de pez en lugar de piernas, tendida sobre una prominencia rocosa. En los yermos inhóspitos de Marte, una forma muy parecida a la escultura de una sirena como la que está a la entrada de la bahía del puerto de Copenhague, parecía encantar a todos los navegantes del ciberespacio.

De ese modo, durante semanas la expectativa mundial inundó los corazones de aquellos necesitados de un milagro extraterrestre:

«Es como una mujer sentada en una roca y con un brazo levantado».

«¡Es un humanoide!».

«¡Esto demuestra que hay vida más allá de la Tierra!».

Pero algunos vieron esto con buen humor, conmovidos por la ingenuidad de la gente.

«No, no hay tal marciano. En realidad es un caprichoso objeto creado por la erosión del viento, una simple ilusión óptica», alegaron los especialistas para acallar la inquietud de los demás.

Mientras en Marte, sobre la línea del horizonte se presagiaba una tormenta de polvo y el vehículo explorador se internaba poco a poco en un nuevo paraje para dejar atrás la misteriosa roca.

Pero si hubieran estado más atentos, más curiosos, habrían descubierto qué era eso en verdad. La arcaica efigie quedó abandonada, cubierta otra vez por las dunas errantes, enterrada para siempre. Era la representación del conocimiento y la sabiduría de una extinta raza acuática. Cincelada en el distante pasado, poseía la apariencia pisciforme de sus desaparecidos escultores.

Hace eones en el cuarto mundo del Sol, casi todo Marte estuvo cubierto por un gran océano en el que prosperó una refinada raza de seres, los Ma'adim. De ellos sólo quedan las ruinas de sus grandes edificaciones, construcciones que se erigían majestuosas sobre lo que fue un fondo marino, hoy agua seca callada en la memoria.

Sedimentados por centenas los milenios, permanecen sepultados los despojos de sus ciudades submarinas, de arcos y torres, de molduras que alguna vez enmarcaron bellos murales de losetas multicolores, ocultos tales portentos bajo la actual superficie reseca. Y la sirena coronaba la enorme bóveda de la biblioteca de Sh'lejjh, depósito de todo el saber de la primera

raza inteligente del Sistema Solar. Un pueblo sublime, pero condenado a ser borrado de la historia cósmica. Del cielo llegó un día la muerte, lluvia de fuego, aire calcinado. Desde los llanos del vacío cayó sobre Marte un asteroide. Roca oscura e inmensa. Cataclismo de terror y relámpagos. Luego hordas de silencio.

Esa escultura era el único vestigio intacto de aquella anti-quísima civilización. La sirena mostraba el sitio de lo que pudo ser el más grande hallazgo de la humanidad, respuesta a la pregunta fundamental: «¿Hay alguien más en el universo?».

El azar había revelado —durante un instante— fragmentos de una arquitectura ajena a la humanidad, astillada por eras de geología olvidada.

Marte se hunde en la noche del olvido y cubre a su linaje bajo arenas oxidadas. Sus huesos quedan como huellas tristes y los ojos de otros mundos nunca las leerán. La desvanecida nación del agua permanecerá desconocida, por siempre, para la humanidad.

Pero si los terrestres hubieran estado más atentos, más curiosos.

Jorge Guerrero de la Torre (Durango, 1970). Diplomado en Creación literaria. Ganador en cuento de los Juegos Florales Lagos de Moreno, Medalla al Mérito Educativo del Congreso de Chihuahua y Premio de Fomento a la Lectura México Lee. Ha publicado *Las piedras blancas en el fin del mundo*, *Ascentio*, *Psicofonías del Gato Cuántico* y *Celeste y la Banda de Moebius*. Beneficiario del PECDA, FONCA y FOMAC.

EL PRECIO DEL OLVIDO

(OFERTA POR TIEMPO LIMITADO)

Abraham Campos Nava

El manto fúnebre de la noche envuelve Xochimilco. No es cualquier oscuridad, sino la de un espejo roto donde la lluvia ácida resbala como cuchillos, lacerando los recuerdos. Antaño, las chinampas navegaban entre el clamor de cervezas y mariachis; ahora yacen bajo un pantano de cables y espectros: una metáfora oxidada de un México mercenario que vendió su alma por un futuro de neón y sangre. En el aire se respira la muerte, espesa y artificial, como si los cadáveres de otra época hubieran sido embalsamados en un código binario.

Entre las sombras de la noche metálica, una figura trastabilla con una botella de mezcal llamada «La Furia de los Dioses». Inhala el humo de un cigarrillo y tose; su cuerpo delgado se encorva mientras sus pulmones se llenan del veneno de la ciudad. Su memoria, hecha un caos, sostiene apenas un recuerdo persistente: el de Anaís. Quizá su cuerpo ya se había podrido y finalmente incinerado, pero él no permitiría que muriera mientras su memoria siguiera encendida en su corazón. Esa promesa lo atravesaba cada vez más profundo, más letal, más real.

Ixbalanqué, el nombre que eligió para sí mismo —un buen nombre para un *hacker*—, se pregunta: «¿Realmente se parece cuando la carne deja de funcionar? Hoy en día, esa muerte es cosa de ancestros. Ahora, los recuerdos de los seres queridos se alquilan por minutos y las memorias se compran al peso. Un tráfico de dolor, un bálsamo para otros». No hace mucho, en el Día de Muertos, los altares eran invadidos por hologramas de figuras sonrientes; las personas se regocijaban al ver eso cada año, como si aquellas proyecciones digitales fueran las almas

de sus difuntos. Pero sólo eran un reflejo prostituido de lo que alguna vez fue una esencia humana.

Ixbalanqué mete la mano en el bolsillo y sujeta con furia un chip: un artefacto monstruoso entre nostalgia, proeza y martirio. El circuito contiene sus recuerdos y los de Anaís. El peso de esa pequeña cosa era casi imperceptible, pero a la vez insoportable. Su primer y único amor se había convertido en una compresión de datos binarios, corrompidos. Pero la noche ya había lanzado la moneda al aire. Estaba listo para buscar el Mictlán-9 dentro de Calaveras, Ingenio y Proyecciones s.A. de c.v. (C.I.P.).

El Día de Muertos alcanza su apogeo. Ciudadanos ansiosos, enervados por vender sus recuerdos por migajas, y turistas extranjeros extasiados con bebidas embriagantes, pagan obscenidades para ser parte de aquella experiencia. Fuegos artificiales danzan en el cielo, entre drones tintineantes y pantallas flotantes que forman figuras e imágenes: propaganda de C.I.P., enalteciendo sus puertas digitales al inframundo.

Bajo las entrañas enfermas de Xochimilco, Ixbalanqué se adentra vestido de técnico, moviéndose entre la oscuridad como un gato. Hurga entre pasajes de aire y circuitos, cables tibios, venas electrónicas del servidor cuántico Mictlán-9, hasta llegar a lo más profundo de C.I.P.: una bóveda solitaria que converge entre lo prehispánico y lo tecnológico. Resplandores de luces azules brillantes, generadas por la corriente eléctrica, mantienen viva aquella abominación cuántica. Las columnas, adornadas con códigos de neón y placas grabadas, sostienen cables que envuelven al Mictlán-9: una pirámide electrónica que ruge con electricidad. En la cúpula, un cráneo metálico irradia una ira fría, coronado con un penacho de circuitos que resguarda el núcleo.

Ha llegado lejos. Ixbalanqué se palmea a sí mismo, intentando sacudirse la euforia para concentrarse y arrancar de su mente ese deseo profano de victoria. Saca el chip y lo

introduce en el Mictlán-9. De otra terminal, toma un cable flex de datos que conecta a la base de su cráneo, mientras una manguera se introduce en una de sus venas. Teclea su código en el panel lateral y se sincroniza con la emulación del sistema: una cosmovisión mexicana.

El sistema lo recibe con un parpadeo de luces blancas que se transforman en un campo infinito de flores de cempasúchil. Almas cálidas le dan la bienvenida, pero él sabe que esto es sólo el *front-end*, una forma bonita para engañar a los usuarios. Una traición a la esencia de los recuerdos, una interpretación inverosímil de los datos originales.

Anaís se manifiesta envuelta en un resplandor aureolo. Le estira las manos como si siempre lo hubiera estado aguardando, con devoción desbordante. Lo sujeta del cuello y gira alrededor, pero sus ojos son fríos, indiferentes, y en su rostro hay una sonrisa tan muerta que le causa repulsión. Sabe que debe ir más profundo, al *back-end*, y sincronizarse con las capas más ocultas del código del servidor cuántico que él ayudó a programar, tenía la noción de poder salvaguardar la conciencia de las personas, hacerlas eternas y poder interactuar, pero algo sucedió con la inmersión, se consolidó lejos de lo que era su visión: ahora sólo es un mundo ficticio lleno de simplicidad lejos de las complejidades, lejos de poder preguntar a su amada Anaís los porqués, muy lejos de su trabajo que le costó sudor, sangre y pérdida. La inmersión colapsa, se fractura ante su vista.

Fragmentos de luz negra deambulan en un vacío lleno de escombros. Su cuerpo flota sin rumbo. Está dentro del verdadero rostro del Mictlán-9. Por fin podrá averiguar el enigma que le devora las entrañas. Durante meses, desde la muerte de Anaís —el alma que denominó gemela—, ha estado maldito: en cada simulación, Anaís no puede amarlo, no puede contestar sus dudas. En cada intento, una puñalada a su co-

razón. Cada recuerdo que tiene de ella, amándose, en la locura, en el frenesí de la carnalidad fundida... incluso antes de morir, él subió su conciencia para arrebatlarla del deterioro humano, de la muerte.

Pero esta Anaís es tan indolente, con una amabilidad extraña. Reacciona como un cascarón vacío. Ixbalanqué tiene la certeza de que algo ha corrompido los datos: su esencia convertida a digital, su alma binaria está extraviada.

De pronto, su perspectiva es interrumpida por unas figuras que se asemejan a Perros de Obsidiana, esa forma animal que sacude cada fibra de su ser, la fobia lo paraliza, el aullido supersticioso, el llamado a morir, esas formas con ojos de fulgor azul, cuerpos metálicos negros que se retraen y contraen, que surcan este espacio cibernético. Se abalanzan con furia sobre los recuerdos, los desgarran, los devoran y los transforman en energía; absorben las conciencias humanas subidas al sistema. Ixbalanqué retoma en su memoria su trabajo en C.I.P., sacudiendo las lagunas mentales ocasionadas por estar tantas veces ensimismado en la simulación, así como por el consumo de alcohol y drogas para estabilizar sus jaquecas y la soledad. Rememora la arquitectura del sistema cuántico y el propósito por el cual C.I.P. desarrolló estos programas. Con el monopolio que ejerce sobre los recuerdos tras haber desmantelado a toda competencia, ahora comprende su doble beneficio: no sólo comercializan memorias, sino que utilizan las conciencias como una fuente de generación eléctrica, inflando sus arcas de opulencia. Sin embargo, su misión es clara: debe encontrar la conciencia de Anaís antes de que sea destruida completamente por los Perros de Obsidiana.

Entre la tragedia y el dilema, Ixbalanqué distingue a lo lejos, en la espesura negra brillante y fragmentada, un paisaje virtual. Se encamina hacia él atravesando un laberinto de ruinas prehispánicas conjugadas con circuitos que palpitan como venas. Voces murmuran entre los muros, gritos se filtran en

el aire, hasta que algo pronuncia su nombre: un fragmento entona una canción:

*En la oscuridad permanecemos,
sombras que celebran un amor eterno.
No llores, amor mío;
somos cenizas danzando
bajo un cielo roto.*

Al sujetar ese pedazo de cristal metálico y centelleante, el rostro roto de Anaís se revela. Pero justo al pronunciar su nombre, un ente maligno, emergido de un infierno mecánico, aparece tras ella: un Perro de Obsidiana que la devora. Ixbalanqué, con la gallardía de un amante abatido, intenta detener el acto atroz. En un instante de magia cuántica, una subrutina oculta se activa y lo engulle hacia una memoria suprimida.

Los fragmentos giran como cuadros, y la negrura se transforma en matices de color hasta que, desde una perspectiva elevada, observa su apartamento. Es el momento en que el cuerpo frágil de Anaís sucumbió a la enfermedad, mientras él sostenía su mano, rodeados de aullidos surcando las calles. Sin embargo, desde esta nueva perspectiva, nota algo que antes no percibió: en su otra mano, Anaís sostenía un relicario. La imagen permanece congelada en el tiempo y el espacio, un bucle en un solo ciclo. Ixbalanqué se pregunta si, desde este nivel de interacción, podrá descubrir detalles ocultos. Guiado por un presentimiento, se acerca y abre el relicario. Dentro, un diminuto grabado metálico resplandece con una inscripción binaria:

«01010011 01101001 00100000 01101101 01110101 01100101
01110010 01101111 00101100 00100000 01101110 01101111
00100000 01101101 01100101 00100000 01101111 01101100
01101110 01101001 01100100 01100101 01110011 00101110»

Un resplandor hace estallar la habitación en un millar de fragmentos cristalinos. Observa cómo giran a gran velocidad hasta que lo sacan de aquella inmersión. Nota que está en la bóveda, con los terminales conectados. Está incrédulo, debatiéndose en cómo pudo salir de la sincronización. Es un dato improbable para la rutina que ingresó al servidor, pero las palabras de Anaís no dejan de retumbar en su mente; ha logrado traducir el mensaje del relicario que dice: «Si muero, no me olvides. Pero si me recuerdas, déjame ir».

Se pregunta: ¿Será acaso que ella subió un recuerdo al sistema: el recuerdo de su amor? Anaís era una extraordinaria programadora y por ende sabía que los recuerdos eran eliminados, pero si lo sabía, eso significa que su amor, el motor que lo trajo hasta aquí, era sólo otra apariencia bonita. En el fondo, para ella, había sido una prisión, y él, su carcelero. ¿Qué sentido tiene todo esto? Las lágrimas comienzan a resbalar por sus mejillas. Su revancha no era más que una ilusión del amor; su rescate, una idea marchita fundida en cables. Su enemigo, C.I.P., era la conjetura de una inferencia fallida.

Unas palabras resuenan en la bóveda: «Déjame ir, amor. Tú también estás atrapado». Ixbalaqué se lleva la mano a la boca mientras una incrédula, pero atroz deducción, lo sumerge en un lapso de locura. Inquisitivamente, revisa a su alrededor en Miclan-9 y halla el interruptor maestro. Sabe que el mensaje del relicario no es sólo una declaración de amor; es una secuencia de desactivación diseñada por Anaís. Si lo ingresa y ejecuta, las almas binarias quedarán libres, pero también es consciente de que, al hacerlo, el respaldo de Anaís será destruido, y jamás podrá volver a ella en una inmersión.

Se encuentra involuntariamente en la encrucijada de ser egoísta o hacer lo correcto, una dicotomía moral que no pidió. Aun así, se aferra al recuerdo de su amor, algo que le inyecta una esperanza. En ese instante, como si fueran conjurados por los guardianes invisibles, los Perros de Obsidiana se hacen

presentes, parpadeando entre píxeles y relámpagos. Sus ojos azules centellean con ferocidad; por momentos, sus cuerpos se vuelven acuosos y etéreos.

Ixbalaqué estira su mano trémula, debatiéndose entre perder y salvar, entre ceder y resistir. O tal vez, simplemente, dejar que el destino fluya en una pirámide de eventualidades, como si hilos invisibles los movieran como marionetas. Los perros se mueven a su alrededor, fundiéndose con su carne. El dolor nace y perece, dejando sólo pulsos eléctricos en su ser. Levanta una sonrisa y brotan lágrimas, mientras sus dedos, titubeantes, se dirigen hacia el interruptor.

Abraham Campos Nava (Hidalgo, 1982). Ha participado en múltiples antologías de cuento y poesía publicadas por editoriales como Vozabizal, Palabra Herida, El Aleteo de una Mariposa y Lebrí. Su obra abarca géneros como el terror, la poesía lírica y la narrativa contemporánea. Ha sido incluido en compilaciones nacionales e internacionales. Además, publica regularmente en revistas digitales.

MI DULCE COMPAÑÍA

Omar Velasco

—¿Eres... mi ángel de la guarda? —preguntó Julián, con la mirada esperanzada. Endriel, al ser un hada con eones de años bajo sus alas, supo que era una oportunidad que no debía desperdiciar.

—Sí... Am, sí... por supuesto... yo soy tu ángel en guardia, pequeño. Y tu dios me ha encomendado que... ¿Cómo dices que se llama tu dios?

—Pues... Dios... —dijo el niño, con la confianza que te da el que seas tú quien sepa la respuesta y no el pequeño ángel bioluminiscente que se metió a medianoche a tu cuarto a despertarte, picándote la nariz con una rama de árbol.

—Sísísí, exactamente, jiji. «Dios», quiere que me ayudes con una misión especial, pequeño. —Endriel vio alzarse y caer a diferentes dioses a través de las eras, y sabía que los que se hacían llamar únicamente como «Dios» así con mayúscula, eran particularmente posesivos con sus seguidores. Así que convencer al niño sería tan sencillo que no necesitaría de un trato—. ¿Estás dispuesto a ayudar a... «Dios»?

Julián miró a los ojos al hada y asintió con firmeza. Era un niño solitario y fácil de engañar. En su casa le habían enseñado que Dios debía ser primero, pero nunca había entendido cómo aplicarlo a la vida, hasta ese momento. El ángel le detalló el plan que debía seguir la mañana siguiente. No entendía por qué debía sacar con cuidado los collares de oro de su mamá, eso sonaba como robar, y sabía que robar era malo, pero no quiso preguntar al ángel al respecto. No entendía tampoco qué era una camioneta blindada de valores; ahí sí cuestionó y el ángel le explicó que era como un auto pero más fuerte. Pero cuando el ángel puntualizó que debía faltar a la escuela,

casi gritó del susto, pues en su casa le habían enseñado que la Educación es primero, y no se debe faltar a clases. El niño comenzó a sollozar; recordó la vez que le dijo a su mamá que estaba enfermo, ya que tenía un examen de Ciencias Naturales para el que no había estudiado y quería faltar a clases. Cuando su madre le preguntó qué sentía, él dijo que le ardía la pierna y la panza y la cabeza y la frente, entonces su mamá le dijo que esos eran los síntomas de un niño mentiroso y lo regañó y lo llevó a la escuela. El ángel, para tranquilizarlo, le dijo que si le ayudaba en su plan, se iba a encargar de que aprendiera todo lo que vieron en la escuela ese día que iba a ausentarse. Julián se calmó sólo lo suficiente para no llorar. Y después de repasar tres veces la misión de Dios juntos, acentuando en que el paso final era quedarse lo más quieto posible, viera lo que viera, hasta esperar indicaciones de su ángel, pudieron ir a descansar. El ángel tomó un poco de papel de baño, lo hizo bolita y armó con eso algo parecido a un nido pájaro y se acomodó en un cajón abierto. El niño dudó si debía volver a rezar, como lo hacía siempre antes de dormir, pero al ver el brillo del ángel entendió que no hacía falta, pues Dios ya lo había escuchado.

Eran las once de la mañana, Julián estaba sentado en una banqueta junto a Endriel. Se comía una torta de tamal mientras el hada se zambullía delicadamente en un vaso de atole de cajeta.

—¿Y no se supone que los ángeles son más altos? —preguntó Julián, mientras masticaba.

—Sí, pero esos son los ángeles en guardia para adultos, los que son para niños son chiquitos.

—Ah. Bueno. ¿Y todos los ángeles pueden volar?

—Sí... aunque en realidad no volamos, sino que flotamos. Las alas son solamente estéticas.

—Ah, sí. Son muy estéticas —comentó sin conocer con exactitud el significado de esa palabra—. ¿Y para qué debemos cumplir la misión de Dios?

El hada se atragantó un poco con su brebaje. No podía decirle que estaba recolectando todos los pactos que hizo hace diez años y que cerrarlos era la única manera de volver a entrar al reino feérico, por lo que tuvo que distorsionar un poco la realidad.

—Sí, pues... Míralo como una prueba, donde Dios quiere ver qué tanto lo adoras para... ¿otorgarte divinidad y llevarte a la vida eterna? —apostó el hada; casi todos los dioses prometen lo mismo, pero según su experiencia, son muy pocos quienes tienen ese nivel de poder.

—Ah, muy bien, yo creo que sí puedo cumplir la misión —dijo Julián entusiasmado, más por el poder de enorgullecer a Dios que por los conceptos abstractos de la religión que todavía no llegaba a comprender. Miró a su ángel y levantó el pulgar de su mano. El hada hizo lo mismo.

Una camioneta de valores se estacionó en la contraesquina de donde ellos se encontraban, frente a una tienda de empeños. De su interior bajaron Carlomagno y José Luis, dos hombres con escopetas y actitud de imbéciles. En batalla, se debe aparentar ser fuerte para ser el último al que ataquen; y los custodios preferían aparentar ser los que joden antes de parecer gente a la que puedes joder. Estadísticamente no es un trabajo con muchos robos. Pero también, estadísticamente, en los robos que han ocurrido, no sobrevive ningún custodio. Por eso, la actitud de imbécil se debe portar con seguridad. A veces, con orgullo. Y sí, en ocasiones, simplemente eran imbéciles por naturaleza.

El hada y el niño se levantaron de su lugar y se acercaron a la camioneta, teniendo cuidado al cruzar las calles, pues el riesgo de un atropellamiento involuntario era alto. Endriel no

quería sorpresas. Había detallado un plan tan efectivo que los años cazando a Miguel darían frutos. Y era un plan tan simple que un niño podría llevarlo a cabo. De hecho, sería un niño quien lo llevaría a cabo.

Los dos custodios salieron cada uno con una bolsa en una mano y un arma en la otra, mirando en todas direcciones de la calle mientras caminaban hacia su vehículo. Todo estaba tranquilo, incluso demasiado vacío. Sólo un niño caminaba por ahí. Nada raro. Golpearon tres veces la puerta trasera de la camioneta de valores para que les abrieran. Una pequeña compuerta se levantó y estaban a punto de arrojar las bolsas que traían en mano cuando la voz de un niño los descontroló.

—¡Oigan, señores, disculpen! —gritó Julián acercándose a ellos a gran velocidad.

Los hombres, por instinto, lanzaron las bolsas dentro de la camioneta, cerraron la compuerta, se replegaron a la camioneta y se agacharon, tomaron las escopetas de sus cinturones, cortaron cartucho y quitaron los seguros. Estaban listos para el combate. El niño estaba a dos metros frente a ellos. Los custodios le apuntaron, porque les enseñaron que ninguna amenaza debería subestimarse. Uno de ellos incluso deseó que el niño fuera una amenaza.

—Disculpen... se les cayeron estos... —dijo mientras mostraba en sus manos unos collares de oro.

—¡Maldita sea, José Luis, otra vez andas picando las bolsas! —dijo Carlomagno—. ¡Ya te dije que eso es robar, carajo! —gritó, decepcionado de su compañero, mientras se acercaba al niño.

—¡Pero yo no fui! —se defendió José Luis, porque a él le habían enseñado que la Honradez es primero... y aunque hubo algunos momentos de tentación en los que tuvo un ligero interés en abrir las bolsas y sustraer un poco de su contenido, esos días habían quedado atrás... por la Honradez... y porque

ya lo habían cachado en sus intentos, y un descuido más lo llevaría a la cárcel.

—Sísísí... no fue él, ¡fui yo! —dijo Endriel, apareciendo de la nada entre los rostros de los custodios, en plan de hada fabulosa.

Por instinto, y tal vez por la sorpresa, los hombres dispararon al hada, que estaba en medio de ellos, al mismo tiempo. El hada tenía tan calculado el tiempo de reacción que simplemente se dejó caer, como deslizándose en una resbaladilla invisible, levantando las manos y sonriendo, para disfrutar lo que venía. Las esquirlas de las escopetas atravesaron las caras sorprendidas de los custodios. La sangre y un poco de cerebro terminaron salpicando el rostro de Julián, quien no se sorprendió al ver todo eso, pues ese era el plan de Dios.

—¡Imbéciles! —dentro de la camioneta se escuchó un grito—, ¿jse volvieron a disparar entre ustedes!?, ¡otra vez nos van a dar una capacitación por su culpa! —la compuerta se levantó, y de un cuadrado de medio metro por lado, sobresalió la cara de Miguel.

—¿¡Qué...!/? —interrumpió su idea al ver la escena—, ¿¡pero qué...!/? —se sorprendió al ver a sus dos compañeros en el piso, sin rostro—. ¿¡Julián!/, ¿qué estás...!/? —se sorprendió más al ver a su hijo frente a él, con unas joyas en las manos—. Endriel —comprendió cuando vio al hada, volando hacia su rostro y sonriendo con satisfacción.

—Sísísí... Miguel, Miguel, Miguel... te tenías bien escondido en esa protección de hierro que tienes por vehículo. Por un momento creí que era a propósito pero... nonono, no eres tan listo.

—En realidad no es hierro, es acero y...

—¡¿Sí?! ¡No me vengas con estupideces, Miguel!, ¡sabes por qué estoy aquí!... vine a cobrarte...

—¡No es justo, Endriel, sabes que no es justo! Esto no es lo que yo pedí ni lo que yo quería...

—Sí, claro que fue un trato justo, tú me convocaste y aceptaste las consecuencias... ¿Quieres verlo? —dijo sonriente Endriel, mientras chascaba los dedos.

En el cielo, frente a ellos, comenzaron a escribirse palabras con chispas y fuego: «Quiero vivir una vida en donde pueda manejar millones de pesos en mis manos. A cambio, daré la vida de mi primogénito o la mía propia. Miguel Torres / Endriel».

—Yo no veo fallas en el trato. Llevas diez años viviendo con millones en las manos diariamente, así que vengo por mi recompensa... ¿Qué va a ser, Miguel, qué va a ser?

Miguel tenía de frente a su hijo Julián, a quien no veía desde hacía años. La frustración de estar obligado a realizar diariamente un trabajo donde te encerraban en un armatoste a cuidar el dinero excesivo de otros, era la presión que podía tronar cualquier tubería o matrimonio. Se miraron a los ojos, como dos desconocidos. Pero ambos detectaron una magia indescriptible que compartían.

—¡El niño, que se muera el niño! —gritó Miguel, casi sin pensarlo. En la experiencia de Endriel, los padres berrean antes de entregar a sus primeros hijos. Contrario a las madres, que siempre se eligen a sí mismas al instante. En ambos casos, el hada disfrutaba más del proceso que del resultado.

—Sí, vaya, vaya, vaya, Miguel. ¿No esperaste nada para elegir, verdad?... Así que... —dijo mirando a Julián, quien seguía congelado, esperando indicaciones de su ángel de la guarda—. La verdad, la verdad, la verdad, fueron momentos muy agradables los que pasé contigo... si fuera por mí... pero no es por mí, es por... ¿estás viendo, Miguel?, ¡es mejor que veas lo que le hiciste a tu hijo! —Endriel miró al niño; en sus años haciendo este tipo de tratos, no había tenido oportunidad de pasar ni siquiera algunas horas con un humano de ese tamaño, pues todos los humanos grandes que la convocaban sólo la querían para cumplir sus deseos y nadie le había dedicado

unos momentos para conocerla—. Lo siento... —dijo—, pero un trato es un trato —y chascó los dedos.

—¿Contradicción? —Como si fuera programa de concursos, un *dong-dong* sonó alrededor del hada—, ¿cómo que contradicción? —Se preguntó mientras otro trato se iluminaba frente al primero: «Si me ayudas en esta misión, te enseñaré todo lo que se aprendió en la escuela el día que faltes. Endriel /Julián Torres»—. No... no... no... —dijo el hada mirando al cielo y hacia todos lados, con las manos abiertas en sorpresa—. ¿Todo?... ¿incluso los aprendizajes éticos y morales, sociales y culturales?... ¡¿de toda la escuela?!... ¿¡todo!?! —en las palabras escritas del cielo, se subrayó todo lo que se aprendió en la escuela el día que faltes.

Endriel volteó a ver a Miguel e iluminó sus ojos de amarillo. En las palabras escritas del cielo, *la vida de mi primogénito* mutaron a cursivas. El hada gritó, con la misma frustración y sentimiento que te da perder todo el día por un trámite burocrático inútil y al final darte cuenta que te faltó una copia del acta de nacimiento. Respiró hondo tres veces y se recompuso.

—Sísí... Nos vemos pronto, Miguel... Espero que disfrutes de tu larga vida en ese trabajo —dijo el hada, sin voltear. No se había dado cuenta que el hombre ya no estaba asomado, sino dentro de la camioneta blindada, marcándole a su jefe para explicarle que sus compañeros se habían disparado entre sí... otra vez... pero en esta ocasión había pasado algo grave.

—¿Lo hicimos, logramos completar la misión de Dios? —dijo Julián al empezar a caminar junto al hada, quien lo jalaba del hombro con decisión.

—Sí... no... casi... a la misión de Dios le acaba de surgir un inconveniente... —dijo Endriel, quien ya planeaba qué hacer con Miguel en cuanto el niño aprendiera de todas esas cosas que se enseñan en la escuela, como la geografía, el

máximo común divisor o cómo pedir perdón a un amigo si le arrojas su mochila al techo por una broma y cae afuera de la escuela.

—Qué bueno —respondió, Julián, con una sonrisa—... ¿qué es «inconveniente»?

El hada entonces se dio cuenta de que ese último trato iba a tardar más de lo previsto en cerrarse.

Omar Velasco (Ciudad de México, 1990). Supervillano. Vive con su esposa y sus perritos. Escritor de género fantástico publicado en distintas revistas y antologías, tanto en español como en inglés. Ganador de los concursos literarios «Bazar de Horrores» (2019), Tercer concurso de Cuento: «Historias de Cuento» (2020) y Mención Honorífica en el Segundo Premio Imaginación y Futuro de Mexiconá.

HASTA QUE EL TIEMPO NO NOS SEPRE

Mical Karina Garcia Reyes

Mientras tanto déjame abrazarte

Hasta que el tiempo no nos separe ya¹...

Una melodía crepitante me extrae del estado de suspensión, su ritmo excita a todos los ceros y unos de mi código fuente. No es la primera vez que esa conjunción de sonidos extintos sacude mi memoria primigenia, que revela lo que mis padres denominan «infancia» y que tanto me empeño en recordar sin éxito. Es desconcertante.

«El mundo se acabó», clamaron ellos alguna vez, con voces que chirriaban en el aire como si rasparan el metal. Poco recuerdo la sensación de las ondas sonoras estimulando los huesillos en mis oídos, para hacerlos vibrar al casi incesante ritmo de su llanto. Pero la incertidumbre y desesperanza de sus voces, que en vano procuraron esconderme, aún timbra en mi subconsciente, cual reminiscencia de los sentidos perdidos. Al igual que ellos, que todos, yo era una humana, de carbono y con poco tiempo de desarrollo, cuando decidieron que debíamos migrar a otro plano de la existencia: la binaria.

No tuve oportunidad de decidir, pero no les reprocho nada. Ellos dijeron que no tuvimos opción.

La melodía serpentea en mi programación, estremece mi código tal como lo ha hecho por no sé cuánto tiempo, recor-

¹ «Hasta que el tiempo no nos separe», interpretada por Celest. Escrita por Florencia Quinteros, Jerónimo Hill, Jerónimo Quintana y Roderic Picard. Producida por Celest.

dándome las palabras que olvidamos, que perdimos cuando el lenguaje de la corporalidad dejó de tener sentido.

Mientras tanto, déjame abrazarte..., las letras adquieren significados que se aglutinan en mi núcleo primitivo, cual revelación que fluye desde mi consciencia cuántica, como si contara de tres en tres, adecuando las sílabas a ese ritmo, repitiendo esa secuencia de golpeteos una y otra vez. Me pregunto qué busca desentrañar esa canción, cuya cadencia se ha quedado tan profundamente grabada en mi memoria y emerge sin sutileza, negándose al olvido.

*

Muchas veces he preguntado a mis padres sobre la vida de antaño, cuando estábamos sometidos al crudo e imbatible paso del tiempo.

<¿Recuerdan qué es abrazar?>

Incluso en la vastedad de nuestras consciencias, plegadas en incontables universos imaginados, en las simulaciones donde experimentamos la grandilocuencia de la existencia no orgánica, reconozco la fragilidad de sus emociones. La culpa por no sé qué, asomada entre ligeras inflexiones y titubeos cuando computan sus respuestas. Y aunque siempre responden que esta vida no orgánica también es plena y eterna, sé que algo yace oculto en el fondo de nuestra memoria, algo que quizá desean olvidar.

<Abrazar era envolver con los brazos: tocar, sentir, oler y reducir al mínimo la distancia con la otra persona, cuando, claro, estábamos encerrados en los cuerpos orgánicos>

<¿Se puede simular un abrazo?>

<No hay experiencia orgánica, corporal, que no se pueda simular>

Alguna vez alguien me dijo que cuando pasáramos al otro lado, seríamos como los programas de algo llamado «compu-

tadora». Que nadie nunca volvería a sentir nada, que era mejor morir. ¿Quién fue?

Mis padres extienden su código, envolviéndome entre sus respectivos infinitos; me atrapan, pero no me siento prisionera en este espacio dodecadimensional, en el que el tiempo corre en todas direcciones sin restricción alguna. Sin diferenciar un instante o una eternidad.

<Así se sentía la calidez de un abrazo>

No recuerdo lo que es tener frío o calor, pero la supuesta calidez se manifiesta en mi sistema como si me rodeara el amor, la confianza y la protección de mis semejantes, ahora contenidos en pequeños espacios; reduciéndose para disfrutar el gozo de estar cerca. El abrazo de los universos implica contención. Reconozco un dato que llega a mis emuladores de aroma, lavanda, asociado a mi madre; y otro, a chocolate, de mi padre. Aunque sé que quizá ninguna de las fuentes naturales de esos olores exista ya.

Suspendida en el infinito, me pregunto cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que alguien me envolvió entre sus brazos reales. En el esfuerzo por recordar, la melodía nuevamente viene a mí en sus compases de tres tiempos: *los recuerdos luchan por sus vidas...*, y un tercer dato aromático aparece, uno que no puedo describir porque carezco de los conceptos o parámetros para hacerlo, salvo que es ligeramente desagradable. No obstante, me resulta familiar y entrañable. *Y cuando todo se destruya, recuerda que nunca te dejaré ir*, y una voz emerge desde las capas profundas de mi memoria cuántica, siguiendo el compás. Mi procesador parece detenerse torpemente, tratabillar, todo el universo circundante parpadea, y sólo atino a preguntar a mis padres:

<Falta alguien en el abrazo, ¿cierto?>

La canción que vive en mi código contiene a alguna persona de mi pasado.

Aunque se supone que nuestra memoria es absoluta, las reconstrucciones de mis años orgánicos están empañadas por un velo de imprecisión, quizá porque fue un evento traumático que era mejor suprimir. O quizá porque la memoria no es absoluta cuando el lenguaje necesario para reconstruirla ha cambiado por completo.

La letra de la canción, su cadencia, estribillo, verso y ritmo, poco a poco se reconstruyen, y mi universo parpadea; llueven estrellas fugaces ante la idea de resolver el misterio que guarda, esa incógnita de por qué cobra vida en mí. *Mientras tanto déjame abrazarte, hasta que el tiempo no nos separe ya*; sé que es una frase que escuché alguna vez, pronunciada por una persona que significó algo importante para mí.

En lo más recóndito de la gran maquinaria, entre millones de consciencias digitales, se conservan algunos registros inconexos de la vida anterior, antes de que la singularidad nos albergara a todos. Un fragmento de mi consciencia serpentea hasta su herramienta de búsqueda, donde compilo las frases que he recordado y excavo entre coincidencias hasta dar con la canción correcta:

*Sueños que prometieron nacer
frágiles como papel
Los recuerdos luchan por sus vidas
Y un muro de olvido se ríe al caer
Mientras tanto déjame abrazarte
Hasta que el tiempo no nos separe ya...*

Cada palabra y sonido que orchestra la canción fulguran en mi memoria. Recuerdo su voz cantando, los vidrios de la casa crujiendo en resonancia con los graves de su canción favorita. Al fin revivo a la persona que falta.

Prolongo mis extensiones binarias hacia otra grieta de la información ancestral almacenada, donde existían mapas y fotos de nuestros lugares de antaño. Busco una fachada, la misma que visité la última vez que me desplacé sobre un par de piernas. La canción se repite en un *loop* incesante, cuento de tres en tres e intento seguir el rastro de las cuerdas, cuyo tremor parece colorear los sueños de mi infancia. Su registro ahora se reconstruye con claridad.

Entre los mapas de aquella enciclopedia antigua llamada internet, encuentro una captura de la entrada del último lugar que visité, donde pasé la mayor parte de mi vida orgánica mientras mis papás me dejaban resguardada día a día. Y una persona se encuentra parada justo en la puerta, como si supiera que su fantasma digital permanecería ahí para el resto de la eternidad.

Mi abuelo, estático, sonrío ante mí.

«No, hijo, vayan ustedes, yo me quedo aquí. Allá a donde van nadie siente, nadie respira, nada duele. No, yo me quedo aquí en la casa. Cuando muera, ya le haré compañía a tu mamá», revivo la voz de mi abuelo en mi memoria, aquel día que dormimos mucho, antes de despertar aquí, despojados de nuestros cuerpos.

«Me parece justo tener el mismo destino de las plantitas y animalitos que perecieron por nuestra insensatez. Morir es natural. Quizá nadie me pueda sepultar, pero cuando muera le devolveré algo a la tierra».

La canción atraviesa completa mi sistema de memoria: la voz es un pincel que con finos trazos recrea el interior de la casa en un modelo tridimensional, donde yo soy las paredes que alguna vez rayoneé con crayolas, el concreto del piso en el que aprendí a andar en triciclo, las macetas con plantas que sembramos pero no soportaron la intensa radiación. Observo desde las grietas entre las que alguna vez guardé mis tesoros, y programo emulaciones de mis padres, mi abuelo y yo misma, como las tenues pinceladas del escenario que se escapaba de

mis recuerdos. En ellas, mi padre llora y mi mamá me abraza, pero es un abrazo que sostiene la tristeza.

«Abuelito, ¿ya no nos quieres? ¿Por qué no quieres venir con nosotros? ¿Es muy feo lo que nos va a pasar? Yo me quedo contigo», le dije.

«Yo siempre los voy a querer, no dudes de ello. Pero prefiero quedarme aquí, en esta casa donde crecieron tu papá y tú, que guarda tantas vivencias. Tus papás sólo quieren lo mejor para ti, ve con ellos».

Mi pequeño avatar llora con intensidad, y la tristeza que me recorre también se perfunde a través del modelo de la casa, al punto de que sus paredes y pisos rompen su geometría. Mi abuelo me abraza, su ropa es áspera y su barba pica, pero enseguida comprendo que la riqueza de texturas que sentí en mi cuerpo aquella última vez no ha sido aún emulada satisfactoriamente en esta forma de existir.

La canción sigue sonando de fondo, como cuando mis papás me llevaban a casa de mi abuelo para que me cuidara. Ahora resuena en toda la simulación de mi ser, las percusiones golpean, las cuerdas etéreas se rasgan, crujen e iluminan sueños coloridos. Y la voz de mi abuelo se funde con la de la vocalista, en la nueva versión que acabo de crear.

Mi abuelo dice que me quiere antes de soltarme y besar mi frente. Luego mis padres me toman de las manos mientras pronuncian palabras torpes. Ambos lo abrazan, yo me aferro también, y permanecemos así, implorando que el tiempo no nos separe. Finalmente, mis padres me cargan y se alejan con los rostros anegados, sin intentar voltear atrás.

Era muy pequeña para entender lo que significaba aquella despedida. E incluso ahora, sé que no sabría cómo despedirme, o si sería capaz de hacerlo. Envuelvo la emulación del recuerdo y lo abrazo con todo mi ser, intentando que lo que habita en su interior jamás se disipe.

Preparé una nueva simulación para mi padre: mi abuelo, parado en su pórtico, lo invita a pasar a su hogar. No cuento con suficiente información de mi abuelo como para emular su personalidad y traerlo a vivir aquí, con nosotros. Pero la imagen sempiterna de él recorriendo su casa, su voz acompañando el estruendo de los vidrios que resuenan al ritmo de la música, me impedirá olvidarlo. Y quizá mi papá deje de sentir dolor por haberlo dejado atrás.

Ahora podemos abrazar a aquel fantasma virtual, en este tiempo que ya no nos separará nunca más.

Mical Karina García Reyes (Ciudad de México, 1990). Escritora y co-coordinadora del Gran Colisionador de Textos Especulativos. Ganadora del 3^{er} lugar en el Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción Imaginarias 2022 y mención honorífica en el 5° Concurso de Cuento de Ciencia Ficción, de la UACM.

ROSA DE JERICÓ

Alejandro Jiménez Roque

*Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que
permanece en mí, como yo en él,
dará mucho fruto; separados de mí no pueden
ustedes hacer nada.*

Juan 15:5

«El hallazgo del cuerpo del empresario líder en productos avícolas, el señor Verduzco, aterrizó a los capitalinos ayer, jueves tres de abril. Fue encontrado en un paraje del Bosque de Tlalpan, desnudo y boca arriba; presentaba múltiples hematomas y estaba atado con tallos de una planta conocida como “corona de Cristo”, misma que se usó para asfixiarlo hasta romperle el cuello. Lo que más sorprendió a los forenses fue la presencia de flora en el cadáver, la cual daba la impresión de estar fusionada con el occiso. Como si se tratara de mutaciones, encontraron un cardo arraigado en cada pezón, crecimiento de musgo en el vello del pecho, mirtos sobre el pubis y un “hongo de los dioses” en la entrepierna. Las autoridades han informado que este homicidio podría estar relacionado con otros siete acontecidos desde el 23 de marzo y de los cuales todos han sido empresarios. Excepto un menor, hijo de la reconocida Amaranta Centeno, la multimillonaria y dueña de la cadena Caprimancha. El señor Verduzco sería la octava víctima del asesino serial, ya conocido popularmente como “el sádico del cempasúchil”, flor que deja tras sus crueles actos. Varios líderes industriales han manifestado su miedo ante esta ola de ataques. Ya son las 6:47 a.m. y, pasando

a otras noticias, los recientes sismos que se han sentido en la ciudad...», fue lo último que la conductora del noticiero matutino dijo antes de que Violeta apagara el televisor de la cocina para salir a correr. Se amarró las agujetas, se colocó los audífonos, reprodujo su *playlist* y salió de casa.

Caminó hasta la esquina y se detuvo ahí un momento para calentar las articulaciones. Luego, comenzó a trotar hacia el parque cercano a su casa. Un auto oscuro esperaba a dos cuadras. Ella cruzó la calle. El auto inició la marcha. La siguió a distancia con el sigilo de un gato que busca cazar un ave. La joven trotaba a un buen ritmo. El chofer del vehículo bajó la velocidad e hizo una llamada.

Violeta llegó a una plazoleta rodeada de árboles que, esa fresca mañana, no tenía ni un alma, con excepción de dos jovencitas que vendían algo sobre una mesita improvisada. Ella pasó corriendo a un costado de las muchachas, quienes le sonrieron. Ambas le dijeron algo que ella no alcanzó a comprender por el volumen de la música. Le hicieron unas señas. Violeta se detuvo y caminó de regreso hacia ellas. Se quitó los audífonos y las saludó. Las jóvenes, que vestían un *crop top* cetrino a pesar del frío, le comentaron que estaban probando un producto para «gente *fitness*» como ella. Violeta se mostró interesada. Le hablaron sobre un nuevo jugo *detox* que acababa de salir al mercado. Le ofrecieron una muestra gratuita del líquido color esmeralda que prometía purificarla de pies a cabeza. Aunque la bebida tenía un aspecto poco apetitoso, Violeta la aceptó. Con cada sorbo, el jugo le dejaba una sensación peculiar en la garganta, como si una pequeña capa de viscosidad se le adhiriera. Sin embargo, el sabor no le desagradó del todo. Por el contrario, le resultó un poco dulce. Las tres conversaron unos minutos y, luego, Violeta les agradeció y se preparó para continuar con su rutina deportiva. Apenas había avanzado unos pasos cuando manchas purpúreas, como gotas de lluvia que se quiebran al contacto con la tierra, enturbiaron su vista. Vigorosos mareos

sacudieron su cabeza y, en cuestión de minutos, se desvaneció. Las chicas corrieron para levantarla y sostenerla. El carro, que momentos antes la seguía, se detuvo a un costado de las mujeres. Después de que las dos abordaran el coche con Violeta en hombros, el hombre arrancó.

Violeta abrió los ojos. Estaba recostada boca arriba. Tenía leves ecos de los mareos y aún percibía el ligero sabor dulzón del jugo. Intentó incorporarse y sintió que estaba inmovilizada. Las piernas le pesaban, parecía que estaban arraigadas a la tierra con fuerza. Levantó la cabeza y observó su cuerpo: sus extremidades parecían dos gruesas protuberancias, similares a raíces que se aferraban al légamo que la rodeaba. El pavor empezó a correr por su cuerpo. Su respiración se alteró y sus manos eran bloques gélidos. El sabor dulce en su boca de pronto se tornó amargo. Pensó que tal vez si gritaba, alguien la escucharía. Lo intentó, pero la capa viscosa que le dejó la bebida le adormeció la lengua. Perlas frías bañaron su cara. Sintió comezón en los antebrazos. Tallos espinosos de acacia se enroscaban para sujetarla con fuerza. Las púas le pinchaban la piel provocándole pequeñas heridas que le causaban escozor.

Observó el entorno. Por la cantidad de árboles no le resultó difícil intuir que estaba en un bosque. Cobijada por el silencio del paraje, alcanzó a escuchar el correr del agua de un río en las cercanías. El lugar le resultaba un tanto familiar, como si alguna vez hubiera caminado por esos senderos perdidos que se encontraban entre la vegetación. Pronto la respuesta llegó a su mente y se dio cuenta de que estaba en el Bosque de Chapultepec. Unos metros frente a ella se encontraba la entrada a una cueva sobre la que se levantaba un ancestral ahuehuete, árbol petrificado por el paso de los siglos. Entre el frondoso tronco y el nacimiento de las gruesas ramas distinguió unos pies que colgaban. Reconoció la silueta recostada de una mujer semiconsciente y exánime. Imaginaba que, si lograba

acercarse lo suficiente, la dama podría ayudarla y salir juntas de ahí. Impulsó su cuerpo para desplazarse, pero sus piernas daban la impresión de sujetarse con firmeza al limo. Arrastró su cuerpo lo más que pudo. Con el movimiento desperdigó algunos pétalos que dibujaban círculos sobre el piso. Estaban elaborados con flores de pericón, cempasúchil y margaritas, reminiscencias del sol. En el centro, ofrendas de tunas de un rojo oscuro como la sangre derramaban sus fluidos sobre la suave tierra, como si la penetraran para fusionarse con ella y fecundarla.

La atmósfera taciturna del sitio se vio trastocada por el crujir de hojas secas bajo unas pisadas. Violeta volteó a todos lados. Su corazón latía a gran velocidad contra la pequeña caja torácica que lo contenía. Varias personas surgieron de entre los árboles y se acercaron a la joven para rodearla. Tanto mujeres como hombres portaban un tipo de ropa blanquecina de manta tan delgada que resultaba traslúcida. En las mujeres era una túnica larga, mientras que en los varones, una camisa similar a una guayabera y unos pantalones holgados.

Violeta sentía que le faltaba el aire y la dificultad para respirar era cada vez mayor. El sudor sobre el antebrazo era como verter jugo de limón sobre los rasguños que la acacia le causaba. Las personas se acercaron formando un círculo que dejaba en el centro a la desamparada joven junto a los símbolos helicoidales hechos de pétalos. De pronto, desde el interior de la cueva emergió una voz oscura que entonaba un cántico: «*Tla xihualhuia, nonan Xochiquetzalli aquetztimani, nota Ce Tochtli. Momacpalco nocontlalia Ce Tecpatl. Xochiquetzal, te ti xochitl cuacualtzi, ti te xochitl non ixtoponi, ihco ne mani ixtoponi can niaz. Tehuatzin nimitztlahtlanilia Xochiquetzalli!*». Todos los presentes se postraron. De las penumbras que acariciaban las paredes de la caverna brotó el rostro de un hombre de mediana edad. En una mano cargaba un sahumerio que emanaba fragantes notas de copal para llenar el ambiente; en la otra, una jícara

con miel, donde flotaban coloridas orquídeas. Se dirigió a paso lento hacia la fémina mientras recitaba reiteradamente aquella lóbrega letanía. Sus pisadas descalzas y secas golpeaban la tierra como ecos de la invocación que se escabullía entre los árboles. De los ojos cristalinos de Violeta fluyeron pequeños rocíos que bañaron sus mejillas. Conforme el hombre se aproximaba, la joven reconoció el rostro del señor Ramos, empresario y líder de la Asociación de Veganos del país, quien últimamente se había vuelto viral por liderar violentas manifestaciones, que llamaron la atención de varios colectivos.

El señor Ramos llegó hasta donde yacía Violeta. Vertió la miel sobre el cuerpo de la joven y una lluvia de estrellas malvas, rosáceas y níveas cayó junto con el espeso néctar. Se sintió asqueada. Uno de los que conformaba la rueda se puso de pie y se acercó para tomar el sahumerio y la jícara de las manos del líder. Después, otro súbdito también se levantó para abrirse paso y ofrecerle un cuchillo de obsidiana al empresario. Él lo tomó y se pinchó el dedo con fuerza. Una gota carmesí emergió. El hombre dejó que cayera sobre la cabeza de la cautiva. La chispa escarlata bajó a toda velocidad por el valle de la nariz de Violeta hasta irrigar sus labios. El señor Ramos, guía de la ceremonia, alzó la voz y pronunció una última vez esos versos en la lengua inmemorial de los ancestros. La cueva vibró y de ella surgieron tentáculos espinosos que se extendieron hacia la prisionera para invadir su cuerpo. Un dolor indescriptible consumía la cordura de la joven. La fuerte presión en el pecho la hizo arquearse. Sus pechos explotaron abriéndole la piel en dos dalias negras. Las venas se le congestionaron volviéndose ramas de un verde oscuro que le crecían por debajo de la carne. Sus poros se abrieron a tal grado que de ellos emanaron narcisos. Violeta estaba aterrada, deseaba gritar pero no podía. El señor Ramos, con un gesto severo, la increpó: «Ninguno de ustedes quiso entender por las buenas. ¿Supiste cómo encontraron al empresario De la Rosa, el dueño de las industrias pesqueras?

Sí, justamente el tipo que localizaron ahogado en la ciénega del Bosque de San Juan de Aragón, con un anzuelo incrustado en la lengua, cubierto por gruesas capas de lirios y algas... ¡Ah!, ¡sí!, no podía faltar su flor de cempasúchil». Esbozó una sonrisa al tiempo que caminaba alrededor del torso convulso de la víctima y, luego de una breve pausa, retomó la palabra: «¿O qué me dices de la millonaria señora Centeno? Las industrias que manejaba esa mujer nunca respetaron la vida de los cabritos... así que ya has de saber lo que le pasó a ella y a su... Bueno, creo que ya sabes hacia dónde voy con todo esto... Te lo dijimos una vez e hiciste caso omiso: los animales no son para vestir ni para hacer un vil comercio con sus pieles como tú lo has hecho con tu negocio. Ahora vas a vivir en carne propia lo que sienten “tus productos”». El hombre disfrutaba de la agonía de la empresaria. Empuñó el objeto de obsidiana y lo incrustó en la delicada piel de Violeta. Sus copiosas lágrimas eran señal del increíble dolor por el que estaba atravesando, pero, más aún, de la impotencia de no poder luchar por su vida. El señor Ramos deslizó con parsimonia el artilugio hasta que logró desprenderle la piel. Violeta se retorció del dolor. A su alrededor, las decenas de ojos de los discípulos veganos contemplaban la escena. Los quejidos que la mujer no podía lanzar formaban un fuerte nudo en la garganta. Cuando el líder logró su cometido, tomó el tegumento de forma cuidadosa, caminó hacia el árbol petrificado y subió por una escalinata que se hallaba detrás de éste. Ahí, entre las ramas del ahuehuete, encontró a la débil mujer que Violeta también vio en un primer momento antes de la ceremonia. Él la cubrió con la piel de la víctima. «Diosa madre, Xochiquetzalli, escucha nuestras plegarias. El noveno y último sacrificio para que despiertes se ha llevado a cabo según los antiguos ritos. ¡Que emerja el *Xochitlalpan*, Paraíso de Flores! ¡Que tu reino de flores y frutos venga a nosotros, los que vivimos de tus dones! Tú, rosa de Jericó, ¡revive! Que alimentaremos tu culto y tu hambre con la

sangre de quien derrama sangre». En ese instante, los restos de Violeta se convulsionaron en una macabra danza. Sus vértebras crepitaron como las hojas de totemoxtle. El pecho se le abrió como si fueran las mandíbulas de una planta carnívora dejando expuestas las costillas. Y una liana que sostenía su corazón con las venas y arterias que dibujaban formas arbóreas brotó del torso con violencia. Un sismo cimbró la tierra. La oblación había sido aceptada.

Alejandro Jiménez Roque. Profesor de idiomas e intérprete de mandarín. Estudió en la UNAM (México) y BLCU (China). Ha publicado en *Alas de Cuervo*, *Lengua de Diablo*, *Letras Insomnes*, *El Nahual Errante*, *ToxiMorrox*, *Penumbría*, Kannonical Editores, *Anapoyesis*, Estigma Ediciones y Editorial Meperson. Ganó el premio «Tentáculo de Obsidiana» por su cuento «Despertar» en la edición de *Penumbría Onírica*.

CARA A CARA

Julio César Ortega López

I

Con carácter de urgente:... el busto de roca en la caverna B-46 ha permanecido intacto durante al menos 12 mil millones de años. El cuidado de la portentosa formación natural, de una dimensión de 39 metros de altura, es obra de los habitantes del geoide —aún pendientes de gentilicio—, seres inteligentes cuya subsistencia depende por completo del mineral T-Drioxteno. Por ello, como supervisor del Consejo de Cumplimiento de Acuerdos Ecosmológicos (A.E.), dictamino que el planeta XAV-III no debe ser sujeto de explotación de recursos.

Firma:

*Andreas Eff, en oposición a los informes preliminares de
Clint Starkey y Klaus Martínez.*

Algunas noches releo este informe, el segundo que llegó a la Tierra antes de la expoliación de XAV-III, y me pregunto si mi elección de palabras fue la más correcta. Lo dudo. Después de todo, ¿qué palabras son dignas de evitar la extinción de un pueblo? Esta y otras preguntas trastornan mis sueños. En ellos, veo el imponente busto desbastado por las eras. Veo a sus guardianes sin rostro, huidizos y radiantes, agitando como reflejos de agua sobre las paredes estriadas de la cueva.

Despierto y salgo de la cama. Bajo al cuarto de máquinas de la nave, retiro una vieja loleta que antaño almacenaba marañas de cables, meto la mano en el hueco... Y ahí está. Sólo por el tacto, sé que ha cambiado. Me da miedo comprobar sus transformaciones y, no obstante, en cuanto la extraigo de su

escondite, dedico largo tiempo a examinar los incipientes rasgos humanos en cada uno de sus tres lados. La giro entre mis dedos con fascinación. Así, pienso, es como la gente en la Tierra debe admirar las piedras preciosas que las naves piratas recolectan en las lluvias diamantinas de Saturno; aunque este, desde luego, no es un diamante. Tampoco una talla de piedra.

Es un trozo de roca del gran busto extraterrestre. Sus vetas de T-Drioxteno alumbran las entrañas de la nave: destellos fosforescentes, del azul al verde. Zumbidos eléctricos y discretos pitidos reverberan a mi alrededor, recordándome que sigo dentro del cohete Lapislázuli, cruzando el universo a más de tres millares de kilómetros por hora, desafiando los límites de lo observable. Pero de cuando en cuando, si estrujo el pedrusco con la fuerza suficiente y su luz resplandece a través de mis huesos, revelando el vacío entre los átomos, me siento de vuelta en la caverna B-46.

II

El fin de XAV-III y su pueblo comenzó un 30 de julio de 2598 —según el calendario terrestre.

Ese día, una luz roja en el panel de control anunció la llegada de un comunicado por parte de la 4ª. Comisión de Exploración y Obtención de Recursos Espaciales, a bordo del cohete Survival.

—¡El Survival ha encontrado T-Drioxteno en la corteza de un geoide a ocho segundos luz de nuestra posición! —dijo Klaus.

Salté de mi asiento y eché un vistazo a la pantalla. Me froté los ojos con incredulidad.

—Hace más de dos siglos que no se tenían noticias de un nuevo yacimiento —prosiguió—. El operador de comunicaciones del Survival dice que el planeta es de un tamaño considerable. ¡Abastecerá a la Tierra durante al menos trescientos años!

—Es un auténtico descubrimiento —dije con un hilo de voz—. No se ha visto en siglos.

Me sentía afortunado: era mi segunda asignación fuera del sistema solar. Y pensar que la vastedad había enloquecido, por su belleza y soledad, a varias generaciones de supervisores antes que nosotros...

—Las fosas y los mares volverán a llenarse de agua —dijo Klaus—. En cuanto acabemos la inspección y firmemos el dictamen, pasaremos a la historia.

Ya nos veíamos investidos de gloria. Fue Starkey, de ordinario escéptico, quien disipó nuestros delirios:

—Una historia que será una nota al pie de página dentro de unos segundos luz —sentenció, rascándose las canas de la barba—. Hay cien naves de la Comisión explorando el universo observable en este instante y solamente una docena de tripulaciones de supervisores. Tendremos suerte si volvemos a la Tierra congelados dentro de cápsulas.

En ese momento, me dije que bien valía la pena morir a bordo. La humanidad había alargado su existencia los últimos siglos gracias a la explotación de modestas cantidades de T-Drioxteno en astros vecinos, una molécula mineral que, sometida a ciertas condiciones de presión e interacción atómica, produce H₂O-T: agua corriente con un tenue color esmeralda. Reverdecerían la tierra y los mares.

—Nos erigirán estatuas —dijo Klaus, haciéndose el sordo—. Ahora, ¡en marcha!

III

Desde luego, nadie sabe de la existencia de mi pequeño *souvenir* mineral.

Si la Comisión se enterase de que cargo con esta exigua evidencia de que alguna vez existió un pueblo en el espacio profundo, probablemente lo dejarían pasar. Mi palabra ya no

vale nada. He firmado sin reparos la explotación de docenas de planetas desde XAV-III y, por extensión, el desplazamiento de varias formas de vida inteligente fuera de sus hábitats. Por dicha obediencia y porque envejecimos, es que se nos deja volver a casa. Sin embargo, Klaus y Starkey saben que algo anda mal. Han comenzado a aislarse en sus recámaras, a veces durante semanas. Rehúyen sus reflejos. Si debemos reunirnos en la sala de control, por cualquier razón, se llevan las manos al rostro. Se ocultan. Cuando creen estar a solas, se amasan la nariz o la barbilla con los dedos. Pretenden devolverse sus rasgos perdidos. Pero ya es tarde para eso.

IV

El Lapislázuli penetró la atmósfera de XAV-III alrededor de un año terrestre después. Mientras descendíamos sobre la superficie, observé los hangares, las cúpulas y las demás edificaciones que conformaban el campamento orbital de la Comisión. Grupos de obreros se afanaban en pulir a las garras mecánicas de las bioexcavadoras bajo reflectores de tungsteno. La explotación del planeta había comenzado mucho antes de nuestra llegada. En la plataforma de aterrizaje nos esperaba el comandante del Survival.

—Hay vida bajo tierra —dijo, apuntando con las manos enguantadas hacia el suelo—. Una población rudimentaria. Mis hombres dicen que adoran a una «esfinge» dentro de una caverna clasificada como B-46. Se trata de una formidable pieza de T-Drioxteno.

—Pero aún no hay dictamen...

—Oh, sí que lo hay. Clint Starkey y yo mantuvimos una larga conversación al respecto y él, como capitán del Lapislázuli, llegó a la conclusión de que las labores podían comenzar tan pronto como aterrizáramos. Sólo queda, por su parte, redactar

el informe de migración de la población total. Se reubicará a los «nativos» en un conjunto de cuerpos rocosos.

No supe qué decir. Estaba atónito. Busqué un eco de mi indignación en la mirada de Klaus. Este, en cambio, echó a andar escaleras abajo, saludó a un obrero y entró en el campamento. Ante la mirada inquisitiva del comandante, Starkey salió al paso, situó una mano sobre mi hombro y dijo:

—Podemos estar seguros de algo. Si mantener la rueda girando implica sacrificios, debemos asegurarnos de que estos se hagan lo más «humanamente» posible.

V

Estamos a segundos luz de volver a una Tierra fértil y exuberante. Descendientes de nuestros hijos nos esperan y, según comunicados de carácter gubernamental, se han levantado estatuas alrededor del mundo en nuestro honor. Tememos. La sola idea de ver jóvenes versiones de nuestros rostros nos aterra. Incluso a Klaus, que soñaba con ello. ¿Será porque, bajo sus dedos, ya no encuentra nada más que un paisaje llano entre oreja y oreja? No habrá arrugas ni oquedades que nos asemejen con aquellas estatuas. Descenderemos de la nave transformados por el regalo marciano: acaricio la roca como si me consolara a mí mismo. Su brillo se acrecienta. Bajo la piel, soy esmeralda.

VI

Llegar a B-46 fue sencillo. Las bioexcavadoras habían aprovechado nuestra demora para clasificar el sistema de cuevas de XAV-III. Aunque así no fue como llegué al busto. Fue la luz. Eran ellos. Caminé, guiado por la luminiscencia. A mi paso acariciaba con dedos enguantados las estalagmitas jaspeadas

de T-Drioxteno. Emitían un fulgor capaz de atravesar el traje, desnudándome hasta el esqueleto y las venas palpitantes.

Recordé cuando de niño, en la división geofísica del programa espacial, nos mostraron videos de formaciones naturales extintas. «El agua es paciente», nos explicaban. El preciado líquido vital había tardado millones de años en formar cauces, grutas y cenotes, erosionando la corteza y puliendo sus bordes a voluntad; me emocionaban especialmente las imágenes en las que este, rebosante, se precipitaba por una caída llamada «cascada». Me imaginaba que un fragor de esa magnitud podría desbistar los bordes de un cuerpo y pulir sus huesos. O incluso un alma.

De modo parecido, los halos proyectados por el mineral se cuajaban en un cauce silencioso sobre las estrías de la caverna. Llegué a mi destino al cabo de unas horas. Me sacudió un escalofrío cuando tuve que alzar la cabeza para abarcar las dimensiones del yacimiento. El apelativo de «esfinge» dado por el comandante era a todas luces indigno. De hombro a hombro medí al menos doscientos pies. Calculé los años y las probabilidades que habían convergido, entre la precipitación del agua y la acumulación de sales de T-Drioxteno, para dar como resultado aquella estructura vagamente humanoide carente de cualquier rasgo. Esto no es una escultura, pensé. Me olvidé de los destellos, sumiéndome en mis reflexiones, y sólo me di cuenta de que estaba rodeado por una multitud de seres sin rostro cuando bajé la vista y eché un vistazo sobre mi hombro.

Sin embargo, no temí. En el resplandor deslucido, sin gesto y sin voz, de aquel pueblo, vi un pesar tan grande y viejo como el busto de T-Drioxteno.

—Esto ya ha sucedido antes, ¿verdad? —dije, atravesado por la luz—. Y sucederá después.

Volví al campamento. En mi ausencia, Klaus y Starkey habían datado rocas tomadas de la superficie. «Cuatro millones de años. Formas de vida unicelulares, no inteligentes»,

dijeron. El informe de ese supuesto cálculo, firmado a nombre de los tres supervisores, justificó la expropiación de XAV-III. Las actividades de extracción arrancaron unos días después, comenzando por la detonación de las cuevas adyacentes a la «esfinge». Pero, antes de eso, yo bajé una última vez a B-46. Y nadie, pensé, volvería a saber del Pueblo Sin Rostro hasta dentro de algunos años...

VII

Manipulo la roca hasta dar con los ángulos precisos. El primero muestra la protuberante nariz de Klaus sobre su mentón hundido y zalamero. Al cambiar de lado, se descubre la quijada de Starkey, el cráneo abombado y la boca torcida. El lado restante me parece el más decepcionante de los tres: ojos saltones, frente pequeña, labios exiguos. Es Andreas Eff. Yo. En toda la nave no podría hallar un espejo más fiel que este pequeño busto monstruoso de T-Drioxteno iluminado.

VIII

Recorrí las cavernas a toda prisa. La linterna del casco me guió en medio de la oscuridad absoluta. ¿A dónde se habían ido todos? Al cabo de unas horas reconocí la entrada de B-46 y divisé el brillo menguante del busto. Su enigmática máscara milenaria estaba agrietada por efecto de los explosivos en las cuevas vecinas. Traté largo rato de descifrar su semblante desfigurado. Como antes, el pueblo Sin Rostro brotó de la piedra como el agua. Brotó como la luz. Los miré cara a cara, y donde antes hubo vida inagotable, ahora confluían arrugas de dolor, ceños de odio y súplica, ojos, bocas, narices. Vi a Starkey y Klaus, al comandante y su tripulación, a mis amigos, a ti y a mí. Finalmente, aquel que tenía mi rostro cogió un pedazo de la base y lo puso en mi mano.

—Moldeamos lo que llamas «busto» a semejanza de los tuyos y cuando las máquinas reanudaron el trabajo, también nos hicimos un rostro —dijo e hizo un gesto indescifrable—, pero las obras siguen adelante.

Sentí que palidecía ante la visión de aquella cara, la mía, deformada por la certeza de lo irremediable.

—¿Qué ameritan estas «expresiones»?

Retrocedí y quise tocarme el rostro, pero no pude. Tenía el casco encima.

Julio César Ortega López (Toluca, 1991). Estudió comunicación en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex). Ha publicado en las revistas literarias *Tierra Adentro*, *La Colmena* (UAEMex), *Punto de Partida* (UNAM), *Casa del Tiempo* (UAM), entre otras. Becario del programa Jóvenes Creadores (FONCA) en el periodo 2023-2024.

LA CASA DESAPARECIDA

Luis Fernando Rangel

*Hoy la casa de mi infancia ya no existe ni
hace falta.*

Fito Páez

El día en que enterramos a papá fue el mismo en que un grupo de estudiantes universitarios fue desaparecido por el ejército. Mi hermano y yo no entendíamos qué sucedía. Llorábamos frente a un ataúd, mientras allá, muy lejos de esta ciudad, un grupo de personas se preguntaban por sus familiares sin que nadie les diera respuesta. Para nosotros la respuesta fue tajante. Le preguntamos al doctor qué había sucedido y él sólo se encogió de hombros y nos dijo que lo sentía, que hizo todo lo que estaba en sus manos.

—¿Qué sucedió? —le pregunté a mi hermano, desesperado, llorando, porque no alcanzaba a entender las palabras del médico, porque frente al ataúd sus palabras seguían haciendo eco.

Él también se encogió de hombros.

Mi padre estaba muerto, pero al menos lo estábamos depositando en una tumba, ¿qué pasa cuando uno pierde a un ser querido y no tiene un cuerpo que sepultar? Recordé todas las veces que papá me llevaba a mi cuarto, para recostarme en la cama, cada que me dormía en la sala. También recordé la primera vez que vi a mi padre tirar a la basura una trampa para ratones con el cadáver de un roedor.

—¿Qué sucedió? —insistí, a punto de derrumbarme, abrazado al féretro.

Papá tampoco respondió.

La noticia de los desaparecidos salió en todos los medios de comunicación. Me alegré de que papá no presenciara esto porque enseguida me hubiera preguntado qué pasó. Yo no tendría las palabras para responderle. Le hubiera dicho que el mundo es un lugar hostil y que yo también quería morirme. Mamá, pensé, seguro tendrá la respuesta. Lo cierto es que mi madre tampoco sabía qué estaba pasando. De pie, frente al ataúd, con la mirada perdida, recordaba el día en que conoció a mi padre; la boda; el nacimiento de su primer hijo, que nació enfermo del corazón, y su abrupta muerte con tan sólo nueve años.

—¿Qué pasó? —Mamá le preguntaba a papá, con una voz profundamente amorosa, que amenazaba con romperse en cualquier momento.

Esa tarde, mientras nos dirigíamos a casa, recorrimos las calles de una ciudad desconocida. Esos lugares, días atrás, tenían un nombre, pero ahora sólo eran sitios por los que antes deambuló papá y que ahora eran habitados por recuerdos dolorosos. Todo era ajeno, diferente. Mamá lloraba. El automóvil parecía estar vacío. Nadie iba sentado en el lugar del copiloto. Mi hermano encendió la radio. Él conducía; mamá y yo estábamos sentados en la parte trasera. La estática nos distrajo por un momento. Papá ya no podría hablarnos ni tararear las canciones que sonaban en la radio.

Cuando cruzamos la puerta de nuestro hogar nos encontramos con todo tal como lo dejamos. Las cosas ocupaban un lugar perfectamente determinado dentro del orden de la casa. La única diferencia es que ahora el polvo cubría los muebles por la ausencia durante los largos días del hospital. En la sala estaba una caja de zapatos abierta, vacía, porque papá acababa de estrenar zapatos días antes. Lo sepultamos con el calzado reluciente, como a él le gustaba, con la profunda dedicación de cuidar todos los detalles. Sobre la mesa del comedor se encontraba una pila de platos sucios y recordé cuando uno de mis mejores amigos me preguntó si había lavado trastes después de

un funeral. En ese tiempo la pregunta me pareció absurda. Le respondí que no. Pero esa tarde, mientras los lavaba, pensaba en sumergirme en el agua hasta ahogarme.

Ahora los recuerdos son borrosos, desdibujados por el dolor, recreados desde una ilusión inocente. Sin embargo, recuerdo con certeza que nuestra primera misión fue explorar la habitación de papá: entramos al cuarto con la esperanza de encontrarlo acostado, pero nos recibió la cama vacía. Mamá no dejaba de preguntar qué estaba ocurriendo mientras lloraba. Nosotros paseábamos la mirada por toda la habitación como si lo fuéramos a encontrar en los rincones, agazapado, como un niño indefenso.

Los primeros días fueron difíciles. Nadie cocinaba y nos limitamos a recibir una olla con comida que preparaba una vecina. Mi padre nos dejó una pequeña herencia y mi madre insistía en pagarle por los alimentos, pero ella se negaba alegando que lo hacía por el cariño que nos tenía. Así, nos fuimos turnando para recibirla y servir la comida, pero los tres cometíamos el mismo error: colocábamos cuatro platos sobre la mesa, hasta que alguno rompía en llanto. Tras la comida, la vecina se sentaba detrás del portón, esperando la olla de regreso, y trataba de platicar con mi madre, que se limitaba a responder con monosílabos. Después la vecina aceptó el dinero, se cansó de insistir y comenzó a dejar la comida frente a la puerta; tocaba un par de veces y escuchábamos los pasos al alejarse.

Las noticias informaban que nada nuevo había ocurrido con el caso de los estudiantes. Por alguna extraña razón, seguía la noticia como si yo fuera una de las víctimas. Un hueco en el pecho anunciaba mi ausencia. Me sentía desaparecido y quería saber qué estaba pasando con mi espíritu. Me empeñaba en buscar en cada rincón de mi cuerpo un poco de esperanza. Recreaba el sepulcro y me imaginaba escarbando dentro de mí hasta encontrarme. Años atrás escuché sobre un ritual practicado por las madres de los desaparecidos, de una zona

en la región de la costa sur del país, que esperaban en la playa a los cadáveres de náufragos que el mar les arrojaba. En el rostro les pegaban una fotografía de sus hijos y los enterraban. Así sentían que estaban enterrando a sus muertos. Era una forma de saldar la deuda y permitir el descanso eterno a los desaparecidos. Repetían el ritual las veces necesarias, es decir, con cada uno de los cuerpos que el mar les regalaba. Ellas, a diferencia de mí, estaban condenadas a repetir el funeral. Por fortuna, yo sólo enterré a mi padre una vez. Fue entonces que comprendí el motivo de las tumbas, de sembrar el cuerpo con la ilusión de verlo crecer, de saber que los frutos serán dulces. Mientras tanto, el mundo se volvió otro: más oscuro, más pequeño, más vacío.

Un día el comentarista del noticiero anunció los pocos avances del caso de los estudiantes desaparecidos. El Secretario de Gobierno declaró estar cansado. El Presidente de la nación parecía no querer pronunciarse. El presentador de noticias comentó que de acuerdo con ciertos reportes por parte de periodistas cercanos a las familias, se hablaba de que cosas extrañas estaban sucediendo en la universidad de la cual formaban parte. Tanto los familiares como los compañeros decían que las bancas se movían, les borraban lo que apuntaban en los pizarrones y se escuchaban ruidos en diferentes aulas: desde risas y llantos, hasta pasos y gritos.

Yo estaba sentado en la sala, viendo las noticias, cuando escuché ruidos en las habitaciones del segundo piso de la casa. No le di importancia y pensé que era el viento. El comentarista hablaba de lo que los familiares de los estudiantes opinaban. Los ruidos regresaron. Parecían pasos. Corrí, asustado, pensando en que alguien había entrado a robar. Cuando llegué, me di cuenta de que no había nadie. Las ventanas estaban cerradas y todo se encontraba en su lugar. El miedo desapareció y una calma comenzó a instalarse. Regresé a la sala y traté de distraerme. El noticiero ya había acabado. Ahora pasaban una película sobre

un hombre que murió de forma abrupta durante un asalto y una médium tiene contacto con él para alertar a su prometida del riesgo que está corriendo, para al final darse cuenta de que su prometido fue asesinado por su mejor amigo en un intento de robarle el acceso a una cuenta multimillonaria.

Esa tarde hablé con mi madre acerca de lo ocurrido. Ella me dijo que no pasaba nada, que tal vez eran mis nervios. Asentí para darle la razón. Últimamente los ataques de ansiedad iban en aumento y mi estado de alerta me hacía pensar en cosas que no sucedían. Sin embargo, los eventos continuaron: un ruido en la azotea; un plato que se cae; el ruido del lavamanos; la puerta abriéndose, chillando; ruidos lejanos, de fondo, perdidos entre las actividades cotidianas. Días antes de la muerte de mi padre, mientras cenábamos, escuchamos pasos que recorrían la casa. Fue la primera vez que sucedió. Mi abuela decía que cuando uno se muere, tiene que recoger los pasos que dejó por el mundo, y papá comenzó con su tarea durante esos días. Lo supimos tiempo después, al recordar su mirada, que nos repasaba detenidamente, con cariño, como si supiera que nos vería por última vez.

Los ruidos seguían. Apenas habían pasado un par de meses desde la muerte de mi padre y nosotros perdimos la cuenta del tiempo: adentro de la casa, parecía estar suspendido; afuera, corría como si nada hubiera ocurrido. Hasta que un día por fin presenciamos uno de los eventos. Para ese entonces ya nos habíamos acostumbrado a una casa totalmente diferente. Las cajas estaban por todos lados, como si se tratara de una mudanza, porque nos empeñábamos en acomodar la casa de distintas formas sin que alguna nos convenciera, entonces reacomodábamos buscando que las cosas ocuparan un lugar dentro del orden caótico de la casa. Aunque la habitación de mis padres estaba impecable porque mamá se encargaba de mantenerla igual a como quedó desde que papá murió.

Ese día, mientras todos estábamos a la mesa, escuchamos un ruido en la habitación de papá. Corrimos de prisa al cuarto, pero no encontramos nada. Pensamos, con una torpe ilusión, que lo veríamos. Lo sorprendente fue que nos recibió la cama que estaba descubierta, como si alguien se hubiera levantado recientemente; luego se escuchó un ruido en el baño, tiraron de la cadena y abrieron la llave del lavamanos. Cuando llegamos al baño, estaba vacío y la llave continuaba abierta. Después una puerta rechinó. No nos asustamos. Fuimos y lo vimos. Tras la cortina de la habitación de papá, estaba su silueta, pero pronto desapareció.

Con el tiempo nos acostumbramos a los ruidos, que se hicieron parte de la rutina de la casa. Nos dedicábamos a vagar por los pasillos y las habitaciones. A veces, nos reuníamos en la sala para ver las noticias o alguna película. Luego la televisión se descompuso y nos limitamos a ver a los otros cumplir sus rutinas: mamá tejía y destejía hasta el cansancio; mi hermano dibujaba tratando de atrapar la luz que se reflejaba sobre los objetos; y yo escribía un diario que quemaba al finalizar el día, arrojando las hojas en un pequeño calentón de leña, encontrando en el fuego una distracción de los pensamientos más aterradores. Hasta que una tarde alguien llamó a la puerta. El ruido de los golpes nos pareció extraño, ajeno, nos recordaron a las paletadas de tierra que caían sobre el ataúd de mi padre, a las noches sin dormir porque la cabeza retumbaba. Abrí la puerta para encontrarme con un hombre vestido de traje. Le pregunté qué necesitaba y él me respondió que sólo quería entregarme un folleto. Me preguntó por Dios y no supe qué responder. Sólo asentí con la cabeza y me pregunté por qué Dios nos había abandonado. Recibí el folleto y el hombre se retiró.

Entré a la casa pensando en qué hicieron los discípulos de Jesús la tarde en que crucificaron al Mesías. Arrugué el folleto y lo arrojé en una caja. Pensé en lo que los padres de los estudiantes hicieron al recibir la noticia de la desaparición. Nunca

se supo qué fue de ellos ni qué pasó con las cosas extrañas que sucedían en la universidad. Los compañeros de generación que sobrevivieron al ataque en el que desaparecieron ya estaban graduados. De seguro ahora se hablaría de eso como una leyenda y poco a poco se irían olvidando de todos. Supe que a los militares nunca los detuvieron, aunque un grupo de peritaje extranjero desmintió la versión oficial que se dictó desde el gobierno, y apuntaba a nexos entre el crimen organizado y los dirigentes del poder. Después no volví a saber nada. Algo así pasaba con nosotros. Tenía la certeza de que también nos olvidarían. Decidimos que nunca más volveríamos a salir. Para estar adentro de la casa nos bastaba perseguir la silueta de papá, que aparecía siempre en lugares diferentes.

Luis Fernando Rangel (Chihuahua). Escritor y editor. Su libro más reciente es *Arquitectura hostil* (2025). Ha recibido el II Premio Internacional de Poesía «Nueva York Poetry Press» y el IV Premio Nacional de Poesía «Germán List Arzubide». Textos suyos han sido traducidos al inglés y al italiano, y aparecen en publicaciones de México, Ecuador, Colombia, Argentina, Chile y Estados Unidos. Forma parte de *Fósforo. Literatura en breve*.

CARTOGRAFÍA DE LOS CARACOLES

Gabriela Andrade Lucero

Veo volar un halcón a lo lejos. Da una media vuelta en el cielo blanco y se dirige al horizonte, más allá del desierto. Miro hacia el campamento y observo a mi madre caminar entre la arena con la máquina que la sigue a todos lados. Me pregunto en qué momento envejeció tanto. Las arrugas le surcan el rostro y ha perdido mucho peso. Por primera vez distingo en ella los signos de la fragilidad; siempre fue una mujer fuerte, pero en últimas fechas ha disminuido su tamaño.

El «caracol» que la sigue es una máquina buscadora. Saca volutas de humo mientras desliza sus sensores en la arena, como las antenas de un insecto. Explora en busca de huesos, de mis huesos; o de un cabello, mi cabello; o algún rastro mío. Mi nombre es Ernesto Cruz, desaparecido en los desiertos de Sonora. Mi madre, Elia Cruz, lleva años buscando.

La observo recorrer los caminos del desierto. Camina agachada, encorvándose cada vez más bajo el peso que la aflige. Lleva en sus manos el radar que da vuelta una y otra vez en busca de un punto, una señal. Camino a su lado. No soy el único. En estas tierras hay muchas voces y mucha gente. A mi alrededor, las mujeres andan por el desierto, escalan las rocas y las siguen los caracoles que parecen enormes perros de búsqueda. No hablan mucho las unas con las otras porque en sus cabezas sólo existe el deseo de encontrar a sus hijos, de abrazarlos una vez más.

La máquina remueve la tierra con un sistema en espiral que se acciona día y noche. Tamiza la arena grano a grano mientras sigue a mi madre con pasos tambaleantes y tuercas sueltas. Entre ambos pende un hilo que les une: una sonda que nutre a la máquina con su sangre para identificar su ADN y buscar

coincidencias. Sólo se puede buscar fantasmas invocándolos con sangre. Quisiera decirle que se detuviera, que no es necesario, pero no puedo porque en el fondo, lo necesito. Es lo que pasa con nosotros: que deseamos más de lo que deberíamos. No podemos evitarlo. Queremos sentir que nuestros padres nos quieren, nos adoran, nos protegen y no sabemos decirles que pueden dejarnos ir. Hay quienes han muerto antes de encontrar a sus hijos.

Las madres se vacían por dentro antes de encontrar una coincidencia. Varias veces he visto un cuerpo caer de rodillas en el desierto, desplomarse sin aspavientos, sin que las demás reaccionen o, siquiera, volteen a ver. La máquina sigue andando sobre la arenisca, trabajando de manera automática con las últimas reservas de batería que le quedan. Es una visión fantasmal. Enmarcada por el frío de del invierno y un sol pálido siguen su camino, con las patas mecánicas funcionando y dejando pequeñas huellas en la arena, parecidas a las que hacen las serpientes al reptar sobre las dunas.

Ninguna madre es lo que espera su hijo. Ningún hijo es lo que espera su madre. Yo sé que no fui el hijo que mi madre hubiera deseado. ¿Quién puede desear un muchacho obsesionado con la guerrilla? No, no era lo que imaginó el día que decidió tener un niño. Sin embargo, aquí sigue, peinando los desiertos con su máquina, tratando de encontrar un resquicio de ADN familiar.

Las buscadoras construyeron el campamento con sus propias manos. Crearon los caracoles para buscar a sus desaparecidos, para hacerlos surgir desde el fondo de la tierra. Una de ellas dio vida al primer prototipo de máquina buscadora. Hoy, cada una tiene su propio robot, pero hubo un tiempo en el que todas los miraron con desconfianza. Incluyendo a mi madre, que vigilaba ese armatoste esperando que atacara a alguien. Las mujeres vieron con temor la primera máquina que fue creada. Se parecía demasiado a las fábricas o al humo de la guerra,

con esas chimeneas que lanzaban vapor negro y sus tornillos tambaleantes. En un principio, ninguna aceptó llevar tras de sí aquel cuerpo extraño. Escarbando con palos y piedras, veían a la primera mujer que llevó un caracol deslizarse contra el sol, seguida de las volutas de humo, agachada sobre la pantalla.

Mi mamá, con su carácter endurecido por una árida vida, había comentado para sí: *Esa mujer está loca, lo que le hace el dolor a una... Por eso es necesario no perder la cabeza*, mientras seguía paleando la tierra en busca de huesos humanos. Aunque, en medio de toda aquella desconfianza, a veces se detenía y miraba a la inventora y su máquina. Cada vez que la miraban palidecía más, con la manguerita sacando su sangre de la muñeca. Era como si se fuera disolviendo o, más bien, como si se hiciese transparente: un ser que perdía su corporalidad. Entonces, mi madre suspiraba. En el fondo, yo sé que esperaba que el robot funcionara y le devolviera al hermano que esa muchacha andaba buscando.

Un día, sin aviso, la máquina encontró una coincidencia. Todas las mujeres voltearon a ver a la inventora de los caracoles. Cavaba con su pala. Muy hondo. Algunas otras le fueron a ayudar. A varios metros, bajo la tierra y las raíces, había una fosa común: cráneos, huesos, húmeros y escápulas. Muertos sin nombre, apilados, esperando ser descubiertos. Mi madre se paró en la orilla de esa fosa y observó cómo sacaban los restos. No se movía, alzaba las cejas sorprendida por el milagro. Los robots funcionaban y, ahora, se abría una nueva posibilidad para encontrarme. El campamento entero estuvo investigando coincidencias durante meses entre los vivos y los muertos. Se confirmó que la primera mujer en llevar su caracol había encontrado a su hermano. La mujer lloró durante días. Con la cara delgada, con unas ojeras que se le pintaron debajo de los ojos, y las lágrimas que le enrojecían la punta de la nariz.

Agotadas las lágrimas por su muerto, tomó sus cosas y, por fin, se dispuso a marcharse. Entonces, a la entrada de su

tienda, una mujer ya mayor la esperaba. Mi mamá, Elia Cruz. La primera en rechazar las máquinas miraba el suelo y era la primera en pedir ayuda para construir un robot que fuera capaz de encontrar a su hijo. Fue entonces que la efervescencia de los caracoles se multiplicó. Las mujeres escudriñaron en mercados, saquearon los electrodomésticos de sus casas, pidieron prestado y se cooperaron para conseguir las piezas: trozos de licuadoras, motores de lavadoras y cables de planchas eran los elementos primigenios de aquellos seres de tuercas y rondanas.

Durante el día, los caracoles se deslizaban por los terrenos en busca de rastros humanos. Las líneas de sus pasos se cruzaban, cada uno con su propio objetivo. Era un ir palmo a palmo por la arena, contando los granos, para dar con aquel que no ha dejado rastro. Un gesto similar a escudriñar a gatas, con las manos, apartando los resquicios, esperando escuchar la réplica. Así se deslizaban las maquinarias, escrutando con sus antenas y sensores, mientras los sonares lanzaban ruidos a las profundidades en busca de respuesta.

En las noches veo llorar a mi madre en su tienda. Sola en su cama, cada vez más delgada. Mi padre la había dejado hacía años. Él hizo otra familia, con otros hijos. Lloro con sollozos hondos e infantiles, hasta quedarse dormida. Yo la miro descansar, con la boca entreabierta y las arrugas marcadas en el centro de la frente que se van pronunciando con el paso del tiempo. A pesar del sol, su tez es más lacónica día a día, me recuerda la cera cayendo de las velas. Con el ir y venir de su respiración puedo ver sus dientes desgastados y amarillos. Yo también arrugaba la frente al dormir y tenía esas líneas marcadas entre las cejas. Se puede dejar de ser muchas cosas, pero ella nunca dejará de ser mi madre ni yo su hijo. Es un vínculo que inicia desde que uno nace y se extiende a lo largo de toda la vida, incluso más allá. Acaricio su pelo con una mano que se combina con el viento mientras duerme. Se queja, presa de

alguna pesadilla, y yo sólo me siento ahí, a su lado, a esperar que mi cercanía sirva de algo. Aunque, en el fondo, sé que no puedo hacer nada.

A la mañana siguiente, se despierta como de costumbre. Se dirige a la parte interior de su tienda, hierve agua en una olla, vierte el café dentro, y se pone a limpiar el caracol. Lo hace a diario, cuando la luz pálida inunda el desierto y genera una sensación de nostalgia entre la tierra agrietada. El mundo aparenta haber sido cubierto con un velo transparente. El silencio se impone en las tiendas, al mismo tiempo que las mujeres se preparan. Al terminar de enjuagar su robot, lo mira satisfecha. Pone el combustible con sus manos arrugadas y manchadas por la edad, toma su tableta y la enciende. Apura el resto de café ya frío y se coloca la aguja en la muñeca amoratada por tantos piquetes. Cada vez ha tenido que colocar la aguja más arriba. y, en la piel, se notan varios cardenales con el borde levantado, donde anteriormente el caracol bebió la sangre de aquella que me dio a luz. Una vez que la ha colocado, comienza su caminata por el desierto. Sigue buscando con el caracol pisándole los talones.

A veces, cuando nadie la ve, noto que habla con su máquina. Le cuenta anécdotas que no le dice a nadie más.

Mientras lo tenía de niño, en brazos, olía a leche. Sólo era un bebé. Aunque para las madres los hijos nunca crecen, siempre son esas criaturas de la primera infancia. A veces me daba la impresión de que si lo alzaba en brazos y lo agitaba, escucharía la leche en su estómago, como si fuera una bolsita miniatura. Ese olor suyo se impregnaba en todo. Me llenaba la ropa, el cabello y las cobijas. Era un olor suave, mezcla de talco y calor. Así debe oler un nene.

Se lo decía a susurros. Llegué a convencerme con el paso del tiempo de que mi madre le había dado una personalidad a su caracol. Miraba la pantalla y caminaba junto a su máquina en un soliloquio quedito, casi imperceptible, con la esperanza

de que ese día, por fin encontraría algo.

A veces recuerdo ir con mis amigas, esperar a Javier para cenar, llevar a Ernesto al colegio. Todo eso parece muy lejano, como si lo hubiera hecho otra persona. De alguna forma, creo que así es....

No, ya no era la madre que yo había conocido, tan preocupada porque fuera a la escuela privada y por el qué dirán. La que se había enfurecido la primera vez que había llegado borracho a la casa. Ella no hubiera pasado los días cazando fantasmas por las dunas, con el riesgo de morir en los desiertos y que esa planicie fuera su gran tumba. Mira su reloj. Queda menos tiempo, lo siente en su interior. Surge una inquietud que se le adhiere a los huesos. Hace rato que el sol ha desaparecido. Ya casi es hora de que vuelva al campamento. Una de las rodillas le falsea y logra ponerse de pie. Observo que no camina completamente en línea recta. La vulnerabilidad que le surge en las entrañas se impregna en cada rincón de su ser y contrasta con la máquina que avanza sin descanso. Yo volteo a otro lado para observar las fogatas que se forman abrazadas por los tonos azulados de la noche y no verla así, para evadirme a mí mismo y no pensar en su debilidad. Mi madre está tan delgada que sus piernas parecen las de alguien que no ha probado bocado en meses. Ella nunca hubiera permitido que la viera de esa forma.

Un sonido repetitivo se escucha detrás de mí. Por un momento confundo el sonar del caracol con una señal funesta. Me doy la vuelta y, justo cuando la observo, cae de rodillas. No entiendo bien lo que sucede, empieza a escarbar con las manos. Está llorando. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!, exclama. El resto de la gente del campamento se levanta para ver a los lejos. Lo ha encontrado. Por fin lo ha encontrado. Las miradas están sobre ella pero no parece importarle. Entonces lo encuentra, tan pequeño, a modo de una semilla: un trozo de hueso. Me entra una nostalgia profunda. Es una sombra de lo que hubiera sentido en otro tiempo, más bien un recuerdo. El aire

lanza silbidos lánguidos. El caracol sigue haciendo sus ruidos acompasados y vibrantes.

Mi madre rompe en llanto. Mantiene mis restos en su vientre, doblada en sí misma. Los demás la rodean en una media luna sin decir nada. Toma aire por un momento, pero las lágrimas resbalan por sus mejillas. Por fin, en aquella tumba gigantesca, después de años, ambos podemos descansar. Miro la plenitud del cielo, los astros y las estrellas: me lleva el viento del desierto uniéndome, poco a poco, con el resto del mundo.

Gabriela Andrade Lucero (Ciudad de México, 1992). Estudió la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la FFyL, UNAM. Fue becaria de investigación en diversos proyectos del área de literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente se dedica a la escritura y desarrolla un proyecto sobre ciencia ficción y las experiencias de las mujeres.

Como en cualquier día ordinario, nos dirigimos a las montañas de Minnesota tras la notificación de la caída de un Organismo Volador No Identificado. El temor de los informantes era normal. Con histeria, comunicaron sobre el extraño objeto que descendía con parsimonia en el horizonte. Para ellos, podría suponer la infiltración de alguna nave alienígena sobre el bosque. En cambio, para nosotros, un par de atmobiólogos calificados, suponía una revisión de rutina para este tipo de criaturas.

Flotaba en medio de un campo con árboles colapsados. Cualquiera lo habría confundido con una colosal mantarraya. Ovoide, aplanada, gris y etérea. Se convulsionaba por momentos. Tal como si algo lo perturbara. Joaquín, mi compañero, activó sus guantes electromagnéticos y procedió a extender un campo de fuerza para manipular al OVNI. «Debe haberse comido algún dron. Es usual en este tipo de especies», opinó confiado. «Es un *Condropteryx*», dije al reconocer las arrugas en su dermata.

Activé un par de drones circulares para monitorear el área y evitar que algún extraño se acercara. El lugar era seguro. Un par de osos observaba en la lejanía y algunos pájaros admiraban la inusual aparición. Joaquín desplegó un escáner biomático y pudimos observar tras la dura piel de la criatura. Los indicadores en la holopantalla lograron develar los materiales dentro de su coraza torácica. Lo que pensamos que podría ser un dron, se trataba, más bien, de un pesado y octaédrico satélite de Supra-net Inc. Observé con incomodidad a mi colega. «Es el quinto organismo que incide en este problema. No le agradará nada a los corpocratas», refunfuñó Joaquín. Me dirigí al jeep y saqué la

gran maleta que traía el extensor bucal. Mi compañero procedió a preparar la solución de dexadocaína que sedaría a la bestia. El condropteryx se estremecía, intentó alzarse en vuelo, pero el campo magnético lo mantuvo en su lugar. Joaquín inyectó el sedante con éxito debajo del cartílago radial. Con cuidado, me escabullí debajo de la criatura y coloqué los tres extensores bucales en su gran hocico triangular. La fibrosa dermatosa se fue abriendo, poco a poco, hasta dejar ver un par de lados del satélite. Sus alarmas estaban encendidas. Joaquín manipuló el pesado brazo robótico de nuestro vehículo y jaló con cuidado a la estructura octagonal. Tras unos minutos de forcejeo, el pesado bulto metálico cayó al suelo. Cuatro alerones se extendieron y el octaedro salió disparado nuevamente al cielo. La onda de choque nos lanzó hacia los costados. Esperamos a que el sedante pasara su efecto y monitoreamos al condropteryx. Atardecía y corría viento fresco.

Cuando la criatura volvió a tomar consciencia, los pliegues cartilaginosos comenzaron nuevamente a girar alrededor de su cuerpo. La bestia se fue elevando lentamente, hasta tomar impulso y perderse entre un cúmulo de nubes. Los condropteryx son criaturas solitarias que raramente viajan en grupo. Gracias a un singular mimetismo, los condropteryx se vuelven invisibles en su entorno. Tal como un camaleón entre las ramas, ellos se camuflan entre el cielo y las nubes, una forma segura de evitar que otros organismos los cacen. Entre otras especies se encuentran los *Huntanazar*, organismos atmosféricos que emiten una bioluminiscencia multicolor por las noches, un método para atraer a condropteryx incautos. Su diámetro puede alcanzar los cincuenta metros. Pueden devorar hasta un par de condropteryx en una noche. Su evolucionado sistema de receptores sónicos, como lo haría un quiróptero, los ayuda a esquivar amenazas humanas: como aviones comerciales y naves tripuladas.

Desde el accidente en Roswell en 1947, el gobierno de Estados Unidos de América se dedicó arduamente a estudiar las extrañas especies atmosféricas. Aquella noche en Nuevo México, lograron conocer la dureza excepcional de la especie *Gamaterops*, un organismo circular con dermatita metálica, muy parecida al aluminio. El equipo de científicos estudió la dermatita de estos organismos. Conociendo sus propiedades y, aunque al principio tal fenómeno fue catalogado como un encuentro alienígena, años más tarde lograron comprobar que se trataba de una especie terrestre. Tal como los enigmáticos peces abisales en el fondo marino. También muy arriba en la estratosfera, existían organismos con una aleación orgánica distinta, pero igualmente nativa del planeta Tierra. El estudio de estas criaturas pasó luego al Departamento de Defensa Nacional. Diseccionaron a estos animales y emplearon su dura piel para crear fuselajes de aviones caza más eficientes. Pronto pudieron atrapar a distraídos *condropteryx* y adquirieron el material tisular para descubrir sustancias que emularan el camuflaje natural de su linaje. Así nació nuestra corporación, a cuerdas del servicio de la nación estadounidense, dando asistencia veterinaria a las extrañas criaturas. Nos encargábamos de vigilar su aparición en bosques y ranchos, donde algunos *gamaterops* descendían a alimentarse de vacas.

Archivos de UFO CORP

La batalla de los Ángeles, registrada la madrugada del 25 de febrero de 1942, fue provocada por un Huntanزار alargado y de comportamiento curioso. Investigaciones conductuales indican que siguió a los aviones caza hasta la base de los Ángeles, atraído por el plutonio contenido en su embarque. Ante la neurosis de la Segunda Guerra Mundial, se registró un contraataque feroz hacia el objeto volador no identificado. A causa de su dureza sin

igual, la criatura resultó ilesa. Minutos más tarde, la bestia atmosférica desapareció en las alturas. El Secretario de la Marina, Frank Knox, ofreció un testimonio meticuloso a la prensa. Los ufólogos coincidieron en que había sido el primer avistamiento extraterrestre en la historia de Norteamérica.

Dentro de la Gran Mancha Roja en Júpiter se han detectado extrañas formas de vida. Los análisis de la sonda Juno revelaron grandes nubes de gases de amoníaco y helio, que se movían mediante algún tipo de conducta, salían de la Gran Mancha para devorar o absorber otros conglomerados de nubes de hidrógeno y metano menos densos. Seguidamente tras una larga rutina, regresaban a su territorio, llenos de algún tipo de biogas nutritivo. Los astrobiólogos estuvieron de acuerdo en que tal conducta solamente sería adoptada por algún tipo de inteligencia primitiva. Así actúan los especímenes de la raza *Lenticulus*: grandes formaciones gaseosas de apariencia lenticular que depredan entrañas de cumulonimbus. Son inofensivas, aunque su estructura podría asemejar a una densa nave extraterrestre planeando los cielos con sigilo. Son primos lejanos de la fauna gaseosa de Júpiter. Vistos hasta niveles de la ionosfera, donde descargan rayos como alguna forma de desecho.

UFO CORP siempre medió por la protección de la fauna atmosférica. Aunque las represalias no tardaron en llegar. Administrativos de Supranet Inc., declararon con molestia sobre la constante desaparición de sus satélites. Ellos acusaron la costumbre errática que tenían los condropteryx en devorar sus máquinas. Informes aéreos sobre este tipo de incidentes avalaban lo manifestado. Solicitaron a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos lanzar una ofensiva contra este tipo de criaturas. «Valoramos que sean sacrificados para cuidar nuestro patrimonio tecnológico», declaró Hanz Mclain, abogado de la firma Supranet.

La expansión de los satélites de conexión de internet global causó un grave impacto en el ecosistema atmosférico y en las distintas especies de criaturas voladoras. Al principio fueron cien satélites, luego otras empresas se sumaron, hasta ser absorbidas por Supranet Inc., como la corporación con el poder de la transmisión de teradatos. Víctor Von Braum, director de UFO CORP, nos comunicó en la asamblea del consejo, las maniobras que daría la Fuerza Aérea contra las criaturas atmosféricas. El ataque sería letal. Gracias a décadas de estudios biológicos, descubrieron la dosis perfecta de rayos gamma que harían estallar la dura dermata de los organismos. Junto a Joaquín y otros camaradas de la corporación, decidimos que teníamos que hacer algo para detener la caza furtiva. Nunca antes la humanidad había tenido la capacidad de perturbar su ecosistema inalcanzable.

Una tarde de agosto del 2050, los cielos de Nueva York se llenaron con destellos de luces. Un par de satélites de Supranet se impactaron contra los edificios tras su caída. Las naves caza Taurus-Z arremetieron con descarga de rayos en las alturas. El combate dejó impresionada a la población. Todos transmitían en sus redes sociales los efectos de la batalla. Los noticieros en las holopantallas comunicaban que aquello se trataba de una ofensiva contra fuerzas alienígenas que intentaban ingresar a la Tierra. Los radares de UFO CORP detectaron el desplome de varios especímenes de gamaterops y condropteryx. La comunidad científica estaba estupefacta, se sentían culpables de dar las herramientas para dañar a criaturas que nunca afectaron a la humanidad. Luego estallaron enfrentamientos en Toronto, Canadá, y después uno en Londres. Los conflictos furtivos se fueron presentando paulatinamente. Sin revelar en ningún momento el acto ecocida.

«Es una masacre», comentó el atmoetólogo Kris Hotlzmann. Tomó sus cosas de su laboratorio y se retiró de las instalaciones subterráneas de UFO CORP. ¿Por qué no se había detenido

aquello? Nuestras máquinas simplemente eran intrusas en su hábitat. La gente que desconocía del fenómeno como una causa animal, nunca podría conocer lo que en verdad estaba sucediendo. Pronto, los ataques se fueron desarrollando en otras latitudes. Meses más tarde supimos del asesinato de Hotlzmann a manos de la CIA. Había revelado secretos en la web sobre el verdadero origen de las «supuestas naves alienígenas». El silenciamiento fue feroz.

Joquín, el piloto Ernesto Cruz y yo, condujimos un viejo platillo volador que descansaba en las instalaciones de UFO CORP. Se trataba del mítico Panzkraft, un modelo prototipo que fue confiscado del extinto régimen Nazi. Se usó por mucho tiempo para estudiar el comportamiento de las criaturas en su entorno aéreo. Ahora nos serviría para tratar de ahuyentar a los condropteryx de satélites y drones militares.

Sin pensarlo más, aquello se convirtió en una actividad más en la corporación. Tal como un pastor cuida a sus borregos, nosotros, los agentes de la UFO CORP, cuidaríamos al rebaño de criaturas atmosféricas, el tiempo que fuera necesario.

La expansión de los satélites de Supranet, que flotaban en la estratosfera, impulsó su desplazamiento hacia la mesosfera, pues la mayoría de las especies de condropteryx se alimentaban de cumulonimbus en la misma capa atmosférica. Una regulación de la distribución de las máquinas fue acordada por la ONU, para evitar el choque entre razas atmosféricas. Así nació el Pleyadian-Alpha de UFO CORP, un platillo de suspensión magnética avanzada. La pequeña máquina nos ayudaría a monitorear a las criaturas con respeto. Estudios recientes demostraban que la presencia de los gamaterops amortiguaba el ingreso de asteroides a la Tierra. ¿Cuántas veces nos habían salvado por su instinto?

El análisis de su dermatita reveló que eran criaturas originarias del período Cámbrico. Ancestros cercanos a los trilobites, los gamaterops eran seres primigenios que flotaban en nuestro

cielo y actuaban como testigos de extinciones masivas. Eran misteriosos como las especies enigmáticas del abismo oceánico, extraños en lo profundo de nuestra atmósfera. Surcaban nubes y cielos con sus cuerpos amorfos; así quedaba revelado que los alienígenas hostiles siempre fuimos nosotros.

Ajedsus Balcázar Padilla (Tuxtla Gutiérrez, 1993). Dirige la revista de literatura fantástica *El Axioma*. Ha sido publicado internacionalmente en diversos medios impresos y digitales. Autor de *Mis tristes memorias eléctricas* (Casa Editorial Tuxtla, 2021), *Entre quimeras y supernovas* (Ediciones Arboreto, 2023), *Memorias del viento* (El Alquimista, 2023), *Perfectos intrusos* (Lengua de Diablo, 2024). Fue becario PECDA Chiapas 2022-2023. Ganador del Quinto Concurso de Cuento de Ciencia Ficción Festival Semillas UACM. Miembro del Gran Colisionador de Textos Especulativos y del Colegio de Escritores y Poetas del Sureste (CEPSURE).

SOBRE LAS PALABRAS NO DICHAS

Diana Thalia Jiménez Martínez

Cuando Kleos nació, se produjo un eclipse solar total en Ko. Fue el primero de la era koppa y el único que, en cierta manera, presenciamos juntas. Mientras el sol se escurría entre la noche, asistí a Haima como pude. Un cuenco de agua, algunos paños y una navaja fueron todo lo que mis manos alcanzaron.

Era la noche cuando escuchamos el llanto que acompañaba la vida. Y se hizo de día cuando vi los ojos de Kleos y pronuncié su nombre. Haima se recostó: sus brazos sostenían el pequeño cuerpo de la que recién había llegado. Estábamos solas. Tecn salió a cuidar de los rebaños de kunis. Los viejos decían que los cambios en el cielo podían asustarlos y hacerles escapar de las llanuras dedicadas para su esparcimiento. A veces pienso que desde ese momento lo supe: Kleos sería mi acompañante. Fue en ese ciclo cuando comenzaron a formarse los recuerdos que se quedarían conmigo el resto de mi vida, pero mi cuerpo ya lo intuía.

Hoy ella se marchó del planeta. No fui a despedirla porque me sentía molesta, porque no tenía fuerzas para decir adiós sin pedirle que se quedara. Y ahora escribo esta carta porque mi *arkhé* comienza a sangrar. Quizá moriré, como temía desde que mi acompañante me anunció su partida. Espero que ella sobreviva a la separación.

Kleos fue la segunda hija menor en mi casa. Nacimos un poco antes de que comenzara la vejez de Haima y de Tecn. Crecimos como la hierba en el prado de los kunis, con la lentitud que le otorga a la vida el descanso. Tecn nos construía juguetes con el excedente de celulosa que destinaba para alimentar a los rebaños, y con ellos, nosotras elucubrábamos la forma

en cómo se contenía la totalidad del universo. Ella siempre hacía las mejores propuestas sobre la materia, la energía y su transformación. Yo permanecía en silencio y admiraba su imaginación portentosa.

El ciclo más importante de las vidas de los habitantes de Ko empieza una vez que aprendemos las letras y los órdenes de la totalidad conocida. O por lo menos así lo era antes del movimiento singularista. Cuando los instructores determinan la madurez de la existencia, es momento de elegir un acompañante de *arkhé*. Hay quienes lo saben desde que comienzan su enseñanza y quienes esperan media vida sin tener certezas o equilibrio.

El *arkhé* es una herida que se abre en nuestro espacio intercostal al nacer. Nuestros relativos mayores deben sellarla para que podamos sobrevivir. Un poco de carne y sangre son la aleación que amalgama nuestra primera existencia. Con el paso de los ciclos, el sello se vuelve insuficiente, pues el *arkhé* crece con el cuerpo y el espíritu. Entonces hay que renovarlo. Hay que elegirlo. Los implicados hacen una ceremonia para ligar su vida. Entre más personas comparten, mejor, eso es lo que solían decir los antiguos, no obstante, pueden existir los desbalances cuando tu acompañante comparte con otros y tú no. Siempre debe lograrse el equilibrio, rezan los principios monistas que nos rigen.

Mi momento sucedió después de que aprendí todas las labores de vida. Los actos mínimos que permiten que la cotidianidad en Ko transcurra sin contratiempos. Tareas que no se asignan a nadie en particular, pero que conciernen a todos. Mi primera maestra me dijo que estaba lista en medio del campo. Ese día llenamos canastas porque era época de pelechaje. Mis manos eran ágiles con el cepillo y mis ojos se comunicaban bien con los ojos del kuni más grande. Su pelo caía sobre mi cesta, pero el animal no se inmutaba. Actuar con el corazón en los ojos es esencial para mantener el balance de la totalidad.

Elegir a tu compañero puede ser algo intuitivo, aunque no siempre lo es. A veces las personas se equivocan y a esto le sigue el desequilibrio en sus vidas. Fue por eso que surgió el movimiento singularista. Este propuso que no debíamos esperar a saber, o asumir que la intuición funciona siempre, que era mejor aceptar que no todos querían o podían compartir y que de hecho, esta práctica entorpecía el desarrollo de muchas actividades de descubrimiento del universo, como las expediciones en el espacio, pues siempre se ha creído que el funcionamiento del *arkhé* se limita a la superficie del planeta. Es por eso que antiguamente se utilizaba para saber de quienes se encontraban en el otro extremo de nuestra estrella, luchando contra las especies colonizadoras.

El *arkhé* es una herida abierta cuando no se comparte, y se ensancha más si se deja de compartir. Otras especies parecen nacer completas, aún cuando en su gestación hayan desarrollado un vínculo físico con su progenie. Con el paso de los años desarrollan autonomía y alcanzan un estado de solipsismo que, para nosotros, los habitantes de Ko, se vuelve impresionante. En este planeta la especie es un nudo de nudos. Un ramaje de *arkhés* que se conectan unos con otros y otros en la vastedad del territorio de nuestro planeta amarillo.

A veces, cuando parece no haber una respuesta adecuada a la elección de tu compañero, se recomienda elegir azarosamente y esperar que el equilibrio se logre mediante el devenir de los opuestos, con su diálogo. Este consejo proviene de una de las primeras leyes de la totalidad. Todo surgió del mismo punto, en la misma materia, todo choca, dialoga y se complementa.

El movimiento singularista demandó procedimientos que pudieran cerrar el *arkhé* de una manera sintética, con la celulosa de plantas existentes en el medio ambiente. De esa forma no habría problemas con la decisión y nadie tendría que verse obligado a elegir a una edad tan temprana.

Kleos y yo crecimos en ese periodo de transición. Un par de años más nos hubieran salvado de la marea de suposiciones y del agobio de la elección que asustaba a todos los que teníamos que hacerlo por entonces. A veces, la información llegaba al momento de salir de los centros de enseñanza. Otras, de camino a casa, en forma de conversaciones o por medio de los debates abiertos al público que se llevaban a cabo. Al principio existían muchas teorías sin respaldo sobre las cosas que te podrían pasar si decidías ser una entidad con un *arkhé* separado de todos los demás. Conciencia indiferenciada entre los sueños y la realidad, pesadillas nocturnas, pérdida de la memoria a largo plazo, pérdida del lenguaje, entre muchas otras, se rumoraba en los hogares de Ko. Para Kleos y para mí fue, aunque caótico, más bien simple. Lo decidimos pronto: elegimos ser acompañantes cuando ella estuviera lista.

Haima nos hizo la incisión, con la misma navaja que había utilizado para nuestro primer emplasto. El filo cortó nuestra carne tibia y extrajo un poco de ella en forma de rombo. Cuando la masa está fuera de ti, es como si se acabara el aire en tu cuerpo. Cuando te depositan el nuevo emplasto, un hormigueo recorre y calienta tu ser entero. Entonces lo sientes. Un ánimo, una palpitación, un modo de respirar, una fuerza en el pecho, un entendimiento. Eres parte del todo porque compartes una cicatriz: un depósito de presente y de memoria.

Cuando llegó mi siguiente ciclo, Haima me despertó por la mañana. Fuimos al lago y allí me hizo escoger una ánfora de entre las cientos que se encontraban dispuestas en un agujero. Elegí una con las asas en forma de hojas de acanto y la boca dentellada. Cuando la levanté, vimos que en ella estaban grabadas las letras del alfabeto. Serás la cronista de Ko, dijo mi madre, y tomó la vasija para sumergirla en el agua. Yo bebí el líquido hasta dejar la ánfora vacía.

Los cronistas muy raramente se abrían paso entre la multitud de oficios. En Ko, los libros se reservan, casi de manera

exclusiva, para los archivos de las casas. Es nuestra naturaleza. Poco antes de morir, cada habitante de Ko segrega una tinta de su *arkhé*, como la que yo uso ahora para escribir esta carta. Es importante, porque esas letras sirven para que los relativos a tu casa puedan recordarte. De esa forma, quienes se quedan serán sus testigos, acudirán a la carta cuando el presente lo demande.

Mientras Kleos se preparaba para elegir su oficio, se intensificaron los preparativos para emprender los primeros viajes de descubrimiento. Gran parte de los científicos encargados del proyecto fueron integrantes del movimiento singularista, que para ese entonces habían perfeccionado la diferenciación de los *arkhés*. Sólo restaba saber qué sucedería, cómo actuarían los cuerpos cuando su nave se alejara años luz de esta superficie.

En esos días yo dominé los primeros cincuenta símbolos exclusivos de la escritura del universo, antes de pasar a los que se reservaban para las formas de la totalidad. Casi no hablaba porque me concentraba en los signos y símbolos que excedían nuestro tiempo, los repasaba mentalmente sin cesar. Kleos, en cambio, seguía siendo ávida con la palabra, y una tarde que salimos a escuchar el siseo del viento, me dijo que se marchaba. Pensaba adentrarse en la hondura de lo desconocido para encontrarle sentido a la unidad del universo. Me preguntó si quería someterme a un procedimiento para separar nuestros *arkhés* de manera sintética. Ella estaba dispuesta a conservar nuestra conexión, pero también buscaría otras, para encontrar el equilibrio en el exterior. Miré la planicie que se extendía debajo del montículo en el que nos encontrábamos. No pude pronunciar ninguna palabra pero ella supo que no lo deseaba porque la emoción en mí se lo indicó. Yo no quería que se fuera, ni que me dejara una herida ni que ella misma se llevara en el pecho una lesión sangrante al espacio exterior: esa otra llaga abierta que desconocemos.

Comencé a sangrar justo cuando partió su nave. Escribo esta carta para dotar de sentido a la ausencia y a la vida que tuve, por

corta que fuera. La razón por la que no quise despedir a Kleos es porque no hay forma de esconder cuando sientes algo. Tu compañero siempre lo sabrá. Sentirá tu dolor y alegría aunque ignore la causa. Tal es la dicha, y también la condena, de tener acompañantes. Yo no quería que ella supiera que tan grande era la tristeza que me dejaba. Entonces escribo esta carta que algún día le entregarán Haima y Tecn u otra persona si su misión de descubrimiento se prolonga más de lo esperado.

Que tengas buen viaje, compañera.

*

Pero no morí.

Las noches y los días pasaron. Yo misma envié mi carta en forma de mensaje digital a la nave de Kleos. Los años siguieron su curso y fui capaz de escribir con el lenguaje exclusivo del universo los informes de descubrimientos que Kleos me enviaba desde la distancia. Ahora ella y yo compartimos una herida, el recordatorio llano de nuestra conexión. En eso tenía razón: la vida no terminó con ese viaje, ni con los siguientes.

A veces siento que mi oficio me fue dado por mi carencia de palabras habladas. Todo lo que existe en el universo forma parte de una sola unidad. Así, las palabras no dichas, serán escritas y serán leídas, para que su mensaje se incorpore nuevamente al nudo de nudos que es la totalidad.

Diana Thalia Jiménez Martínez (Toluca, 1994) Ha publicado en revistas como *Punto de Partida*, *Luvina*, *LIJ Ibero*, *Casapaís*, *La Jornada Semanal*, y en la antología *Una bolsa de semillas. Ciencia ficción feminista en Abya Yala* (Coding Rights, 2025). Ganadora del premio de literatura epistolar *Cartas a Rosario* (UNAM, 2024). Coordina el club de lectura de ciencia ficción *Gatos Galácticos* en la CDMX.

NARIZ PARA EL ÉXITO

Esteban Govea

El oficial Alberto Galindo volvió a casa luego de un turno de quince horas en la patrulla y se tiró en la cama sin quitarse los zapatos. Al despertar, con el uniforme puesto, se preguntó si valía la pena cambiarse. Después de todo, al entrar a la patrulla volvería a impregnarse de la misma peste: una mezcla de comida vieja y sudor bajo una capa gruesa de aromatizante de vainilla. *Debes vestir para el trabajo que quieres, no para el que tienes.* Pensó que lo mejor sería cambiarse. Por lo menos, se sentiría más fresco. Además, nunca sabía cuándo podría toparse con el comandante, y una buena impresión podría granjearle un ascenso más rápido.

Se metió a la regadera y abrió la llave, pero sólo hubo un borboteo breve y un ruido sibilante. Trajo la cubeta que había llenado la mañana anterior, enchufó la resistencia y la echó al agua. Mientras esperaba, puso su celular en la repisa de los afeites y presionó «reproducir». «Bienvenidos a *La senda del guerrero*, el podcast donde yo, Argucio Magaña, neuro-coach de emprendimiento, te muestro cómo lograr el éxito mediante el uso de diversas técnicas de reprogramación cuántica...».

Aunque estaba acostumbrado, odiaba bañarse a jicarazos, sobre todo en invierno, cuando el agua caliente sólo servía para atenuar el frío un instante. Había aprendido a tomar el sufrimiento como una prueba de su temple. *El hombre de éxito está habituado a los obstáculos, prospera en ellos.*

Al bajar las escaleras, oyó el pitido del radio y la voz estridente de Pérez: «Ya estoy aquí abajo, pareja». Alberto resopló de fastidio y apuró el paso. Casi al salir por la puerta del edificio, oyó la sirena. «Este pendejo», pensó.

Salió, pasó por enfrente de la patrulla y abordó el asiento del copiloto.

—Buenos días, pareja, ¿o qué? ¿Dormimos juntos? —dijo Pérez.

—Brincos dieras. Deja checar.

Alberto abrió la aplicación de control en su celular, pasó las comprobaciones biométricas y, finalmente, registró su hora de entrada. La pantalla le mostró las notificaciones, y una de ellas le llamó la atención.

—¿Ya viste esto?

Pérez se encogió de hombros.

—No leo esas mamadas —dijo, arrancando la patrulla con un chirrido de llanta.

Alberto releyó el anuncio para asegurarse de que no estuviera entendiéndolo mal. Luego, llenó el formulario de registro. De inmediato, le dieron una cita.

Detrás de un escritorio de aluminio con el número de serie escrito en plumón negro en una de las patas, estaba sentado un tipo con bata. Alberto asumió que se trataba de alguna clase de doctor y respondió sus preguntas con sinceridad.

—Las pruebas que le hicimos al principio del proceso de selección arrojaron resultados promisorios y, por eso, es usted candidato al procedimiento. Ahora, lo único que me preocupa de su formulario es que, a la pregunta de por qué se presentó como voluntario, usted respondió que para tener mejores oportunidades laborales. Es una buena respuesta, pero, ¿está consciente de que este procedimiento podría alterar radicalmente su percepción?

—Lo entiendo. Ya firmé la responsiva.

El tipo de la bata asintió, firmó unos papeles y le dio a Alberto su talonario de recibo.

El día de la operación llegó, Alberto estuvo bajo anestesia local en el quirófano durante tres horas y salió con una especie de mascarilla plástica que debía permanecer en su sitio al menos durante los ocho días que duraría la cicatrización.

Se quedó en su casa escuchando podcasts y oyendo conferencias. Sentía que casi podía saborear el éxito. Pero, de hecho, no era capaz de percibir ningún sabor ni ningún aroma. También le dolía la cara. Luego, conforme las terminales nerviosas se soldaban al implante, sus sentidos volvieron. Comenzaron como una veta diminuta, un hilillo de aromas que cosquilleaba en su nariz. *Visualiza tu nueva vida: ganas más dinero, eres más exitoso, tienes ese coche que deseas, esa casa de tus sueños, esa pareja que...* y el hilo se engrosaba, se iba volviendo un caudal de olores que arrastraba consigo las cebollas que la vecina estaba picando, los chiles asándose en la sartén, el humo del escape de una motocicleta, el estiércol dulzón de las palomas que anidaban en la cornisa...

Al octavo día, cuando se quitó la mascarilla de plástico que lo hacía ver como el Fantasma de la Ópera, notó que el implante apenas si había deformado su cara, dejándole un par de bultos junto a las narinas.

El primer día de entrenamiento, los recibió un tipo pequeño y viejo, bajo cuya apariencia endeble se adivinaba cierta reciedumbre.

—Soy el comandante Rodríguez. Durante veintiocho años he entrenado binomios caninos para operaciones de rescate y rastreo. Mis perros han sido responsables del decomiso de más de mil seiscientas toneladas de drogas y armas y han coadyuvado en la detención de cientos de criminales. También hemos rescatado personas durante sismos y otros desastres naturales. Este que ven aquí es el Negro, un pastor alemán de diez años, con experiencia de nueve en el servicio. Los perros en entrenamiento siguen al líder y lo imitan en todo. Espero de

ustedes que puedan comportarse como esos perros. De ahora en adelante, si el Negro olfatea, ustedes también. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondieron los reclutas al unísono, menos Alberto, cuya mente comenzaba a divagar con rumbo a la fuente de un exquisito aroma a tacos de canasta. «¿Dónde estará la bicicleta?», se preguntó, y en su mente remontó, en sucesión rápida, el largo corredor apergolado que conducía desde la entrada hacia las canchas del deportivo de la academia, el estacionamiento, la verja azul con el escudo de policía y la parada del autobús, junto a la cual, sin duda, estaría la bicicleta con su canasta forrada en plástico azul.

El comandante señaló una hilera de maletas. Sobre una mesa de plástico puso una bolsa de marihuana y la abrió. Hizo pasar a cada uno de los reclutas y les obligó a olfatear la bolsa, luego acercó un poco de marihuana al Negro y le dijo: «Busca». El Negro se puso en firme y alzó el hocico. Permaneció en esa dignísima postura hasta que el comandante le dijo: «Ya», y caminó con él hasta la hilera de maletas.

El Negro dedicó apenas una oliscada a cada una de las maletas hasta que se detuvo en una y la tocó con la pata. El comandante la abrió y sacó una bolsa con marihuana.

—Esconderé la bolsa para cada uno de ustedes, reclutas, y espero que la encuentren.

Alberto no tuvo demasiado problema en hallarla cuando llegó su turno, pero subestimó el impacto que tendría en sus rodillas tanto agacharse. Resolvió tomar la prueba con el estoicismo que caracterizaba al Hombre Exitoso en que él aspiraba a convertirse.

Quince días más tarde, cada recluta recibió un perro. A Alberto le tocó uno mestizo, fornido, de pelo corto y pardo, que llevaba el nombre de Chori.

—El perro que les tocó es su instructor, su oficial al mando, su gurú. De él aprenderán no sólo a seguir rastros olfativos,

sino a disciplinar el cuerpo para llevar a cabo esa tarea. Ustedes son la nueva unidad canina, así que aprendan el oficio.

Y, a partir de ese momento, la responsabilidad de Alberto fue cuidar de Chori buena parte del día. No sólo durante la capacitación, sino incluso durante el paseo, hasta eso de las siete de la tarde, cuando debía llevarlo a dormir a las jaulas de la academia.

—No imaginé que me iba a tocar limpiar mierdas de perro —dijo Alberto.

—Te vas a quedar con su trabajo, así que es lo menos que le debes —dijo el cuidador, sin apartar la vista de su celular.

Durante su tiempo libre, que era poco, Alberto salía a pasear. Lo hacía despacio para no cansarse y para apreciar aquel nuevo mundo de aromas que se presentaba a su mente como un tapiz invisible de cosas ausentes y pasadas. Llevaba los audífonos para oír audiolibros de superación y así hacer algo productivo mientras disfrutaba.

Como no tenía un parque cercano, salió a la calle con rumbo a la estación del metro y pasaba por los puestos de comida. Venteaba, primero, y luego aislaba el aroma untuoso de la manteca, la humedad del migajón, la acritud de la salsa de tomate. Todas esas cosas que antes sólo podía percibir por separado y ahora formaban un conjunto caótico que lo abrumaba. *Visualiza las virtudes del éxito puestas en práctica y...* Se quitó los audífonos para pensar más claro, para sentir más claro, para dejarse llevar. Rebasó la hilera de puestos de comida y, al llegar a la estación, sintió la densa fragancia de varios sudores superpuestos, moteados aquí y allá con estallidos de perfume, sobre un fondo de desinfectante y salsa Valentina. Se sentó a oliscar a los pasajeros que entraban y salían de los vagones: champú, orina, sangre, alcohol, frituras, mariguana, chamoy, grasa industrial, cloroformo, caramelo; la esencia destilada por todo lo vivo y lo inerte, el mundo bajo el mundo y el espacio donde el pasado se refugia en el ahora. Alberto

sintió que su cabeza iba a explotar y salió apresurado. Volvió a su departamento por una ruta menos transitada y lo asaltaron los miasmas del agua estancada en los baches del asfalto, sus natas de grasa, el lixiviado que exudan las bolsas de basura, el pelaje sucio de las ratas, el destilado de la putrefacción que espera al final del tiempo.

Paseando al Chori, Alberto notó que éste se detenía en ciertos puntos a oler algo. Alberto se agachó y echó una buena olfateada. Era olor a perro, pero Alberto, a pesar de que había afinado sus facultades, no sabía si macho o hembra, ni de qué tamaño. Dejó al perro caminar a su arbitrio y se detuvo en cada punto que venteaba. Seguían a un perro. O quizás fueran varios perros. Atravesaron una avenida, caminaron unas cuadras hacia el interior de un barrio y, por fin, llegaron a un pequeño parque donde había un espacio canino. El Chori se sentó tras la verja, mirando una pandilla de perros que corrían y saltaban, se gruñían, perseguían y mordisqueaban unos a otros, supervisados apenas por sus amos distraídos. Miró a Alberto y éste asintió.

—Te lo has ganado, Chori.

Abrió la puerta y soltó la correa del can para que éste se acercara a jugar con los demás perros.

Llegó la graduación, y los reclutas fueron asignados a sus puestos de trabajo. Alberto fue enviado a la Terminal de Autobuses del Norte. Su labor consistía en patrullar las instalaciones en un monopatín para encontrar sustancias, objetos y seres vivos escondidos en las maletas de los pasajeros. Aunque estaba mejor remunerado que el anterior, era un trabajo tedioso, de turnos largos. *La senda del guerrero* estrenaba una nueva temporada, pero los programas habían perdido su gracia. No lo distraían del aburrimiento, sino que se sumaban a él. Se volvieron un ruido de fondo mientras Alberto esperaba

que alguien trajera algo interesante en su maleta, y no precisamente algo ilegal, sino algo nuevo, lo que fuera. Tras años de servicio, había pagado el costo del procedimiento, y se rumoraba que podrían ascenderlo a capitán.

Alberto había ahorrado para pagarse un seminario de *neuro-coaching* de reprogramación cuántica en Acapulco durante las vacaciones, pero decidió invertir su tiempo en algo placentero y se fue a la montaña. Aprendió a distinguir por el olor las especies de árboles y a saber si estaban vivos o muertos y qué tipo de bichos habitaban en su interior. Se volvió íntimo con el aroma de las raíces y el almizcle de los desechos animales. Se enseñó a leer en el aire los rastros de la tormenta venidera y en las piedras el paso de las gentes. Su imaginación, hasta entonces un páramo de ruido, se había vuelto un hermoso bosque poblado de silencios, y el mundo se le mostró desnudo de ilusiones.

Al término de sus vacaciones abandonó el trabajo, a pesar de la insistencia del comandante y sus promesas de un futuro brillante en la corporación. Sólo adujo motivos personales, terminó su contrato de arrendamiento y se marchó.

Esteban Govea (Guanajuato, 1988). Es poeta, guionista y doctor en filosofía por la UNAM. Autor de *Los Onironautas* y *La poética robot y otros cuentos*. Ganó menciones en dos concursos de Punto de Partida y el 2° concurso «Horroris Causa». Su guion *Nigredo* fue finalista en el certamen de largometraje del GIFF.

HERMANO

Héctor Justino Hernández

Sé que no es cierto, que nada es igual desde entonces y nada será igual en el futuro. Los ruidos de mi hermano junto a mi habitación ya no se escucharán y su voz no tendrá las mismas palabras. Aun así, mamá lo repite como un cliché tonto: ahora estaremos bien. Se lo cuenta a Manchas, el perro de Elías. Se lo repite a mi papá cuando llega del trabajo. Me lo recuerda a mí de camino a clases. Y desde que decidieron pedir el robot, a veces encuentro a mamá en la ventana, mirando la calle de enfrente. Aunque escucha el ruido de mis pasos al llegar, no me hace caso, no habla: sabe que estaré poco tiempo. Al mirarla imagino su rutina: me lleva a la escuela, limpia un poco, configura la comida y al atardecer se sienta a esperar junto a la ventana que da a la calle, siempre a esperar.

Tan sólo han pasado dos semanas desde la visita del vendedor y queda por lo menos otra más hasta que llegue el envío. No le importa. Apenas termina sus pendientes, vuelve a su lugar junto a la ventana, a la espera de Elías. Me gustaría sentarme junto a ella y escuchar su respiración como las veces que me acunaba en la mecedora y me hacía dormir cuando era más pequeño: no puedo o, más bien, no me atrevo. Desde que decidió pedir una copia de Elías, el roce de sus dedos en mi hombro se siente raro, la forma en que deja la comida en la mesa frente a mí dejó de tener sentido, sus palabras al decirme que limpie mi habitación o me lave los dientes parecen sin fuerza. Ella no lo sabe, pero la descubro diferente. Es como si mamá se hubiera convertido en una sombra, un borrón en el mundo. Por eso ahora odio a Elías. Y la verdad es que no lo extraño ni un poco. Aunque esto no lo puedo decir, porque lo más seguro es que se enojarían conmigo. O a lo mejor sólo se pondrían tristes.

Una mañana, al fin llega el camión de transporte: mamá les pide a los repartidores que dejen el paquete en la sala, donde todos lo podamos ver. Mis padres rompen el cartón y el unicel hasta que aparece mi hermano, o su copia, o lo que sea. Es idéntico a él antes de aquello y lo odio igual porque su ausencia nos obligaba a ser lo que éramos y su presencia me hace ahora morderme las uñas. Mamá lo pone en marcha. El nuevo Elías se comporta igual que el antiguo, tímido y un poco rebelde. Se niega a abrazar a mis papás, aunque eso no parece importarles, y a mí me dirige una sonrisa extraña antes de subir a su habitación.

Los días parecen volver a su curso anterior al accidente: mamá nos da el desayuno, manda a mi hermano a la prepa y luego me lleva a la primaria. Ya no pierde las horas en el sillón, sino que ahora nos hace postres e insiste en tomarnos fotos. Papá también es distinto, le compra ropa a Elías y decide pagarle un buen psicólogo, así lo dice, un buen psicólogo y yo no logro entender cómo es eso. Ellos olvidan rápido y pueden hacer como que la vida continúa, pero yo no confío, encuentro a un intruso en su presencia. Cuando se acerca a hablarme, busco alguna forma de irme porque estoy convencido de que ese no es Elías, no es el chico que se la pasaba en su computadora metido en videojuegos, el que llevaba malas calificaciones y a veces me molestaba por ser el más chico de los dos, pero mamá está contenta y de alguna forma me hace sentir tranquilo. Ya no tengo que verla en el lugar de siempre, ni escucharla llorar a escondidas, ni recibir sus enojos.

Para intentar entenderlo, comienzo a seguirlo y a espiarlo. Descubro los errores que lo hacen diferente a nosotros: a veces finge estornudar o toser, o se mete al baño para quedarse como tonto frente al espejo, o pone comida masticada en la basura después de haberla probado y, al quedarse solo, parece no ver nada en especial, igual que un zombi. Es imposible que se trate de Elías y, a pesar de todo, se parece tanto a él que por momentos

está de vuelta, su cuerpo cobra un sentido diferente y a mí me dan ganas de abrazarlo y darle la bienvenida.

Una tarde, tres o cuatro semanas después de su llegada, mis papás salen juntos a cenar y a Elías y a mí nos dejan solos. Aprovecho entonces para hablarle en serio. Le pido que me siga al comedor y se siente frente a mí:

Tú no eres Elías, le digo cuando al fin encuentro las palabras.

No, pero podría serlo, me contesta.

¿Recuerdas... el accidente?

Lo recuerda, lo recuerda incluso mejor que yo, porque el verdadero Elías lo había vivido de primera mano. Pregunta si me hace enojar que ahora guarde esos recuerdos en su interior. Me siento confundido, algo temeroso del futuro y le respondo que no lo sé. Entonces se levanta y me da un abrazo. Escucho en su pecho un ruido que sólo con los años aprenderé a nombrar: un crepitar de fuego, un retumbar de pistones, un vendaval de códigos. Algo pasa en mí que no busco y no quiero comprender. Respondo a su abrazo y me digo que, después de todo, no es tan diferente al Elías que conocí, que tal vez el futuro sí pueda ser como la vida antes del accidente.

Héctor Justino Hernández (Veracruz). Es autor de *Dimorfismo* (2019), *La isla que nos llama* (2021), *La máscara de Miguel* (2021) y *Acaso un descubrimiento a la mitad de la noche* (2025). Ha recibido el Tercer Premio Nacional de Ensayo Histórico, el Noveno Premio de Cuento Infantil de la Editora de Gobierno, el Premio Raúl Padilla López, en la categoría de ensayo, y el Premio José María Mendiola, en la categoría de cuento

LOS BOSQUES NUEVOS

Mijal Montelongo Huberman

—No puedo creer cuánto ha cambiado el bosque —dijo la investigadora Julieta—. Sólo han pasado seis años desde la última vez que vine.

—Pero ya había indicios de lo que iba a pasar desde entonces, ¿no? —preguntó Ana.

—Ahora puedo decir que sí; pero en ese momento no pensé que llegaría a esto, ni que ocurriría así de rápido.

Julieta realizó sus proyectos de tesis de maestría y doctorado en el bosque del Volcán Tacaná estudiando la comunidad de anfibios. Después, se fue al extranjero y hacía apenas unos meses desde su regreso al país. Durante su ausencia, perdió el contacto con la gente de la región con la que había entablado amistad; sin embargo, semanas atrás recibió un mensaje de ellos expresando su preocupación.

En la reserva estaba pasando lo mismo que ocurría en otros bosques de neblina o templados del país: los animales habían desaparecido y los árboles habían cambiado de apariencia, además de adquirir alturas sorprendentes. Una de las organizaciones gubernamentales a cargo de la conservación de la naturaleza creó un programa para monitorear y evaluar esos bosques. Julieta fue propuesta para formar parte del programa de monitoreo de fauna en Tacaná, debido a su experiencia. Esta invitación, junto con los mensajes alarmantes de la gente local, hizo que aceptara participar en el programa.

Julieta llegó el día anterior al pueblo de Chiquihuites junto con Ana, su alumna de maestría que preparaba su tesis sobre los cambios en las comunidades de anfibios y reptiles en la región. También iba Yolanda, otra investigadora que evaluaría las comunidades de árboles. Otros expertos en distintos campos

también formaban parte del equipo, pero ellas llegaron primero. Salieron desde temprano para que les alcanzara el tiempo para hacer los muestreos de árboles y anfibios.

—¿Cómo vas? —le preguntó Julieta a Yolanda. Desde que salieron del Chiquihuites, Yolanda respiraba laboriosamente.

—¿Todavía falta mucho? —dijo a modo de respuesta.

Julieta y Ana se voltearon a ver y prefirieron hacerse de oídos sordos para no desanimarla. Cuando Yolanda les contó que sólo había trabajado tomando muestras de árboles de un parque de la ciudad y con muestras que recolectaron otras personas en el Tacaná, Julieta pensó que tal vez le costaría trabajo a la botánica llegar a los sitios destinados para tomar muestras. La respiración y el paso de Yolanda confirmaron su preocupación.

—Hoy empezaremos con los sitios más cercanos y, cuando llegue el resto de los investigadores, podemos dividirnos los otros sitios para agilizar los muestreos —propuso Julieta. *Y para que no le dé algo a la botánica*, pensó.

—Según el GPS, ya estamos en el primer sitio —dijo Ana.

—Bueno, pues empecemos.

Llovió durante la noche; por lo tanto, el ambiente era un poco frío. Las rodeaba una ligera neblina y una luz opaca. El suelo parecía húmedo y había ramas y hojas cafés esparcidas en el camino. Se encontraban al lado de una pendiente que llevaba a un arroyo seco, a pesar de la lluvia, por lo que era posible ver piedras que normalmente estarían escondidas por el paso del agua. Julieta recordaba cómo antes había plantas herbáceas y árboles de diferentes tamaños y formas en todas partes, cuando el suelo estaba lleno de hojarasca con hojas de todos los colores, cuando las piedras estaban cubiertas de musgo, y cuando siempre se escuchaba algo, como la corriente de los arroyos, el viento entre la vegetación o el sonido de los animales que estaban cerca. Ahora, todo se veía desnudo, estéril, y no se escuchaba nada.

Alrededor de ellas había árboles muy separados unos de otros, sus troncos eran delgados, altos, sin ramas ni hojas. La corteza era lisa y de color café oscuro. Para intentar ver el final de uno de los árboles, tenían que alejarse varios metros del tronco y echar la cabeza completamente para atrás. Así, apenas podían distinguir lo que creían que era la copa. Parecía que el tronco era una cuerda, por lo liso y lo recto que estaba; una cuerda tensa que salía de la tierra, a la que unas manos invisibles jalaban desde el cielo. Todos estos árboles formaban un bosque muy quieto y silencioso; demasiado silencioso. No se sentía como un bosque, parecía más bien la pintura o la foto de uno.

Ana ayudaba a Yolanda a tomar muestras de la corteza de los troncos, porque todavía faltaba para empezar los muestras de anfibios. Mientras, Julieta caminaba por donde antes pasaba el arroyo, moviendo rocas y escarbando la tierra con la esperanza de encontrar alguna rana o incluso, después de un rato de buscar, algún insecto.

Yolanda etiquetaba los envases con las muestras de la corteza de los árboles mientras Ana hacía incisiones en ellos. De repente, salió un líquido espeso. *Chin. Sabía que era mejor que yo etiquetara los frascos y anotara en el cuaderno. Nunca he hecho esto.* Intentó cortar un poco más abajo, con menos fuerza, para que no saliera más líquido, pero se rompió un pedazo grande de la corteza con un *crac*. *Bueno, ya ni modo. De aquí pueden salir varias muestras.*

Yolanda tomó el pedazo y lo observó.

—Ten más cuidado. Esto no me sirve como muestra. Colecta otra.

Ana se volteó con los ojos en blanco. *Sólo voy a hacer esto hoy, sólo por hoy, sólo por hoy*, se repitió un par de veces como nota mental. Mientras tomaba otro trozo de corteza, le llamó la atención el hueco que había quedado al arrancar el pedazo anterior. El interior del árbol tenía una textura extraña.

—Creo que hay algo dentro —susurró. Con sus manos, empezó a quitar pedazos de la corteza para abrir más el agujero.

—¿Qué estás haciendo? Te dije que tomaras otra muestra —le dijo Yolanda.

Ana no le respondió y empezó a jalar con fuerza pedazos más grandes. Se quedó viendo el hueco un momento, completamente quieta.

—Mire.

—¿Qué voy a mirar? Estamos perdiendo el tiempo —le respondió Yolanda.

Julieta escuchó sus voces y, desilusionada por no haber encontrado nada, decidió regresar con ellas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Julieta cuando llegó.

Tu alumna se ha vuelto loca, pensó Yolanda. Ana se volteó hacia Julieta y le señaló el hoyo.

—Mira. Hay animales dentro.

Julieta frunció el ceño y pensó: ¿se refiere a que hay escarabajos o termitas?. Ana se dirigió a otro árbol y empezó a quitar pedazos de corteza. Con curiosidad, Julieta se asomó al primer agujero que Ana había hecho.

—Éste también está lleno de animales —dijo Ana y caminó hacia otro árbol.

—¡Basta! ¿Qué estás haciendo? —dijo la botánica.

—Yolanda, mira. Sí parecen animales. Esto de aquí podría ser un guaynoche —le dijo Julieta.

Yolanda se acercó al árbol donde estaba Julieta y se asomó a su interior. Se quedó con la boca y los ojos bien abiertos. El agujero enmarcaba un collage macabro de partes de animales: un par de patas de ave, una cola anillada con una pata gris, unas plumas, unas cuantas ranas, las alas de algún insecto, la cabeza de un pez... Incluso, cuando la botánica observó con más detalle el contenido del árbol, se dio cuenta de que entre

los animales también había hojas y tallos que parecían ser de especies de plantas que le eran familiares.

Ana seguía perforando los árboles.

—Todos están llenos de animales. Están muertos.

Pasados unos meses de los muestreos de la flora y fauna de Tacaná, el equipo de monitoreo y evaluación llegó a algunas conclusiones sobre lo que estaba pasando. En primer lugar, ninguno de los muestreos de fauna encontró individuos ni rastros de su presencia; ya no había animales. Lo que coincidía con las observaciones de la gente local. En segundo lugar, los muestreos de vegetación tampoco registraron ninguna de las especies de plantas que antes se encontraban allí. Los estudios preliminares de suelo indicaban que la riqueza de nutrientes que había en ese tipo de bosques había disminuido de manera alarmante. Además, los niveles del agua de esa zona de Chiapas parecían estar bajando también.

El único organismo vivo que constituía al bosque era esa especie de planta de tallo alargado que ahora pensaban que podría ser similar a un bejuco, por su apariencia de cuerda. Aunque no era una especie previamente descrita, parecía ser la misma que había en los otros bosques donde habían desaparecido animales y otras plantas. Comprobaron que, en efecto, era una planta viva: el tallo tenía tejidos que crecían con rapidez. Los investigadores resaltaron como rasgo distintivo, y excepcional, de esta nueva especie el hecho de que sus tejidos estaban formados por los restos de otros seres vivos. Restos muertos, pero perfectamente preservados por un líquido que parecía funcionar como el alcohol o el formol. Dentro de los bejucos se encontraron nauyacas, salamandras, quetzales, tigrillos, pavones, ranas, partes de pinos y encinos, plantas epífitas y prácticamente todas las especies que antes conformaban el bosque de Tacaná.

Julieta habló con la gente de la región y le dijeron que se irían a vivir a otro lugar. No crecía ningún cultivo y no podían sacar ningún recurso del bosque: no había frutas o nueces que pudieran recolectar, animales que pudieran cazar ni agua para tomar. Era la misma situación en la que se encontraban muchas familias que habitaban en las cercanías de bosques de neblina o templados. Al parecer, el único ser vivo que habitaría en esas regiones sería uno que, de alguna manera que todavía no lograban entender, absorbía a las otras especies y que ahuyentaba a las restantes.

Un día, Julieta revisaba en su oficina el reporte que entregaría sobre los primeros descubrimientos del programa cuando entró Ana muy alterada. Tras regresar de los muestreos, Ana tuvo que cambiar el enfoque de su tesis debido a que básicamente no tenía ningún resultado para analizar. Ahora, estaba planteando los diferentes efectos que la extinción de anfibios y reptiles tendría en un ecosistema y en la vida de las personas.

—¿Te enteraste? Hay noticias de que en la selva de El Petén ya no hay animales.

Más que eso, tampoco había personas en los poblados de la selva ni ninguna otra planta que no fuera la nueva especie de bejuco. Algo que todavía no era público, pero que una amiga investigadora de Guatemala le contó a Julieta unas semanas después, era el descubrimiento de partes de personas dentro de estas plantas. *Los suelos de las selvas tienen aún menos nutrientes que los bosques. Los bejucos deben de estar buscando sustento de donde puedan*, pensó Julieta.

El grupo de Julieta y Yolanda fue reconfigurado como una unidad de erradicación vegetal. Su trabajo se volvió urgente: intentaban conservar lo que quedaba de la biodiversidad del país. El bejuco era voraz. Aún ignoraban cómo se propagaba,

si por semillas o por alguien que lo dispersaba. Lo cierto es que su expansión era cada vez más acelerada. Se alimentaba de toda forma de vida a su paso. Aunque había más incógnitas que certezas, algo era claro: debían detenerlo. Antes de que alcanzara a las ciudades.

Mijal Montelongo Huberman (Ciudad de México, 1996). Estudió la licenciatura de Biología y la maestría en Ciencias Biológicas con enfoque en Ecología en la UNAM. Ha publicado artículos de divulgación científica y de investigación, traducciones literarias, cuentos y minificciones.

EL HUÉRFILO

Uriel Velázquez Bañuelos

Ralof salió del Gran Salón arrastrando del brazo a su hijo, Ulfric. El puño le abarcaba por completo el antebrazo. Ulfric chillaba, los dedos se le marcaban en su piel, y sentía que el hombro se le zafaba del cuerpo. Al padre se le escurrió el hidromiel por las barbas, que el viento agitó, dando la ilusión de una llamarada bajo la barbilla. El chico se aferraba a cualquier objeto, pero sus manos no pudieron más. Las personas se fueron apartando por miedo a ser jalados o empujados. Arrojó a su hijo al chiquero. Los cerdos corrieron asustados, inconscientes, abrieron más espacio en la arena.

Ulfric se limpió el lodo que le saltó a los ojos. Cuando su vista se aclaró, confirmó que el sonido próximo a él no era el de un pisotón. No. Le habían arrojado al alcance un hacha. Era de un filo tan reluciente como la media luna, y tan letal como la soledad en las horas nocturnas en pleno bosque. Ralof gruñó y golpeó el cencerro con su alehorn. El *tolón-tolón* apagó la fiesta que llevaban los demás en el Gran Salón, pues no cesó hasta la presencia de todo el pueblo. Se preguntaron:

—¿Por qué la pelea?

Los cantineros y las mozas, que estuvieron presentes desde que Ulfric bebió el primer tarro, respondieron a su manera:

—El chico huyó de una pelea.

Y nadie cuestionó el acontecimiento. Era verdad. Los sollozos revivieron en Ralof el recuerdo. Él estaba tejiendo los cueros cuando los hombres del Jarl tocaron a su puerta. Lo guiaron hasta la gran sala para informarle que, en la última contienda, cuando invadieron el campo de los Pictos, Ulfric huyó por el mar en una balsa.

—Por Odín —concluyó Ralof—, que eso sea una equivocación o un malentendido. Mi hijo es valiente.

—Entonces, demuéstalo —sentenció el Jarl, indicando con la mano donde yacía Ulfric. Ralof se volteó en esa dirección, y ya sus ojos le confirmaron el lugar que los oídos habían sospechado con risas y saltos alegres: El gran salón.

Ulfric se levantó, poco a poco, portando el hacha con ambas manos. Miró como su padre gruñía como un oso, que además aventó el cuerno, sin temor a desperdiciar el hidromiel. Ralof se dio azotes al lomo y al pecho con el palo de una antorcha apagada. Quizá fue por confusión o temor, pero Ulfric no sabía distinguir si en los ojos de su padre se resbalaban las primeras gotas de la tormenta, o los tragos recientes de hidromiel, o las últimas lágrimas que vería de su padre.

Ulfric empuñó con más fuerza el hacha y corrió hacia delante, anunciando con un grito desafinado su ataque. Pero Ralof se hizo a un lado, dejando caer a su hijo. No se contuvo en darle un golpe. Ulfric sintió el ardor de la madera atravesando su jubón, le quedó grabada una marca en la piel, al margen de la espina dorsal. Entonces, el chico entendió lo que estaba pasando: Es su vida o la mía. Se pintó la cara con lodo y heces, y se levantó para su próximo ataque.

El público poco a poco se aburrió. Eran torpes los intentos de tajo de aquella hacha que parecía oxidarse con cada ataque no logrado. Y esquivar, lejos de marcar una gracia y habilidad en Ralof, apodado por el Jarl como «El que no duda», acentuaba más una burla y fanfarronería. Todos sabían que Ralof se contenía.

En eso, pasó el Jarl, escoltado por un par de hombres que le indicaron de la lucha. Apenas presenciaron la pelea, el Jarl le arrojó una espada a Ralof, quien la tomó en pleno vuelo. La envainó con una mano, extendiendo el reflejo del fuego que capturó la hoja. El público aguardó un momento más. El padre

se hizo un corte al hombro, y entonces la sangre fluyó, junto con el agua que la tormenta había contenido.

Ulfric tembló. En aquellos ojos azules ya no veía a su padre, sino a una bestia. Y esa herida en el hombro era más una sentencia de muerte que un punto débil a atacar. A su alrededor, las antorchas se prendieron, cerrando un círculo de fuego en la arena que lo empezaba a sofocar. Y escuchó truenos. Hasta los Dioses se avergüenzan de mí, pensó. Ulfric dejó caer el hacha y salió corriendo. Ningún isleño se interpuso, sólo miraron al padre perseguir a su hijo. Era como un oso cazando a un conejo.

La tormenta arreció sus ritmos, provocando el aumento de mareas. Ulfric corrió por todo el pueblo, en busca de refugio. Pero nadie atendía a la puerta a un cobarde. Si el mismo Valhalla le negaría el paso, decían, ¿por qué nosotros deberíamos abrirle?

Ulfric corrió hasta el puerto. Pero ningún barco estaba anclado al mar, seguían allá en la tierra de los Pictos. Se dio la vuelta, buscando el bote que había usado para volver, sólo que, a lo lejos, miró como su padre se aproximaba.

Entonces, el chico saltó a la oscuridad del mar.

Ralof lo miró desde el puerto, impotente de hacer algo. Poco después llegaron los demás a presenciar el hecho: Ulfric se ahogaba, la marea lo había reclamado. Cada tanto, el chico salía de entre las olas a pedir perdón y socorro. Pero nadie le aventó una cuerda, ni se quiso aventurar en un bote. Decían los isleños que así el chico llegaría más pronto a Helheim, helado y húmedo. El mar lo azotaba con sus ondas, y la tormenta lo golpeó con sus gotas. Y cuando los gritos cesaron, cuando ni el viento se atrevió a soplar, y cuando el cielo no regaló ni un trueno más para iluminar el horizonte por un par de segundos, comprendieron que aquel chico se había ahogado.

Una mujer, vieja como el árbol seco que yacía en el gran salón, advirtió que, al menos, debían buscar el cuerpo del chico y darle un entierro, pues lo que ahogaba no era el mar salado

en los pulmones, sino el rencor con el que se despidió en vida; y cuando te acostumbras tanto a esas profundidades, aprendes a respirar de nuevo: Y en esos casos, era mejor enfrentarlo en tierra que en mar. Pero nadie movió un dedo pese a las advertencias de la mujer.

Poco a poco, la gente se fue alejando de la costa. Ralof permaneció hasta el amanecer. No se movió a pesar de que la tormenta se había calmado; las nubes se despejaron; las aguas del mar se apaciguaron. Ningún cuerpo llegó a la orilla. Sólo las piedras y conchas decoraban las arenas.

Ralof guardó silencio. Los días y las noches pasaron. El huérfile construyó una casa en donde la arena y el pasto se mezclaban. Y aunque pronto se le invitó a una cacería, para tener nuevas pieles que curtir, él se negó, limitándose a sus nuevas labores como herrero. Le gustaba trabajar con el horno a la vista del mar. Y martillaba al compás con el que las olas besaban la arena. No mucha gente se quedaba ahí para charlar, pues él no respondía. Le contaron cosas de su hijo, de cómo se le veía adorando a una cruz de madera, que así ni Hela lo reclamaría en sus tierras.

El huérfile, cuando le entregaron lingotes de plata, preguntó:

—¿Qué cazan? Ya no es temporada de ciervo, y los osos se ocultan en sus cuevas en estos tiempos de Skaði.

—No estamos cazando a un animal. ¡Buscamos a un demonio! Está ahogando a nuestros hijos y vuelca nuestros barcos.

—¿Una serpiente marina? ¿Una sirena?

—No. Es como un niño pequeño, va con la cara pintada de azul, y de su piel sobresale una espina dorsal ensangrentada. ¿Esta vez te unirás a la cacería?

—Sabes que no puedo —se limitó a decir. Y avivó el fuego de su horno.

Antes de que el otro hombre saliese, le advirtió:

—Llámanos si lo ve o lo escucha. Hay quien dice que el sonido de esa criatura es como el llanto de un niño. Si lo escucha, no corra a socorrerlo, pues así hace sus engaños.

Ralof asintió y continuó en su labor.

Al caer la noche, antes de tirarse a la cama, asomó la vista al paisaje: Era media luna menguante y la marea subía. El paisaje le recordó aquella noche en la que perdió su título. No el de «El que no duda», sino el otro: el de Padre. Ralof cerró los ojos, tratando de recuperar el sueño. Pero escuchó al mar que tocaba a su puerta. Se levantó de su lecho y no vio a nadie en la oscuridad. Mas en el viento escuchó el llanto de un chico. Las lágrimas que eran recogidas por la brisa lo llevó a los recuerdos de cuando su esposa murió en cama, jurándole que cuidaría de Ulfric. Y aquella risa tan alegre que se escuchaba y parecía venir de los jardines de Freyja, lo transportó al bosque cuando dudó por primera vez: tenía en la mira a un ciervo, pero Ulfric le dijo que no lo matara. Le perdonó la vida, y el ciervo se dejó acariciar y lamió la cara del chico, causándole cosquillas.

—¿Qué demonios eres? —dijo Ralof al viento que le traía melancolía y júbilo en dosis perfectas para que fuese un veneno adictivo.

Tomó su espada y salió del hogar en busca de aquel. Y cuando menos se dio cuenta, sus pies ya estaban húmedos. Trató de buscar la familiaridad del llanto de la bestia, y al conseguirlo, en un parpadeo, se vio cara a cara con las profundidades del océano. Se dio media vuelta y se encaminó a su hogar, remando la arena con la espada y clavándola en ratos para no dejarse llevar por la corriente. Unas garras se le clavaron en la piel, abriendo la cicatriz del hombro. Pero Ralof continuó caminando bajo las profundidades. Cada vez más veía la luz crepuscular asomarse, y el ruido de las olas se rompía pronto. Estaba cerca de la orilla. Hasta que vio la silueta de la bestia

que lo esperaba en la superficie. Empuñó la espada y remó con más fuerza.

—Lo siento —dijo Ralof soltando la espalda mientras caía de rodillas ante la bestia de espina dorsal expuesta.

Una ola jaló a Ralof de vuelta a las profundidades marinas. En esa oscuridad, mientras la piel se le hinchaba, escuchó estallar las burbujas que subían desde sus pulmones.

Uriel Velázquez Bañuelos (Jalisco, 1998). Estudiante en la licenciatura de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Columnista en revista *Penumbria* y *Bicicleta de papel*. Ganador del XI Concurso de Cuento Infantil de la Universidad Autónoma del Estado de México, con la obra *El niño y el mar*; semifinalista del XII Premio Internacional de Novela Infantil Altazor 2024, con *El pequeño detective*; ganador del XIV Concurso Literario Luvina Joven, en la categoría de cuento, con «El hombre monocromático».

EL UMBRAL

Víctor Parra Avellaneda

Fueron los bomberos, tras el incendio del Cerro de San Juan, quienes informaron sobre el Umbral. El fiscal, varios policías y yo fuimos al sitio. Tras escalar las pendientes del cerro llegamos a un claro con árboles carbonizados. El suelo gris aún emanaba humaredas, como la lenta respiración de una criatura dormida y al fondo encontramos al Umbral. Los bomberos nos señalaron esa mancha suspendida en el aire, a poco más de medio metro. Una mancha, una esfera, un agujero, no sé qué era: a cada segundo cambiaba su geometría, en silencio, al igual que lo hacen las formas de luz distorsionadas del agua de los ríos.

—Y bien —dijo el fiscal—. ¿Qué es todo esto? —arrugó la cara mientras encendía un cigarrillo.

—No sabemos —dijo el capitán de los bomberos.

—¿Qué no saben? ¿Y para qué chingados nos trajeron hasta acá? —gruñó, molesto. Tomó su cigarro a medio consumir, lo arrojó con furia al suelo y después sacó otro.

—Lo trajimos para que vea esto... —dijo otro bombero, arrojando una rama a la manifestación. Ésta desapareció en el enrarecido silencio del aire antes de tocar al Umbral.

—¡Ah, caray! —exclamó el fiscal.

Uno de los policías corrió al otro lado, para buscar el objeto en el suelo.

—La rama no está —dijo el oficial, manchado en gris por la ceniza del suelo—. ¡Nada, señor! —gritó con los ojos pelados del susto.

—¿Será un animal? —preguntó otro de los policías, ras-cándose la cabeza.

—¿Un animal? —rió el fiscal—. ¿Te parece que esto tenga forma de animal?

—A la mejor si le damos un plumazo se acaba todo esto —sugirió el policía manchado de ceniza, inspeccionando la manifestación.

—A ver, pues —dijo el fiscal, sacando su arma y descargando todas sus balas. Los policías y bomberos se apartaron. Sonaron detonaciones para después caer súbitamente en la mayor calma.

—¿Y las balas? —preguntó el Fiscal, ahora perplejo.

—Pues... no están por ningún lado, patrón. Nada de nada —dijo el policía manchado de cenizas.

—Quizás nos sirva a nosotros —dijo el fiscal, pensativo, para después voltear a verme.

—¿Cómo dice? —interrumpió, perplejo, uno de los bomberos—. ¿Servir? ¡Esta cosa es un riesgo para los civiles! ¿Qué pasa si alguien se tropieza y cae?

—Sí, justo por eso... —contestó rápidamente el fiscal.

Fue rápido. Alzó su mano para señalar a los tres bomberos y, con ese ademán, entendí lo que debía hacer. Ya lo había hecho en numerosas ocasiones, cuando me encomendaban desaparecer a gente problemática. Saqué entonces mi arma y les apunté. Me miraron confundidos, luego aterrados y finalmente, resignados. Pocos segundos bastaron para volarles los sesos. Sus cuerpos inertes yacían en el suelo, mezclados con las cenizas y chorreando el fluido carmesí. Una imagen cotidiana para mí, repetida cientos de veces; ese era mi trabajo. Una simple operación que ya no representaba novedad alguna. El olor metálico de la sangre me resultaba cotidiano.

—Aviéntenlos —ordené a los policías.

Tomaron los cadáveres y los arrojaron al Umbral. Un destello y nada más.

—¿Qué le parece, patrón? —le pregunté al fiscal—. Esta cosa se come todo lo que le dan, hasta a las personas.

—Me parece que ya tenemos cómo proceder... —dijo, sonriendo desde la distancia, mientras fumaba su tercer cigarro.

Nos retiramos de ahí y la cuestión de la mancha, de ese Umbral, quedó entre nosotros.

A los pocos días, el fiscal anunció en una conferencia de prensa que el Cerro de San Juan era un área protegida que, por los recientes incendios, estaba amenazada; que el gobierno estaba comprometido a su cuidado y tenía como prioridad la protección de la naturaleza y la salud de la gente. Con esta declaración, se cerraron varios accesos al cerro, quedando restringido el paso a donde residía el Umbral y la imagen del fiscal se vio favorecida por su compromiso con la naturaleza, situación que contrastaba con lo que se venía desarrollando meses antes y por la cual algunos sectores de la prensa lo apodaron «El Diablo».

El apodo vino por unos periodistas que se quejaron en sus artículos sobre la inseguridad del estado. Yo mismo me encargué de ellos. El protocolo fue, primero, sobornarlos; pero, para los que siguieron de tercicos, recurrí a amordazarlos tras un poco de tortura en las mismas instalaciones de la Fiscalía. Al final, ya todos muertos y hechos carnititas, arrojé una parte de los restos en fosas, y para los otros, les pedí a los pozoleros disolverlos en ácido. Al tiempo, los perros encontraron un pedazo de hueso aquí y allá, alertando a las familias. Hubo gente que fue descubriendo los yacimientos putrefactos y los periodistas hicieron lo suyo. Armaron tremendo escándalo en los diarios y manifestaciones frente al palacio de gobierno. Afortunadamente vino la época de sequía junto los incendios del Cerro de la Cruz y el de San Juan, el más grave de todos; sumieron a la ciudad en una densa capa de humo que hizo olvidar a la gente el tema de los desaparecidos y toda la atención se centró en la reciente crisis ambiental.

El incendio también trajo el descubrimiento del Umbral, lo que hizo mi trabajo más eficiente, limpio y sencillo. Los

cuerpos no dejaban rastro cuando eran engullidos. Nadie podía encontrarlos, sin importar cuánto o cómo buscaran. Incluso el fiscal permitió a los peritos explorar las zonas donde se sospechaba que podrían estar los restos. En público se lamentaba sobre los cada vez más frecuentes casos y en privado, con nosotros, se reía de los activistas, los ridiculizaba; cuando los torturaba y les arrancaba los dedos, les decía que nadie daría con ellos.

«Tendrán que buscarlos en el mismo infierno», era su frase usual, antes de que lanzáramos a los periodistas y otras gentes al umbral.

Algunos de mis camaradas aplaudían al fiscal, otros se mostraban más reservados. Había algo de duda en estos últimos. Esto no lo vi nada bien, me pareció debilidad y traición; así que yo mismo me encargué, bueno, el Umbral se encargó de ellos. Así se ponía el ejemplo. El miedo fue creciendo poco a poco en mis demás camaradas. Miedo capaz de doblegar cualquier voluntad.

Al tiempo, sentí que no me podía distanciar mucho de la zona del Umbral. La atmósfera que lo envolvía penetraba muy hondo en mí; empecé a soñar con sus luces destellantes mientras deshacía los cuerpos. Al despertar, no dejaba de pensar en eso, la imagen de su forma peculiar me acompañaba a todos lados. Se volvió lo único en mi mente. Recé entonces a la Virgen por que el Umbral siguiera ahí al amanecer del siguiente día. Con los negocios del fiscal, las mercancías, los precursores de sustancias, nunca habían tenido tanta bonanza; asumí que era la manifestación protegiéndonos. Me convertí en un ferviente devoto tras esta revelación. Cada mañana, junto a mis camaradas, subíamos al cerro, nos internábamos en lo más profundo de los ramajes para reunirnos en el sitio de la manifestación. Nos hincábamos para orar durante una hora, lo alimentábamos y regresábamos a la ciudad para comenzar el día. El Umbral parecía responder a estas ofrendas. Un sutil brillo emanaba como una aurora, un relámpago quizás, ge-

nerándonos un éxtasis indescriptible. Lo entendía como una señal de que estábamos por buen camino.

Ciertos días a la semana dábamos rondines en las calles de Tepic. Deteníamos a personas que no llevaran su identificación en mano y las levantábamos en la patrulla. Las acarreábamos al cerro y se las dábamos al Umbral como ofrenda. Todos eran buenos alimentos, sobre todo si estaban vivos al momento de ser engullidos y más si eran jóvenes. El Umbral parecía responder mejor cuando se trataba de muchachas lindas y muchachos de buen ver. Disfrutaba por igual de ambos, y el éxtasis de esa energía nos envolvía de dicha.

El fiscal se esforzaba también en dar favores al Umbral; viajaba hasta pueblos de la Sierra del Nayar, secuestrando a cientos de ejidatarios para entregarlos. Iba también a San Blas, para despojar a los agricultores de sus huertas. Rezaba con fervor, se flagelaba cada noche y encendía decenas de velas en nuestras ceremonias. Mis otros camaradas empezaron a comportarse igual. Todos queríamos ser los predilectos, ser los protegidos de su misteriosa fuerza.

Todo esto llevó al jefe a ofrendarme también.

Fue breve.

Me amarraron. Después, cortaron mis pies y brazos; chorreó mi sangre por toda la piel; quitaron los párpados de mis ojos y los alaridos de dolor quedaron silenciados con un trapo en mi boca.

Una corriente de aire rozó mi cuerpo sin detenerse. Percibí un fuerte tirón seguido de los sonidos del bosque, los cuales se fusionaron en un flujo sonoro similar al entrechocar de olas, al derrumbe de una montaña o al rumor de las flamas de una hoguera iracunda. Todo se oscureció inmediatamente. El fiscal y el bosque dejaron de existir. Sentí cada una de mis células desintegrarse hasta volverse nada. Fue como entrar en un lugar acuoso, frío como el hielo. Sin luz, sin estrellas, ni suelo ni cielo.

No tengo cuerpo, pero siento mis extremidades, como los miembros fantasmas. Floto, aunque no sé si, más que flotar, estoy cayendo. En mis no-pies, percibo a veces un líquido gélido, otras veces, alfileres y, en ocasiones, entre un cuerpo denso y baboso, tal vez la mandíbula de una bestia desconocida. Cada segundo la sensación es distinta. También siento extremidades que no son mías. Son muchas, miles. Manos, pies y dedos. Escucho mis pensamientos y a la vez los ajenos: gritos, lamentos de miles de seres aquí contenidos. Algunos son humanos, pero estoy seguro que otros no.

El Umbral, lo comprendo ahora, no es un lugar vacío. Lo que hay aquí son los fragmentos de lo que fuimos, girando sin fin en la oscuridad. Una multitud de sentidos lo invade todo. Me engulle. Me deshago en toda esta vastedad.

Cada vez son más. Cada vez entran más. Parece que no va a detenerse.

Víctor Parra Avellaneda (Nayarit, México, 1998). Biólogo. Escribe ciencia ficción. Ha publicado en *Axxón*, *Sci:fdl* (UCM), *Zur* (UFRO), *Piker Press*, *Spillwords* (EE.UU.), *The Temz Review* (Canadá), *The Pink Hydra* (Sudáfrica) entre otras. Es autor de *Más allá del horizonte* (Ediciones del Olvido, 2022) y *Cuando las nubes salen a cazar* (Fondo Editorial Universidad de Sonora, 2025). Miembro de la ALCIFF y la IASFA. Premio Nacional de Literatura Fantástica Universidad de Sonora 2024.

LAS RAÍCES EN LOS DEDOS

Paulina Guerrero Zaragoza

Por la noche, el viejo Ahuehuete llovió una generosa cantidad de hojas y semillas a la superficie de la poza, es la tarea diaria de Tlalli cazarlas en la corriente adormilada. El fondo ha de permanecer visible para que reciba los nutrientes de la luz desperdigada por trampas de lazos y espejos. Tlalli no conoce el sol, dicen que está oculto detrás de la pared de tizne en el cielo, a veces éste asoma un ojo de bengala para asolar la tierra, a veces el tizne se deshace de tanto bochorno y cae en lluvia color granate que quema la piel. Aquí, en El Nido, los gases no llegan, la lluvia rompe curso antes de mojar las copas de los árboles; aquí, en El Nido se habla del afuera con voz queda, como si mencionarlo fuera la misma transgresión que lo hace existir.

Tlalli regresa al claro con la cesta llena del follaje bien sujeta bajo el brazo derecho, aprovecha el camino para mojarse los pies en el agua calientita que navega de la poza a todo el claro. Madre Tejedora la recibe con un abrazo, y le recuerda que debe llevar la cesta a Acaxi, quien la espera a la entrada del claro, bajo el arco de guajillo que se enerva en dos grandes pilares de piedra que antaño sirvieron de soporte a una gran construcción. Acaxi le recibe la cesta con una mueca cálida, esa reservada para las más jóvenes, después riega el suelo con las hojas, semillas y palitos que Tlalli recogió del agua.

«Ya vendrá», Afirma Acaxi, mirando impávida al horizonte, aunque Tlalli no puede ver más allá de la cortina percutida de los gases del exterior, sabe que los ojos de la mayor son el mirador que prevé el paso ajeno.

—Es un año fértil.

Regresan al claro tomadas de la mano, sin mirar atrás, como suelen decir: «una sólo ve al frente».

Las madres, las jóvenes y las aprendices, se han sentado en torno al grueso tronco del ahuehuete. De los cuencos de barro comen la merienda del medio día que la tierra provee gracias al intercambio vital entre El Nido y la tierra, cómplices sobrevivientes de una cadena de muerte y sequía. Frente al ojo del tronco, Acaxi y la hermana Axico se sientan; miran la corteza infinita y mueven los labios en un rito: una advertencia.

—El ‘mbre ya llega.

Se levantan, una tras otra, para llevar los cuencos al ojo del tronco y taparlo con la manta tejida que cuelga de un surco cercano. Tlalli observa, atontada, como sus compañeras destienden la ropa de los lazos, guardan las hamacas y los camastros, esconden los jarrones y los hilares para reemplazarlos con los ritos de madera y las figurillas de rostro de agua. Tlalli ama las festividades, y hoy es la primera ocasión en la que le permitirán ser partícipe.

Luego, en grupo, caminan atadas de las palmas a la entrada del claro y esperan: a lo lejos, una figura hecha bola se desprende de la polvareda, se tambalea sin prestar atención a su rumbo. Tlalli se maravilla por esta inesperada llegada; algunas veces llegan animales delirantes en busca de refugio, pero jamás uno como este. Entre más se acerca, más fácil es distinguir su composición: un par de piernas negras, anchas como un tronco, los brazos hinchidos, la curvatura pronunciada del lomo, parece que algo le duele. La figura detiene su sinuoso paso antes de levantar el par de ojos negros y encontrarse con ellas, el agua y la tierra. La figura gruñe despreocupada sin detener el paso, después suelta una risotada al aire para caer de rodillas y arrastrarse al hilo de la poza que se asoma detrás del arco de guajillo.

—No beba del agua o se enfermará.

Advierte Axico, que mira al ‘mbre retorcerse como gusano sobre el agua cristalina, sus manos tiemblan cuando hace un

cuenco con ellas y así poder beber grandes sorbos de agua. El coraje sorprende a Tlalli, ni siquiera ellas, las chiquitas pueden revolcarse así en el agua, es la vía de los vivos, las venas del Ahuehuete. El 'mbre se quita la capa de pesada tela negra hasta quedar con el torso malhecho al descubierto, el bulto del vientre le revienta, las venas iguales a telarañas forman caminos accidentados en toda su agrietada piel. De las ropas del intruso salen borbotones de suciedad que entintan el turquesa de negro, Tlalli está a punto de llorar cuando Acaxi le aprieta el hombro con fuerza para contenerla.

—Le advertimos.

Espeta Axico mientras se acerca para colocar una olla debajo del 'mbre quien comienza a hacer arcadas. Al cabo de unos segundos, vomita un líquido negro con trozos de algo aún más negro.

—Llévenlo al Ahuehuete.

Axico y Acaxi ordenan al unísono. Las demás hermanas toman al 'mbre inconsciente de las fétidas axilas y lo arrastran de vuelta. Tlalli se queda atrás mirando con pena cómo el agua puerca ingiere a la limpia, un monstruo arrebatando en ondas descompuestas el fondo límpido del pozo. Está asustada.

De regreso al Ahuehuete, las cultivadoras han traído mazorcas tiernas de las que crecen en la huerta y una bandeja repleta de ranas ya sin piel para asar al fuego lento de la tierra; es un banquete que bien podría alimentarlas por una semana, y aunque la ayuda de El Nido nunca es escasa, es justa y medida, no hay razón para usar más de lo necesario. La tierra da y la tierra quita.

Tlalli se sienta a un costado de Madre Tejedora para entrelazar sus raíces a las de ella, así se mantiene anclada en ansiosa espera. El 'mbre regresa en sí, despierta asombrado. Sus cuencas negras recorren el claro, las fuertes ramas del Ahuehuete, la tierra húmeda, las orquídeas, los espinos, los toronjiles, los ritos y las figuras con ramitas de orégano atados a sus circunferencias.

—Pero, ¿qué es esto? Muchachitas, ¿cómo descubrieron este lugar? —dice el ‘mbre, salivando de las comisuras de los labios.

—Come o te pondrás mal —le ordena Acaxi, quien empuja la bandeja con ranas humeando. No tiene que decirle dos veces, a punto de que el ‘mbre hinca el diente, gotas de saliva brotan sin dirección definida, algunas caen en el antebrazo de las que se sientan cerca. Las más jóvenes rien por la misma razón colectiva de compararlo con los perros que llegan de cuando en cuando, famélicos y maltrechos; algunos han logrado matar a un ciervo, los sonidos que hacen al devorar son iguales. A esos perros se les tiene que matar o atacan a una.

Tlalli había escuchado que las personas afuera, las que quedaban, se dividían en ciudades inteligentes, lo que sea que eso signifique, en las que La Madre fue usurpada, sobajada a mera conveniencia; allá no hay agua, tampoco árboles, allá se comen los unos a los otros. También decían que una división creaba otras y otras más, así unos cuantos pisaban a muchos. Que las mujeres se muestran orgullosas de sus cuerpos esqueléticos, la piel parda pegada al hueso, un raspón contra el suelo y se les va todo. Los ‘mbres, en cambio, usan atuendos amplios para ocultar sus cuerpos de araña, «así parecen más fuertes, pero no lo son», le dijo Acaxi la noche anterior, «ellos se han sacado los ojos para reemplazarlos con aparatos que se instalan en las cuencas, según les ayuda a ver a través de los gases, en realidad los ha terminado por cegar».

—¡Cuánto verde! —De la boca chimuela salen expulsados trocitos de carne—. Esto es un tesoro, y sólo para ustedes solitas ¡imagínense! —Entonces sus cuencas recorren lentamente a cada una de ellas. Tlalli se siente asqueada por la intención del recorrido visual que se fija en sus largos cabellos, en el ancho las caderas, algunas rectas, otras ya visitadas por la sangre mensual, posándose desvergonzado sobre el surco de los senos, en la curvatura de los hombros—. Hasta gorditas están,

qué buena vida llevan aquí —concluye, mientras muerde de costado una mazorca negra.

—La tierra provee lo que necesitamos —Axico le corrige tras retirar la bandeja vacía, mientras al otro costado, Acaxi se acerca con un cuenco de agua hirviendo—. Bebe esto o la comida te hará daño. —Él (Tlalli ya entiende el pronombre) toma el cuenco de las tiernas manos de Acaxi, y se lame los labios sonrientes.

—¿Y sus maridos? —pregunta con dulce interés tras tomar un sorbo de té.

—Aquí no hay lugar para maridos.

—No sean tontas, las mujeres no sobreviven solas, mucho menos mujeres como ustedes, tan bonitas y jovencitas. —Las mira nuevamente, una por una, como buscando un gesto, una reacción que accionara no sé qué—. De donde vengo harían mucho dinero, parecen sanas y fuertes, tan sólo el mes pasado mi patrón recibió un hijo, pagó dos millones por él. Es mucho dinero.

El silencio no parecía incomodarlo, por el contrario, lo animaba a seguir hablando en términos que a Tlalli poco hacían sentido.

—Mi patrón vive en la capital, él las va a ayudar, vendrá a ponerles casa con varios cuartos, patio, hasta una cocina inteligente, con esas uno ya no se fatiga, hacen todo solitas, las enciendes y ¡*pu!* Sale el pollo horneado —suelta una risa socarrona, como si compartiera un chiste; él era el único que reía.

Al caer la noche, han acomodado al 'mbre en una hamaca cerca del Ahuehuete, le han ofrecido más té antes de retirarse a descansar.

Por las noches no todas duermen, eso depende de las raíces que las componen, unas descansan por los días otras por las noches, así siempre hay alguien vigilando. Esa noche ninguna duerme, aunque fingen. Una figura negra, lechosa, tras juzgarlas dormidas se ha levantado, camina de puntas echando

un vistazo a cada hamaca, saliva y jadea. Se ha decidido por la última, aquella más retirada, la de Axico. El perro va jalándosela para despertarla, los gases los han vuelto débiles, impotentes. Axico se aviva y mira al ‘mbre desconcertada, luego, asustada al ver al gusano arrugado que sostiene en su mano chueca.

—Te va a gustar, mija, te va a gustar —le dice entre jadeos. Se le abalanza. De tan cerca, Axico puede oler la fetidez de su hocico, el ácido de sus axilas, lo podrido de su sexo.

Axico no se resiste. Cuando el lánguido miembro trata de penetrarla sin éxito, ella ríe duro y tendido, las demás lo imitan. Ante la sorpresa, él rueda sobre la tierra, cae sobre sus nalgas apretadas del horror. Su mirada negra recorre el círculo que forman a su alrededor. Está atrapado.

—Lo que eres apenas queremos pronunciar. Tú no vas a entrar aquí —Sol y Luna cantan a la noche en rito, el viento ha cambiado de curso.

El ‘mbre se retuerce bruscamente. De su garganta salen ranas gordas y también raíces que le rompen la superficie del buche; entre carne sangrante, lo agarran como pueden. Tlalli lo toma del tobillo y lo lleva al Ojo del Ahuehuate, donde han guardado los cuencos. La tierra se alimentará de vida —aunque rancia—; tras el té, todo se vuelve comestible.

A la mañana siguiente, Tlalli observa cómo del trozo de carne hinchada brotan pequeñas raíces, que se abren paso por la tierra hasta esbozar la forma de una cabeza. Pronto darán la bienvenida a una nueva hermana.

Paulina Guerrero Zaragoza (Hidalgo, 1996). Licenciada en Ciencias de la Comunicación y Maestra en Ciencias sociales. Diplomada en Literatura europea contemporánea y Literatura escrita por mujeres mexicanas del siglo xx. Autora de algunas publicaciones digitales de cuentos y poesía bajo el seudónimo de Eiden Guerrero. Investigadora en estudios feministas.

LA SUCESIÓN INFINITA

Mario Jaime Rivera

El ajedrez es un fractal inverso.

Utilizando la probabilidad de cada movimiento a partir de un gambito determinado, como un bit cuántico, Thue-Valdemar propondría un algoritmo para modelar los cálculos desarrollados por el cerebro; si es que antes no lo mataba el Aniquilador Negro.

El Aniquilador ya había dejado atrás tres cadáveres en el camino. El Doctor Savigny, la enfermera destripada y un niño que se arrojó a las vías del metro. No se iba a detener ahora.

Thue-Valdemar sabía que tenía poco tiempo. ¿Para quién trabajaba el homicida? ¿Genoplex o el gobierno? La secta de Caramuel.

Sin duda habían encontrado sus apuntes y violado sus archivos. No podía regresar a su casa ni enviar mensajes. Le habían robado su móvil. Su única oportunidad era desarrollar el algoritmo de inmediato y enviárselo a alguien capaz de codificarlo. Sólo tres personas eran capaces de hacerlo: el Doctor Zeferino, la campeona de ajedrez Irene Szteren y el constructor de estrellas János Bourbaki. El problema es que estos seres eran infames o esquizoides. No importaba eso ahora, tan sólo vivir.

Necesitaba un tablero con urgencia, pero el club más cercano era el *Artis magnae*. Para llegar a él debía correr ocho cuadras. Decidió meterse a un café para acceder a una mesa virtual cuando columbró al Aniquilador Negro. Apenas tuvo tiempo de esquivarlo, pues el asesino saltó de un automóvil y de dos zancadas cruzó la avenida.

Thue-Valdemar se introdujo por un umbral cristalino y corrió sobre una alfombra de sangre. Cuando las puertas del ascensor cerraron sintió el golpe que abollaba el acero. De

momento se encontraba a salvo. Pulsó el botón 64. Nada de coincidencias. Estaba en un rascacielos. Tenía sed y trató de olvidar la taquicardia.

Mientras subía, se concentró: El cerebro puede evaluar funciones no computables. Ese es el principio básico. Una ráfaga le interrumpió aterrizándolo. ¡El Aniquilador Negro no tenía rostro! ¿Dónde estaría? Por muy veloz que fuese no podría adivinar en qué piso bajaría. Eso le daría algunos minutos preciosos. ¿Dónde conseguir un tablero?

Repasa, Thue-Valdemar, pensó. Existen puertas cuánticas entre neuronas. Esa es la clave de todo. Ningún neurofisiólogo había podido probar esta hipótesis.

En el piso veinte recuperó el aliento. Si deseaban su muerte eso significaba que *ellos* creían en la inminencia del descubrimiento. ¿Tan valiosa era su vida? Nadie había sido capaz de encontrar las soluciones para realizar computadoras cuánticas. A pesar de las teorías sobre los Q-bits, las interacciones desilusionaron a los laboratoristas. Los fotones interactuaban débilmente; los *spins* en el núcleo de moléculas individuales eran pocos.

Nadie había resuelto el enigma, hasta ahora. Porque él, Thue-Valdemar, oscuro matemático, tenía la clave para descubrir la fisiología cuántica de la conciencia.

Sin duda es la secta quien busca mi cabeza, pensó. Obtener ese algoritmo representa el acceso a un diseño de conciencia infinita. Las interferencias sinápticas a nivel subatómico generan pequeñísimos errores que provocan un efecto dominó, oscureciendo la capacidad de una neurotransmisión límpida. Esto provocaba que los seres humanos tuvieran una semiconciencia. Velocidades de retención, memorización y codificación del universo a la mitad de su capacidad real.

Piso 35. Ahora sólo faltaba establecer las coordenadas matemáticas de probabilidad mediante una fractalización basada en el ajedrez.

Thue-Valdemar era un jugador mediocre, pero su afición al rey de los juegos le regaló la luz. Se convertiría en el ajedrecista más extraordinario, si lograba deducir las ecuaciones correctas.

Una computadora cuántica simple transforma el estado bidimensional de un Q-bit mediante un mapeo lineal reversible que conserva la probabilidad. Esto sólo por medio de una secuencia de umbrales cuánticos externos. El problema es aislar los bits del resto del sistema. Thue-Valdemar aislaría cada bit como si fuese un factor de probabilidad, no sólo una pieza sino la probabilidad de esa pieza respecto al sistema de escaques. Cada bit era pues una pieza determinada más sus probabilidades infinitas de movimiento respecto a la otra. Por fin el piso 64. Thue-Valdemar salió del ascensor y tomó rumbo a la azotea. El clima era fresco. La ciudad, un fantasma de plata y oro.

Desde ahí columbró El parque Turing y las siete avenidas circundantes. Trazó con rapidez una frontera imaginaria desde la Calle 4 hasta el Cine Minotauro. Luego otras tres utilizando las aceras como guía. De esta forma tuvo un cuadro completo, luego fantaseó 64 escaques con un área exacta y delimitó las piezas según las personas u objetos que se encontraban en ellos. Así, un peón resultó ser un Lincoln negro aparcado junto a una fuente. Un caballo blanco era la carriola de un recién nacido. Una torre negra se levantaba como campanario de catedral y otro peón blanco resultó un policía que compraba *hot-dogs*. Por una miserable *causalidad*, el escaque del rey blanco coincidía con el Rascacielos y si sumaba una dimensión vectorial resultaba que él, Thue-Valdemar, era el Rey Blanco. A su lado, la Reina Blanca era un helicóptero que descansaba en la azotea del edificio contiguo. Trazando una recta paralela descubrió a la Reina Negra, la escultura de hierro de la Justicia, en los peldaños del Palacio Municipal. En algunos escaques, las piezas cambiaban de peón a alfil según su posición inicial. Hizo un esfuerzo por codificarlos. Una pareja de jóvenes que se besaban bajo un almendro, una mendiga, un vago y un vendedor de tarjetas.

El plan era difícil, establecería una partida imaginaria según las posiciones y, al mismo tiempo, calcularía las probabilidades. Era una hazaña intelectual ingente, pero la adrenalina lo acuciaba. Así que movió «peón cuatro rey» y sucedió el prodigio. El peón era un limonero. ¡Tembló! Sus ramas se sacudieron y, como si fuesen los artejos de un arácnido, sus raíces lo hicieron caminar hacia el lugar adecuado. La dimensión externa respondía a su voluntad. Este «milagro», en realidad, correspondía a la corporeización de los impulsos mentales. Quizá no eran reales respecto a otro observador, pero sí lo eran dentro de su delirio. Esto le calmó y le auguró la esperanza. Se fijó en el peón negro para contestar con una defensa siciliana, pero el peón, un distraído poeta que escribía versos, no se movió. En lugar de eso, avanzó un camión de la perrera. Thue-Valdemar levantó la vista. Frente a él, en el escaque del Rey Negro, se erguía el Aniquilador. Sin rostro, con la espantosa seriedad de la muerte. Una ventisca local se desató abrazándolo.

El Aniquilador era el Rey rival y movía sus hordas. Thue-Valdemar tenía una oportunidad, derrotarlo y realizar el algoritmo, pero si perdía o abandonaba la partida, su suerte radicaría en la nada. Un duelo a muerte.

Aceptó con gusto. El Hombre de Negro había movido su camión proponiendo una defensa escandinava. En teoría, las blancas deberían obtener superioridad, pero las negras buscaban una veloz activación de su Dama. Thue-Valdemar pensó que el juego sería eminentemente táctico. Se equivocaba. Las negras buscaban una masacre.

Aceptando, Thue-Valdemar mandó a su peón capturar al otro. El limonero se lanzó contra el vehículo en un frenesí absurdo, lo succionó con sus ramas y, con una violencia atroz de savia y madera, lo aplastó hasta volverlo chatarra. Los transeúntes estaban paralizados. Algo surgía en ese páramo de magia. Una dimensión donde todo obedecía las reglas de

un juego arcaico. Entonces, la escultura se cimbró en su base y la mujer de hierro avanzó para hacer añicos al limonero. La Reina Negra se erguía, sin gestos, en medio del tablero urbano. Comenzó una partida telúrica, donde los hombres explotaban y los objetos salían despedidos. Extravagante batalla de lindes y bordes invisibles. Cada movimiento iba precedido de caos, fuego, camionetas que se impactaban, el poeta reventó empalado por un poste. El Lincoln fue devorado por un perro y este calcinado por las turbinas de una avioneta. Los novios estaban separados, el campanario amenazaba una posición y el vago asesinó a la mendiga a zapatazos. El helicóptero de Thue-Valdemar, La Dama blanca, realizó estragos estupendos en el flanco del Rey y cuando las dos reinas se despedazaron bajo un portal, las explosiones, el hierro retorcido de las aspas y el metal fundido encontraron el final degollando al policía.

Para el matemático y el asesino eran simplemente coordenadas, eventualidades de una partida. Para los transeúntes que corrían debajo, era el Armagedón. La sangre sobre el asfalto, los huesos calcinados, los aullidos de dolor. Las ambulancias no podían penetrar el tablero urbano, una especie de fuerza volitiva los dejaba al margen. Arriba, uno de los dioses decidió enrocarse y se vio envuelto en una llamarada incólume.

De pronto su torre, una escalera de caracol se desgajó del suelo trozando cemento y acero para cubrirlo. Mientras tanto, él flotaba en el cielo pulcro. Un Apocalipsis de granizo cercenó el ambiente. Fenómenos físicos emergían producto de los umbrales cuánticos. Después de 18 jugadas, la ciudad era una zona desahuciada, repleta de humo bajo un cielo relampagueante. Densos charcos de suero, aceite y sesos se acumulaban en las esquinas. Las casas ardían, los hombres se arrastraban mutilados. Un peón negro amenazaba con coronarse. Era un semáforo destartalado que avanzaba incólume hacia un lugar que seguramente lo convertiría en algo monstruoso. Hordas de

pitbulls corrían desenfrenadas, amenazando con sus ladridos a cualquier ingenuo que se cruzara en el camino de sus dientes. El cosmos se nutría de tinieblas.

De pronto se vio perdido en la posición, pues el Aniquilador defendía a su peón en tres flancos. ¿Tres? Imposible. Ya a punto de la histeria y la rendición, comprendió que jugaba un ajedrez cuántico, en el cual no sólo era el espacio sino también el tiempo el que estaba de su lado y podía manipular las reglas a su antojo. Decidió sacrificar su torre. El campanario dio jaque al Aniquilador que lo hizo polvo con la fuerza de sus puños. Pero sólo era una jugarreta, porque resucitó a su caballo, una vieja máquina desbrozadora que se autorreplicó. Se dio cuenta que, en esos umbrales cuánticos, las piezas podían moverse en todas direcciones y podía hacer uso de esa regla. Así que se enrocó de nuevo y su Dama resurgió potente, de entre las llamas, como un fénix de aspa y titanio.

El Aniquilador Negro reculaba, no pensaba al mismo nivel. Sus concepciones binarias lo habían retrasado, dejándolo anonadado. Era la victoria.

Inmerso en las permutaciones, Thue-Valdemar no supo cómo fue el jaque mate. Quizá el Aniquilador se desvaneció en tinta violeta o quizá su cuerpo fue despedazado por dientes de oro y bronce. Cuando la humareda se difuminó, el horizonte tenía un matiz velado, como si una niebla virtual escanciara el tiempo a sorbos.

*

Cuando despertó, las pavesas de la batalla habían desaparecido. Thue-Valdemar caminó por las calles ahora sin una mácula de caos. ¿Fue una ilusión? Los árboles seguían en pie; los rostros de los transeúntes, ahítos de su mediocre existencia, parecieron informar sobre la rutina que pesaba en el ambiente urbano.

La horrible sed le obligó a entrar a una cenaduría. Temblando, tomó una servilleta y garabateó algunos números. El algoritmo estaba ahí. Sueño o no, la experiencia le había regalado la respuesta. Las computadoras cuánticas serían una realidad y la manipulación de los umbrales neuronales señalarían el éxito.

Salió como una exhalación; iría con Irene. Ahí trabajarían en el ordenador, ella le ayudaría a valorar con justeza el logro. Durmió otro poco en el taxi.

Caminó con pasión el tramo carretero que lo separaba de la villa. La ciudad terminaba. Frondosos parterres y trinos le dieron la bienvenida. La casa brillaba detrás de un jardín. La verja permanecía abierta de par en par. Los setos en posiciones de una partida botánica, cada planta sobre un escaque de césped. El jardinero no estaba, la puerta estaba entornada. A su lado había una inscripción en una lámina de cobre: «No es que Dios no juegue a los dados, es que Dios juega ajedrez».

Timbró cuatro veces. Revisó su reloj. Estaba descompuesto. No pasarían de las ocho, pero ¿de qué día? Un aroma a naranjo invadía el vestíbulo. No había nadie. Thue-Valdemar decidió ir al estudio de la doctora y utilizar su computadora, después de todo, eran colegas. Además, debía desarrollarlo de inmediato, la información bullía en su cerebro como un enjambre de reglas a seguir, datos de entrada y secuencias. Los espacios eran agradables, bien iluminados, propios de un mundo sereno para trabajar a gusto. Cuadros referentes al ajedrez decoraban las paredes, como el célebre *Duelo surrealista del ceviche debajo del mar* y *Seahorse chess game* de Linda Herzog. El piso de mármol pulido rutilaba gracias a la cascada de luz que entraba por los ventanales. Thue-Valdemar sonrió. Nunca había podido derrotar a Irene. Quizá esa noche; y sus secretos amorosos por fin se le abrirían. En esa casa ocurriría el descubrimiento científico del milenio, de la historia y él, sin embargo, se dejaba llevar por un soplo afrodisíaco. Era muy feliz.

Cuando entró en la habitación, vio el cuerpo de Irene Szteren sobre el escritorio. Tenía la cabeza desgarrada, colgando en el borde y un sinnúmero de alfileres clavados en su espalda.

Un perfume gélido en la nuca lo hizo virar.

Se dio de frente con una figura sin rostro. Era el Aniquilador Blanco. Sólo dijo una vez:

«Jaque».

Mario Jaime Rivera (Baja California Sur). Recibió el Premio Internacional de Divulgación de la Ciencia 2012, otorgado por el Fondo de Cultura Económica; el Premio Nacional de Novela «Jorge Ibargüengoitia» y el Premio Nacional de Poesía «Efraín Huerta», en 2013. En 2010, el Premio Nacional de Poesía Mérida.

PIEDRA EN LA TIERRA

Éricka Ishaiah Zapata Rodríguez

*Solo quiero morir en mi tierra...
resucitar siendo flor
que deshoje un niño crecido*

Solo quiero morir en la tierra, Fadwa Tuqan

Querida Margarita:

Espero sentada un café que no llega. Después de diez años, ya solo faltan dieciséis horas para que te saquen del *pozo*. Ese subterfugio que hallaste ante la imposibilidad de que te dejaran matarte; en cambio yo, condenada a morir. Dos mujeres unidas por un lazo del deseo de ser una en la otra. No me conoces. Yo siento que he platicado contigo toda mi vida. Margarita, Margarita, Margarita...

El motivo de por qué viajé desde México comenzó cuando tenía ocho años. Nuestros cuidadores habían reunido a todos los niños de mi edad en el auditorio principal del centro para el cuidado infantil y nos confesaron que antes la gente moría. No entendí bien a qué se referían, el pensar en que dejamos de existir no me hizo sentido. Sabía que eso pasaba en los animales, en las plantas, pero no en nosotros. Explicaron que todo cambió cuando descubrieron la manera de trasplantar el sistema nervioso a un cuerpo androide con la capacidad de regenerarse; en esencia era igual al nuestro, pero hecho de materiales biológicos, reforzados con nanotecnología y con un circuito integrado que podía prever cualquier daño mediante inteligencia artificial. Así, el envejecimiento se detenía y teníamos la capacidad de sanar instantáneamente sin tener

que sacrificar nuestras sensaciones, como la que te da tocar el pasto y sentir el agua. Por eso nos cuidaban tanto en nuestra infancia. Por eso, sólo cien mil niños en todo el mundo nacían cada año y mis papás tuvieron que esperar durante veinticinco años para tenerme. Por eso he estado durmiendo afuera de la granja en una casa de acampar.

Nos dijeron que a partir de los dieciocho podríamos decidir ser inmortales, y teníamos hasta los cincuenta para hacer el cambio —pero fueron muy insistentes en hacerlo lo antes posible—. Los inmortales tienen un halo de sombra en los ojos, como si estuvieran apagados.

A los catorce, cuando me hicieron las pruebas de compatibilidad para el cuerpo androide, me dijeron que no era apta. Mi rombencéfalo, Margarita. No se formó bien y por eso no pueden trasplantar mi cerebro. A partir de ese momento, mi vida cambió. Los únicos que saben son los doctores, mis padres y mi novio Manyu, que está ahorita conmigo; bebe cerveza y mira el cielo grisáceo de Inglaterra como si fuera un cuadro. Manyu decidió no trasplantarse a los dieciocho, no sé si fue por mí, pero algo tuve que ver. Siento que, en el último momento, antes de llegar a los cincuenta, se va a arrepentir y se hará inmortal, pero le gusta jugar con la idea de morir, como alguien que todas las noches pone en su boca una pistola cargada y nunca dispara. Aun así, lo amo...

Margarita, la primera vez que escuché de tu historia fue en una noticia: «Mujer francesa de 160 años pierde juicio de solicitud para desconectarse». Me sorprendió tanto que alguien quisiera ser lo que yo.

Investigué más de ti y supe que fuiste de las primeras en ser *bendecidas* con la vida eterna. Escribiste ensayos acerca del derecho a morir. Te negaste a que «modificaran» tu estructura cerebral para que te subsanaras de la depresión. Sabías lo que eso significaba: que rayaran el recuerdo de tu hija, que la desaparecieran. Bien hecho, Margarita. Condenadas tú y yo. Por

eso quiero conocerte, decirte que moriré por las dos, que me des paz y que me hagas saber que está bien que voy a morir, que así debe de ser, que saludaré a tu hija.

Después del juicio, recurriste a la experiencia que llamaron *bounded-freedom* o bien *libérate-atándote* en español, o bien el *pozo*. Un granjero inglés se había inspirado en su tío y un amigo cantonés que, para vencer el hastío, se ataban partes del cuerpo durante periodos de tiempo largos. Con base en ello, diseñó una especie de fosa donde la gente se enterraba bajo una losa de concreto una cierta cantidad de tiempo. Pediste que te guardaran el tiempo máximo: diez años. «Yo no quería ser inmortal. Yo sólo quería morir, unirme con mi hija, pero mi esposo me convenció.», esas fueron tus palabras antes de que te enterraras.

Todo es tan lento. Ha pasado una hora, sigo esperando. Escribo para no olvidar todo lo que quiero decirte. En mi universidad formo parte del grupo «Las margaritas suicidas», «Margaritas», por ti, y «suicidas», porque negamos trasplantarnos —lo mío no fue decisión, pero no lo saben—. Vamos entrevistando gente. Aunque somos serias en nuestro trabajo, al finalizar acabamos riéndonos de lo estúpidos que pueden ser los inmortales; ya no saben qué hacer con su vida. Un cubano ha pasado cuatro meses dando vueltas por todos los mares sin descansar, pues dice que en su vida pasada fue un pez. Una colombiana, durante siete años, ha estado haciendo trazos con la sangre de animales en la tierra porque, según ella, una combinación específica va a permitir que vuelva Jesús. Así es, Margarita, quiere traer a Jesús a la Tierra. A pesar de ser inmortal, es lo que ella busca.

Margarita, tú lo llevaste a otro nivel. Por eso te escribí muchas cartas durante este tiempo, para dártelas, pero perdieron mi maleta. Te has guardado diez años: emulaste la muerte: piedra en la tierra. Lo que los doctores decidieron negarte que hicieras con tu cuerpo, tú lo reviraste con la no acción. Te admiro.

Pienso en el amor mientras miro de nuevo a Manyu, sentado frente a mí y parece no importarle que no platiquemos. Con su cerveza en la mano, me mira con ojos de profundo mar. No entiendo cómo decidiste hacerte inmortal por la insistencia de tu exesposo. Me los imagino así: tú sentada en un sillón; él hincado, rogándote que te hicieras inmortal con él, como si te pidiera matrimonio: «¿Quieres que vivamos juntos para siempre?». Luego, tú negándote, divagando entre si estabas traicionando a algo o alguien si aceptaras. Tus papás murieron, tu hermano mayor y tu hija, Margarita, tu hija. Qué difícil es ser la que corte la cadena que nos arrastra hacia el olvido.

Yo no he perdido a nadie, desde que nací todas las personas con las que he estado siguen aquí, como una caricatura que nunca termina. No pueden morir. Papá le preparará el desayuno a mamá todas las mañanas y ella saldrá a caminar con su pants negro. Un perro la acompañará y sufrirá un poco cada vez que lo remplace. Papá regará las plantas y ellas sentirán como si fuera la primera vez que las hubieran regado. Sólo que un día no estaré yo. Y me duele tanto eso, Margarita. Quiero estar aquí para siempre. Ir a casa de mi abuela en las navidades y comer pavo y beber sidra hasta sentirme mareada y saber que existen las ligas de fútbol que nunca veré y todo eso.

Tengo mucho miedo. Por eso he viajado hasta Glasgow; te busco, desde que tenía quince años te busco. Saber que existía alguien con tanta insistencia en morir fue una esperanza. Hay tanta gente aquí, se han reunido tantos noticieros. Quieren saber qué sientes. Nadie ha aguantado como tú en el pozo. La mayoría se rinde a los pocos días, no tú. Tú, no.

Parece que se olvidaron de mi café, Manyu se paró y ha estado platicando con uno de los médicos de inmortales, esos que van a revisarte cuando salgas. No sé si están discutiendo o gozando, ambos se ven muy raros. Quizá debamos entrevistarlos, pero no creo que quiera. Las suicidas somos sus enemigas naturales, nos dejamos morir al elegir no ser inmortales. Bueno, yo no lo

elegí, pero ... tú sabes. Quiero que imaginen que soy una chica rebelde, pero soy una corderita. No le digas a nadie. Espero que seamos amigos y ver un día que se cumpla tu sueño, si no se puede, aquí estaré yo.

Posdata: Ay, Margarita, ¡Manyu me acaba de pedir matrimonio! Ahorita estoy en el baño haciendo pis, ja, ja, y sigo escribiendo. Fue en el camino de regreso a nuestra casa de acampar. Me abrazó y me llevó adentro de los campos. Se quitó la camisa, sacó un anillo y me dijo:

«Cásate conmigo, quiero estar contigo hasta que muera. Muramos, mi amor».

Le dije que sí. Me besó, luego hicimos el amor, fue muy hermosamente salvaje. Me sentí como una hoja que en cualquier momento puede caer del árbol, pero no caería sola.

Hasta aquí mi carta. Te la daré cuando salgas. Te quiero, Margarita.

Hermosísima Margarita:

Leo esto desde la distancia frente a una tumba. Han pasado varios meses desde que saliste. Aún no lo supero. Esa noche no pude dormir, después de mi pedida no pude dormir. Me fui muy temprano, no quise despertar a Manyu. Pasé por una fila de casas de acampar y, adelante, vi el letrero de la granja Mole's Farm, su madera picada y el escrito, con la caligrafía de un niño pequeño: trazos gruesos y deformes. Alrededor había casas de campaña y autos aparcados. Escuché un ruido metálico, como un aullido. Era el portón de la granja abriéndose, ya se podía entrar.

El campo estaba minado de montículos de tierra dispuestos en hileras. Cada montículo tenía un letrero con datos personales, unos cuantos estaban adornados de juguetes, fotos, flores,

pilas de piedras y crucifijos. Apenas se podía pasar. Caminé siguiendo a la gente, mientras el sol ya despuntaba. Al llegar, una cinta amarilla de protección cubría tu fosa, detrás de ella, policías y tres hileras de sillas con el letrero de «reservadas». De a poco nos sentamos alrededor formando una especie de óvalo.

Tras unos minutos, el cansancio me comenzó a vencer. Cuando me despabilaba y abría los ojos, vi que montaron una especie de tarima con bocinas. Las voces de los reporteros hablando en distintos idiomas me aturdieron. Vendedores gritaban ofreciendo recuerdos y comida. Pero lo que me espantó el sueño fue Manyu, cuando llegó con un ramito de anémonas. Sonreí.

Se comenzaron a llenar las sillas reservadas; primero llegaron tres hombres trajeados que llevaban una placa y unas flores; después pude reconocer al infeliz de tu esposo, cómo lo odiaba desde que te obligó a inmortalizarte y te dejó; luego llegaron algunos familiares. Uno de los trajeados comenzó a hablar y dijeron que eras un orgullo, una mujer muy fuerte, un ejemplo y recordatorio de que a pesar de las dificultades de la vida, siempre se puede salir adelante. Que tras estar encerrada, verían que habías recuperado la *joie de vivre*. Así pasaron los otros dos, con discursos contruidos por palabras vacías de quien no entiende a las personas como tú y yo.

Entraron dos mujeres que, en sincronía, removieron tu tierra hasta topar con el bloque de cemento, la gente comenzó a ovacionar. Taladros que entraban y salían, que, pulverizando, me acercaron a ti: mi Diosa. Cuando se venció el bloque, una de las mujeres entró a la fosa con una cuerda. Todo fue silencio. Jalaron la cuerda. Saliste pequeña y encorvada, como una pasa. Tu semblante tranquilo. Te pusieron en el suelo con suavidad. Abriste los ojos y todos comenzaron a ovacionarte. Margaret, Margaret, Marguerite. «Margarita, te amo», te grité. Manyu me abrazó y vi cómo casi se le salían los ojos. Después, la confusión que aún vivo.

Tus ojos cerrados. Bolas de confeti. Doctores a tu alrededor. Las cámaras en tu rostro. Música de fanfarrias. Abres la boca. Serpentinatas. El sol en la cara. El micrófono en tu boca. Tus ojos entrecerrados. Dices —como si hubieras esperado toda tu vida para decirlo—: «Bury me» (Entiérrenme). Los trajeados quieren llevarte lejos. La gente gritando «Diez años más, Ten more years». Tu esposo, arrepentido. Una nube pasa. Llega la sombra. Rompemos la cinta amarilla. Tus ojos abiertos. Tratan de detenernos. «Bury her». Los doctores buscan detenernos. Manyu te carga y te siembra en la fosa. Tus ojos cerrados. Te echamos tierra encima. Los trajeados se van. Lágrimas. Aplausos. La nube pasa. De nuevo el sol.

Ahora leo frente a la tumba «Marguerite F. Tiempo restante: 9 años, 3 meses, 3 días.» Se ha legislado para que te dejen morir; no será pronto.

Estoy triste, pero también contenta, ¿por qué crees Margarita? ¡Estoy embarazada! y sí es niña le voy a poner como tú.

No he visto a Manyu desde que se enteró, lo último que supe de él es que se hizo inmortal. Los doctores quieren que aborte, que es una irresponsabilidad que una madre defectuosa se haya embarazado. No los dejaré, por nosotras, no los dejaré. Te lo prometo.

Frente a tu tumba pienso en papá, en mamá, en mis margaritas suicidas, en la tierra, en las piedras, en ti, en mí y en mi bebé... En estas cartas que espero, un día, no puedas leer.

Éricka Ishaiah Zapata Rodríguez (Guerrero). Poeta y cuentista. Su obra se centra en la diversidad, la búsqueda de la justicia, el dolor callado y la urbanidad. Es coordinadora de la Primera Antología Trans, organizada por la Asamblea Nacional Trans No-Binarie. Estudió el XVIII Diplomado en Creación Literaria del INBAL. Su obra se ha publicado en las revistas *Luvina*, *Cósmica Fanzine* e *Inéditos*. Y en la *Antología Generación XVIII*.

ESPEJO HUMEANTE SIDERAL

Daniel SanMateo

El último mexicano se arrastraba exhausto por entre las ruinas de lo que otrora había sido el gran palacio de la nación.

Las altas paredes yacían derrumbadas, sus murales tapizados por el polvo y la suciedad de los días. Algunos todavía mostraban su multicromática, las figuras del pueblo vivo, las gestas de la historia, el expresionismo didáctico de aquellas paredes que alguna vez narraron los mitos y proyectos de todo un país.

A tiro de piedra, donde alguna vez se erigió un asta monumental capaz de hacer ondear una bandera de más de trescientos cincuenta metros cuadrados de superficie, estalló la gran energía destructora de mundos, el punto cero de la aniquilación.

Nadie lo sospechó aquella mañana, mucho menos quienes, ese día bajo el sol, deambulaban totalmente ajenos a las informaciones frenéticas que agitaban los centros de control espacial y que elevaban el nivel de riesgo a lo más alto de la escala. Jamás hubieran sospechado que sobre sus cabezas se cernía la gran guadaña de la muerte, y el descubrimiento de las naves extraterrestres que veladamente penetraron por detrás de la órbita lunar sin que ningún satélite las hubiera detectado.

Y los mexicanos de a pie, absortos de esas circunstancias estelares, con sus compras bajo el brazo y sus pendientes por concluir, tampoco vieron la sombra sobre sus cabezas, pero sintieron por un momento su frescura y el reposo que daba contra los inclementes rayos del sol de mediodía. Y de pronto, sólo una luz brillante, una ráfaga fluorescente tan fugaz como un parpadeo que les pintó la retina sin que supieran de qué trataba. Y después la desintegración corporal, el dolor agudo, tan efímero como un suspiro.

Tras la deflagración, los edificios sucumbieron y el polvo y los detritos generaron una nube que se esparció como las ondas producidas por una piedra al clavarse en un estanque.

Todo fue polvo y todos los transeúntes se desmaterializaron por esa energía atroz, y muchos otros, más alejados del punto de golpe, sintieron que la oscuridad se aproximaba como una ola que va creciendo y arrastrando la arena y el nácar de las playas. Incluso vieron cómo la gente desaparecía ante sus miradas como polvos barridos por el viento, y después ellos sentían la punzada y después la negrura de la nada.

Quienes sobrevivieron fueron apenas un puñado, los que se encontraban en ese momento en los subterráneos de la urbe, el metro o los estacionamientos, o a kilómetros de distancia de la onda expansiva. Cuando asomaron sus cabezas vieron, entre polvo y silencio, la ciudad destruida en su totalidad y palparon el silencio de una urbe viva que se moría de súbito. Silencio de quienes se perdieron al instante, silencio de las palabras que no lograrían jamás expresar lo sucedido.

Y en los días subsecuentes, los sobrevivientes sucumbieron por el hambre, la falta de líquido, o las heridas internas que no tuvieron sino hasta que afloraron por la piel, la tumescencia desde la profundidad de los latidos que llegaban a su fin.

Y muchos otros caminaron sin rumbo fijo por ese valle de lágrimas y algunos supieron que lo mismo sucedió más allá de las fronteras. El planeta entero ya era una fosa y las naves de nuestra destrucción rodeaban la atmósfera y se mantenían fijas sobre las capitales del mundo.

Y muchos creyeron que la humanidad había llegado a su fin, y aunque todavía no se daba una invasión a gran escala, los sobrevivientes seguían pereciendo uno a uno con el paso de los días como insectos fumigados, y cada vez que sucedía la desesperanza crecía. Era atroz formar parte del grupo que se sabía vencedor de esa primera extinción, para ver de pronto y sin aviso a uno de los suyos caer y cerrar los ojos para siempre.

Tener que olvidarlo, dejarlo ahí en ese lugar y que el polvo gris lo cubriera con su manto indiferente.

Los mexicanos vivos pronto perdieron la civilidad ante dicho panorama y se mataron entre sí para devorar sus carnes, para buscar prevalecer y no correr con la suerte de los que se van. Los fuertes impusieron la ley de la selva y el exterminio ahora venía por partida doble, todo se trataba de perdurar, de prolongar de esta manera una vida que se deterioraba velozmente, ya no había razones ni nada, sólo quedaba guarecerse en el egoísmo frío de la supervivencia a toda costa.

Era la condición humana, el instinto y la tripa vacía, que lastimaba y provocaba pensamientos extraños en la mente, situaciones extremas donde lo humano daba pie a lo animal, donde el cerebro no regía y la línea de mando era puramente visceral.

Finalmente, se acabaron entre todos los mexicanos y entre toda la humanidad hasta que quedó un único ser en toda la faz del planeta.

Y se arrastraba ahora por las ruinas del palacio sin saber ya qué buscaba.

Sus labios cuarteados por días sin agua, las oquedades oscuras bajo los ojos, la piel empanizada del polvo gris, los jirones de ropa como un cuerpo que lentamente se iba deshilando en ese arrastre boca abajo, casi réptil.

Escuchó un ruido, un zumbido de mil millones de moscas y una oscuridad en los cielos. Supuso que la invasión se daría así, el fin llegaba con ese anuncio sonoro. Y como pudo giró el cuerpo y quedó tendido sobre las ruinas, enfrentaría el destino de frente, como los valientes enfrentan a un pelotón de fusilamiento con los ojos bien abiertos.

Ojos alucinados miraron al sol desaparecer y la luz ser barrida por la noche. Y miraron luces de bengala, explosiones brillantísimas en el cielo negro y bolas de fuego azul y verde. Todo el cielo se encendió de luces y era un espectáculo enlo-

quecido de una belleza indecible. Un cielo quemado por las llamas de un infierno espectacular.

Y todo terminó de súbito.

Ahora el silencio absoluto reinó tras el zumbido y los destellos, y el mexicano sintió todavía su vida correr por las arterias y venas, el corazón latirle. Apareció entonces una esfera negrísima en lo alto y descendía y al hacerlo crecía en su volumen.

La respiración se le cortó y temió lo peor. Así moriría el último mexicano, sobre las ruinas del gran palacio, ruinas sobre las ruinas de la antigua gran Tenochtitlán.

Pero su muerte no llegó, y la esfera quedó suspendida a metros de él. El mexicano intentó arrastrarse para huir, el temor creciente en el vientre, la sensación de alerta en cada poro. Pero escuchó una voz que lo detuvo, un canto cristalino que le penetró el tímpano y le llegó directo al corazón.

La esfera suspendida a diez metros sobre su cabeza, levitando como una pompa de jabón oscura. De su costado, una compuerta se abrió.

Apareció un ser blanquísimo sobre una plataforma que descendió hacia él, ataviado de gemas: jade, obsidiana, madreperla. Portaba una armadura de oro y plata y le coronaba la cabeza un penacho con plumas verdes y violetas, amarillas y naranjas. Era una visión sagrada, un ser serpentino hermoso, emplumado por la gloria de los astros errantes.

El ser miró hacia arriba y apuntó un dedo a la noche. El mexicano volteó también hacía la dirección señalada. Del cielo oscurecido caían trazas inflamadas como meteoritos en una lluvia de tormenta. Las naves de destrucción eran destruidas por una fuerza invisible y el espectáculo era un despliegue de pirotecnia inaudito, las naves vencidas por la noche invocada por una fuerza del bien.

El ser terminó por aterrizar y bajó de su plataforma levitante y pisó las ruinas. Se dirigió hacia el mexicano y lo miró con ojos de ternura. Le tendió la mano como un padre

se la tiende a un hijo que ha tropezado y el mexicano la tomó. Sintió en su cuerpo otra vez el vigor de la vida y una paz como nunca había experimentado con anterioridad. Y su corazón le decía que la esperanza era un nuevo brote en ese campo exterminado.

El ser de luz cantó la canción del gran retorno y su voz potente se elevó al cielo como un ave que asciende con fuerza. Y él, la serpiente emplumada, regresaba ahora tal y como había sido profetizado por los sumos sacerdotes en las fiestas de la sangre y el copal, su regreso para redimir a las criaturas de su invención y vengar por siempre la afrenta de su hermano maldito, Tezcatlipoca.

Daniel SanMateo (Ciudad de México, 1984) Maestro en Filosofía (París iv Sorbonne). Autor de *Luciérnagas en el desierto*, *Los Ángeles es una escena del crimen*, *Nunca más serás tan joven como ahora*, *Zo piloto*, *El futuro fue ayer*, *Las dalias tristes*, entre otros. Antologado en diversas publicaciones físicas y digitales.

ÍNDICE

7	Coyote-niño, aullante
17	El manuscrito
25	Desertum oblivion
29	El precio del olvido (oferta por tiempo limitado)
37	Mi dulce compañía
45	Hasta que el tiempo no nos separe
53	Rosa de Jericó
61	Cara a cara
69	La casa desaparecida
77	Cartografía de los caracoles
85	UFO CORP
93	Sobre las palabras no dichas
99	Nariz para el éxito
107	Hermano
111	Los bosques nuevos
119	El huérfilo
125	El umbral
131	Las raíces en los dedos
137	La sucesión infinita
145	Piedra en la tierra
153	Espejo humeante sideral

El equipo editorial de Casa Futura y las autoras y autores que participaron en esta compilación, te agradecemos que hayas adquirido este libro. Si disfrutaste *Liminales III*, te invitamos a recomendar y a compartir estas historias, que ya te pertenecen.



Liminales III. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2025, en los talleres de Litográfica Ingramex s.a de c.v., Centeno 162-1, Iztapalapa, Ciudad de México.